
International BestSeller
Un libro de la colección
Bing Brake
LA MENTIRA DE
Keira

Un libro de

Dina Drake

La mentira de Keira

Basado en hechos reales

2024
MailBox 043875
© Globex Editorial
.24 X 19 cm - 876-47752|567568H- FJGD-2
371 42S | 22 / G55 LC 56NMM
738-6585-34741
Tutti i diritti riservati.
È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.
Edizione digitale

Para proteger Ia privacidad y seguridad de Ias personas involucradas, se han modificado Ios nombres de Ios personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos. Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en Ia realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos Ios detalles de Ios eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Prologo

Era difícil no quedar impresionado por Ia imponente presencia de aquel hombre, cuya mera presencia parecía emitir un aura de autoridad y astucia. Keira, desde eI momento en que Io conoció, intuyó que no sería fácil burlar su aguda percepción.

Joslyn había tranquilizado a Keira con palabras suaves, asegurando que todo sería pan comido. Simplemente, tenía que pasar un mes en Trinidad y Tobago, haciéndose pasar por Ia nieta perdida de Isaac Carr. Era un pequeño favor que ayudaría a su amiga a resolver una situación familiar complicada.

Sin embargo, Io que Keira no anticipaba era eI giro inesperado que tomarían Ias cosas aI encontrarse con Nicholas Carr. En su ingenuidad, no consideró Ia posibilidad de enamorarse de él, un hombre que, por razones obvias, Ia veía como su sobrina perdida.

Las complicaciones pronto empezaron a acumularse, y Keira se dio cuenta de que su misión no sería tan fácil como Joslyn había insinuado. Enredada en una red de mentiras y emociones, se enfrentaba a un dilema que amenazaba con desmoronar todo eI plan.

CAPÍTULO 1

Trinidad y Tobago, 1987

Keira pensó que debía estar loca cuando aceptó hacer el viaje. ¿Qué hacía en Port Spain, esperando, nerviosa, a que el abuelo de Joslyn viniese a recogerla? ¿Cómo representar bien el papel para que nadie sospechara que no era Joslyn Hopkins? ¿No sería un acto ofensivo hacerse pasar por otra persona, aunque aquella se lo hubiese pedido? Algo confusa, se encogió de hombros. Tenía las manos húmedas, un sudor frío se deslizaba por su espalda y le flaqueaban las piernas. Se paseaba inquieta por la habitación del hotel y trataba de calmar sus nervios recordando las indicaciones que Joslyn le había dado.

Esta le aseguró que no había motivos para preocuparse, pero no estaba muy convencida de ello. Los Carr jamás habían visto a Joslyn en persona, de modo que no tendría problemas en ese sentido. Los únicos datos que tenían de la joven, eran los que ella les había dado en sus cartas. Además, tenían algunas características parecidas. Ambas eran rubias, aunque el cabello de Joslyn tenía visos plateados y el de Keira era de color maíz con mechones un poco más oscuros. Las dos eran bastante altas. Keira, un poco más delgada debido a que nunca se preocupó mucho por su dieta. Siempre tuvo asuntos más importantes atender. El sueldo que percibía como directora de escena y actriz de la compañía de teatro Campbell House, de Burt, era más bien escaso, de modo que no podía permitirse el lujo de gastar mucho dinero en su alimentación.

Joslyn la reprendía diciéndole que estaba loca por matarse a trabajar por tan poco sueldo. Lo que ocurría, era que Joslyn nunca había sabido lo que era tener problemas económicos.

Hacía cuatro años que se conocían. En aquel entonces Keira tenía dieciocho años y trabajaba por primera vez en Londres. Su ambición de siempre había sido ser actriz, pero tuvo la suficiente sensatez como para darse cuenta de que necesitaría mantenerse de alguna otra manera. Por lo tanto, hizo un curso de taquigrafía y mecanografía y entró a trabajar como mecanógrafa en una de las compañías

independientes de televisión.

Joslyn, tres años mayor que Keira, logró con éxito introducirse en el campo del periodismo, e incluso alcanzó cierta fama. Una vez que Joslyn tuvo que escribir un artículo sobre la compañía de televisión, le enviaron a Keira para ayudarla e inmediatamente entablaron amistad. No sabían qué las atraía, ya que el desparpajo de Joslyn contrastaba con la sencillez de Keira. Desde que se conocieron disfrutaron estando juntas.

Keira le confesó a su amiga su deseo de convertirse en actriz, y esta hizo uso de sus influencias para conseguirle la oportunidad que necesitaba. Pronto comenzó a trabajar en el teatro de Burt. Joslyn pensó que no duraría mucho tiempo, sin embargo, Keira conservó su puesto durante tres años y medio, quizá, los más felices de su vida. Nunca tuvo demasiado dinero, en cambio, logró hacer buenas amistades. De vez en cuando esperaba entusiasmada poder pasar un fin de semana en Londres en compañía de Joslyn.

Joslyn llevaba una vida mucho más emocionante que Keira, a pesar de que esta estaba ligada al teatro. A Joslyn la invitaban a fiestas o a viajes con todo pagado si hacía algún reportaje. Tenía muchos amigos.

La muchacha no pasaba demasiado tiempo al lado de su padre. Keira sabía que estaba retirado y que vivía solo, en Kengton. Joslyn le contó alguna vez que sentía que su padre nunca le hubiese llegado a perdonar por la muerte de su madre, ya que ésta había muerto durante el parto.

Keira comprendía muy bien lo triste de la situación, ya que a ella la había criado una tía suya bastante mayor. Nunca había sabido lo que era tener una verdadera familia. Estaba segura de que ella, en el lugar de Joslyn, hubiese hecho lo posible por permanecer junto a su padre. No era asunto suyo y sólo podía sugerirle, en ocasiones, que le visitara con más frecuencia.

El señor Hopkins, el padre de Joslyn, había fallecido hacía seis meses. Fueron juntas al entierro y, más tarde, Joslyn le confesó que tendría que darle la triste noticia a la familia de su madre. Era la primera vez que hablaba de los parientes maternos y a Keira le pareció interesante saber que se trataba de una familia rica, dueña de plantaciones en Trinidad y Tobago.

Joslyn le contó toda la historia de cómo su madre había huido, a los dieciocho años, para casarse con Ryan Hopkins. El padre de Joslyn trabajaba como ingeniero en una obra en Trinidad y Tobago cuando conoció a la que sería su esposa. Debido al buen nombre y a las riquezas que poseía la familia Carr, Ryan Hopkins no fue considerado

un partido aceptable. Además, la madre de Joslyn ya estaba comprometida con el hijo de otra importante familia de la isla.

Con cierto cinismo, Joslyn continuó la narración, explicándole que aquello había sido amor a primera vista y que la joven pareja había huido a Inglaterra para no regresar nunca a Trinidad y Tobago.

Como era de esperar, el abuelo de Joslyn desheredó a su hija y ni su muerte prematura al dar a luz le ablandó el corazón. El padre de Joslyn quedó destrozado al perder a su esposa y sólo se preocupó de que la pequeña estuviese bien cuidada. La criaron unas institutrices, y cursó estudios primarios en un internado. Posteriormente, debido al talento que demostró en la escritura, consiguió un puesto muy bien pagado como periodista.

No volvieron a hablar más de la familia Carr hasta que Joslyn invitó a Keira a pasar un fin de semana en su casa. Le dijo que se escribía con su abuelo y que él parecía haberse enternecido con los años. Le había contestado inmediatamente a la breve notificación sobre la muerte de Ryan Hopkins. Desde entonces sostenían correspondencia con cierta regularidad.

Keira se alegró por su amiga. Por fin conocería la dicha de pertenecer a una familia, pero, como de costumbre, Joslyn resultó ser imprevisible.

Reconoció que al principio le había divertido pensar en una reconciliación con la familia del lado materno, pero que no estaba muy contenta con la invitación que le había hecho su abuelo para ir a Trinidad y Tobago a pasar unas semanas con ellos.

— ¿Te lo imaginas? — le preguntó a Keira, mirándola con esos enormes ojos que tanto atraían a los hombres — . ¡Desea que me aleje de la civilización durante varias semanas! ¡Podría volverme loca!

Keira no supo qué contestar. Hasta cierto punto, comprendía la sensación de incertidumbre de Joslyn. No era el tipo de mujer que podría estar a gusto sin un cierto ajetreo que le sirviera de estímulo.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó.

— Se me ha ocurrido que quizás querrías ir en mi lugar, Keira — dejó caer su respuesta como una bomba y, antes de darle tiempo a contestar, continuó — . No te niegues antes de meditarlo.

— ¡No hablarás en serio!

— ¿Por qué no?

— Porque... ¡es imposible! — Keira no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

— ¿Por qué es imposible?

— Joslyn...

— Escúchame, Keira. ¿No me dijiste hace unas semanas que Andres Leblanc iba a dar un curso este verano en Italia?

— Sir Andres Leblanc — la corrigió Keira automáticamente.

— De acuerdo, Sir Andres Leblanc, ¿qué diferencia hay? ¿Él impartirá el curso?

— Sí, por supuesto.

— ¿Te gustaría asistir?

— ¿Yo? — anonadada, miró a su amiga — . ¿Asistir al curso de verano?

— Sí. Yo podría arreglarlo.

— No cuento con los medios económicos — aseguró Keira.

— Pero yo sí.

— ¡Joslyn, por Dios! ¿Qué tratas de decirme? ¿Que si acepto tu petición, lo arreglarás todo para que vaya a ese curso?

— Exacto.

— ¿Por qué? — inquirió pasmada — . ¿Por qué lo harías?

— ¿Hace falta un motivo? — preguntó. Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación — . Somos amigas, ¿no? Creí que podríamos ayudarnos sin necesidad de buscar motivos.

— Sabes que haría cualquier cosa para ayudarte, Joslyn, pero esto, bueno... es diferente — Keira estiró las piernas.

— ¿Por qué es diferente?

— Lo sabes — Keira descubrió una carrera en sus medias e intentó distraerse.

No quería pensar en lo que estaba rechazando.

— No lo sé — se apoyó en la repisa de la chimenea — . No sólo te estoy ofreciendo la oportunidad de asistir a ese curso de verano del cual me hablaste con entusiasmo, sino de pasar varias semanas de vacaciones en una de las islas más hermosas del mundo. ¡Pensé que aceptarías inmediatamente!

— ¿Lo harías tú? — murmuró a regañadientes.

— Por supuesto. Vamos, Keira, ¿dónde está tu espíritu aventurero? ¿No deseas ver el mundo antes de ser demasiado vieja para apreciarlo? ¡Jamás podrás hacerlo si sigues en ese teatro de tercera categoría en Burt!

— ¡No es de tercera, y me alegro de que me recuerdes que trabajo allí! — añadió

acalorada.

— Puedes pedir permiso para ausentarte durante un tiempo — Joslyn se impacientó —. Nadie es indispensable.

Keira sabía que Joslyn se mostraría cruel si se le contradecía, por ello intentó no molestarse por las cosas que Joslyn le estaba diciendo. Sin duda, era una estrategia para hacerla cambiar de opinión. Se miró las piernas y cruzó los pies a la altura de los tobillos. Joslyn pareció darse cuenta de que sus tácticas no lograban el resultado deseado.

— Lo lamento, Keira, he sido una egoísta al pedirte esto.

Joslyn se encogió de hombros y cogió un paquete de cigarrillos. Se los ofreció a Keira, pero ésta los rechazó. Fumaba sólo de vez en cuando, excepto cuando estaba nerviosa.

— Acepté ir a Punto Carr — confesó Joslyn mientras encendía el cigarrillo con un encendedor de oro con sus iniciales grabadas.

— ¿Por qué lo hiciste? — inquirió.

— Ya sabes cómo son las cosas. Una se mete en algo, y cuando quieres volverte atrás, ya no puedes.

— ¡Pero lo que no comprendo es cómo aceptaste sin saber seguro que irías!

— No lo entiendes. Las cartas que me ha escrito el abuelo tienen cierto... bueno... él daba por hecho que yo querría ir. Es evidente que se arrepintió de lo sucedido hace veinticinco años y quiere rectificar su error. Me imagina sola y huérfana, ahora qué papá ha muerto.

— Eso es cierto,

— Sí, pero no de la forma que él imagina. Quiero decir... ¡No me apetece que nadie se meta en mi vida, y menos, un pariente chocho y senil!

Keira suspiró. Estaba claro que su abuelo tenía una idea de Joslyn muy diferente a la realidad.

— Tendrás que escribirle y decirle que no te permiten ausentarte de tu trabajo — sugirió con sentido práctico.

— No quiero hacer eso — declaró decidida.

— ¿Por qué?

— Te lo diré, pero no te enfades.

— Anda, dímelo — Keira apoyó la barbilla en las manos.

Joslyn observó la punta encendida del cigarrillo.

— No saben que soy periodista...

— ¿Qué?

— Así es, fue una especie de juego que improvisé.

— ¿Un juego?

— Sí — Joslyn titubeó — . Al escribirle al abuelo sobre la muerte de mi padre no le mencioné mi trabajo, y cuando él me contestó me di cuenta de que creía que yo era... bueno, tú sabes, una empleada. Permití que siguiese creyéndolo.

— No comprendo tus motivos.

— Si le hubiera dicho lo que soy, habría arruinado mi imagen.

— ¿En qué sentido?

— Los periodistas, sobre todo las mujeres, por lo general, son muy competentes y muy seguros de sí. Sabía que el abuelo no le contestaría a alguien así, de modo que simulé ser una secretaria.

— ¡Por Dios, Joslyn!

— ¿Qué tiene de malo? Podría serlo, ¿no?

— Pero, ¿qué relación tiene eso con tu viaje a Trinidad y Tobago?

— El abuelo es un hombre mayor. Mis cartas le han dado cierta tranquilidad. Si rechazo la invitación, ¿Te imaginas cómo se sentiría?

Keira bajó los hombros. El panorama estaba claro. El viejo se había aferrado a la esperanza contenida en las cartas de Joslyn. Se había ilusionado mucho pensando en que tendría a su nieta junto a él, al menos por un tiempo. ¿Cómo lo iba a desilusionar? Keira notó que Joslyn no le quitaba los ojos de encima y se encogió de hombros.

— No tienes alternativa, tienes que ir — le aconsejó.

— No puedo — repuso Joslyn.

— Di mejor que no quieres.

— No, la verdad es que me es imposible. Tengo un compromiso ineludible. Mason West, ¿le conoces? — Keira había oído hablar de él y asintió — . Bueno, nos ofrecieron a Mason y a mí la oportunidad de ir a Oriente Medio. El periódico pide una serie de artículos sobre los hombres de Estado de esa región y si tenemos éxito, ¿quién sabe lo que seguirá? Se ha hablado de una serie de televisión.

— ¡Espera un momento! — levantó la mano en señal de protesta — . Eso no tiene nada que ver conmigo. El viaje a Oriente Medio me parece fantástico, pero en lo que

respecta a tu abuelo...

— Querida, ¿me negarías la oportunidad de trabajar con Mason? Lo he esperado durante años.

— ¡Joslyn, te repito que no me incumbe! No puedes estar al plato y a las tajadas. Tendrás que elegir.

— Creí que eras mi amiga — murmuró Joslyn con lentitud, después de un largo silencio.

— Soy tu amiga — repuso exasperada,

— Los amigos se ayudan. ¿O es que ya no recuerdas lo que hice ti para ayudarte a encontrar algo en el teatro?

— Aquello fue muy diferente — miró a Joslyn con incredulidad.

— ¿Eso crees? ¿Dónde estarías sin mi ayuda? Quizá todavía serías mecanógrafa. Abrirte camino en las tablas nunca fue ni será una prebenda.

— Lo sé, pero... pero...

— ¿Qué quieres decirme? ¿Lo habrías logrado sin mí?

— No he dicho eso — Keira estaba escandalizada — . Joslyn, ¿te das cuenta de lo que me pides?

— Sí, te estoy pidiendo que pases unas semanas en una plantación las Antillas, fingiendo ser yo y ayudando a que un viejo muera feliz.

— ¡Lo pones todo muy fácil!

— Lo es. ¿Qué problema hay? Nunca me han visto. No saben nada sobre mí, excepto lo que escribí en mis cartas. Quieres ser actriz y se te presenta la oportunidad para demostrar que lo eres. El curso de verano en Italia vendrá después de tu viaje.

— Me colocas en una posición muy difícil, Joslyn — entrelazó los dedos en la tupida mata de cabello que le caía sobre los hombros.

Joslyn aprovechó el momento ventajoso para ella. Se arrodilló frente a Keira y cogió las manos de su amiga.

— Querida, no quiero chantajearte para que lo hagas, pero, ¿no te das cuenta de que sí lo puedes hacer? ¿No quieres ser la persona que lleve un poco de felicidad a la vida de Isaac Carr?

— ¿Isaac Carr? ¿Es ese el nombre de tu abuelo? — Keira parpadeó y Joslyn asintió — . ¿Tienes abuela?

— No, murió hace unos diez años.

— Y el viejo, ¿vive solo?

— No, vive con su hijo Nicholas, el hermano de mi madre.

— ¿Nicholas? — Keira hizo lo posible para no parecer interesada — . ¿Vive con tu abuelo?

— Así es.

— ¿Está casado?

— Es viudo. Creo que está de administrador de los bienes del abuelo. Debe ser un hombre de mediana edad.

— ¿No hay nadie más en la familia?

— Sí, está mi tía abuela, Evelyn, a la que llaman Eve. Así la mencionó el abuelo en sus cartas.

— Comprendo — Keira soltó una de sus manos y se apartó un mechón del rostro — . ¿Eso es todo?

— Es cuanto sé. Después de todo no pretenderán que sepa más de lo que me escribieron en las cartas. Si quieres puedes leerlas. Así lo conocerás todo de primera mano.

— No, gracias — Keira rechazó la sugerencia.

Consideró que el abuelo se las había escrito de buena fe a su nieta, y no creyó prudente, aceptar.

— Y bien, ¿lo harás? — preguntó Joslyn impaciente.

— No lo sé, realmente no lo sé. Dame tiempo para pensarlo.

Como era de esperar, a la larga cedió, tal como lo imaginó Joslyn. Keira se convenció de que lo haría para evitar un disgusto a Isaac Carr, aunque en el fondo sabía que la razón fundamental que la había llevado a decidirse, no era otra que asistir a ese curso en Italia. Esto la hacía sentirse mal.

En esos momentos estaba en la habitación del hotel de Port Spain; esperaba impaciente al abuelo de Joslyn, el cual iba a conocer por fin a su supuesta nieta.

Joslyn le sugirió que no se comunicara con la familia hasta llegar al puerto. Así evitaría el problema del pasaporte en el aeropuerto. Keira se había sorprendido de las tortuosas ocurrencias de su amiga y se preguntó si la conocía realmente.

Se acercó a la ventana y miró hacia la concurrida calle. Joslyn insistió en que se alojara en uno de los hoteles más conocidos, uno que estaba situado en el corazón de la ciudad. Era excesivamente caro y Keira se preguntó si le alcanzaría el dinero, en el

caso de tener que prolongar su estancia allí. La agitación de la muchedumbre que veía en la calle la asustó un poco. No era una viajera experimentada ni una mujer extrovertida. Le aterrorizó el hecho de no conocer a nadie entre tumulto de gente de diferente color y nacionalidad. Vio mujeres hindúes vestidas con saris, norteamericanos con camisas hawaianas y sombreros de paja; turbantes, mantillas de encaje y gorros rojos árabes. Vio también muchachas chinas, bellas, con la piel de color oliva, vestidas al estilo antiguo, es decir, falda se les abría hasta media pierna; mujeres africanas llevando grandes bultos sobre la cabeza con una elegancia y gracia extraordinarias. El ambiente era ensordecedor. Los conductores de los coches, impacientes, no paraban de tocar el claxon. A esto se le sumaba el divertido panorama de ver la gente agarrada a las puertas de los autobuses, dispuestas a saltar cuando uno menos se lo esperaba. Keira se sentía ajena a este escenario, quizá, demasiado emocionante para ella.

De pronto el teléfono de su habitación, que estaba junto a la cama, sonó. Brincó del susto, miró el aparato y se sintió invadida por pánico. En Port Spain sólo la familia Carr sabía que estaba allí y seguramente la llamada se relacionaría con ellos. Los ánimos se le bajaron y creyó no poder proseguir con la farsa.

Por fin, el aparato dejó de sonar y el silencio que sobrevino la hizo recobrar el sentido de la realidad. Sus manos cayeron y respiró profundamente varias veces para calmar sus nervios tensos. «Debía haber contestado», se amonestó con fiereza. «¿Qué sucedería si la telefonista decidía verificar quién ocupaba la habitación número 75?»

«¿Y si descubría que no era la señorita Hopkins, sino la señorita Booker?» El corazón le latía con desenfreno. Se sentó y cogió el teléfono.

Joslyn le había sugerido que se alojara en un hotel importante para que no existiese la posibilidad de que recordaran los nombres de los huéspedes; también le pidió que cuando llamase a los Carr les diera el número de su habitación. Tuvo que coger la habitación dando su nombre, porque le pidieron el pasaporte. ¿Qué pasaría si en ese momento buscaban en el registro y, al no encontrar el nombre de Hopkins, le daban la información a la persona que había llamado?

— Disculpe, ¿me han llamado? No pude contestar porque estaba en el baño.

— ¿Señorita Hopkins? — preguntó la telefonista.

— Sí — Keira cruzó los dedos.

— Hay una extensión en el baño, señorita — le informó la empleada con amabilidad — . La buscábamos porque un señor que dice apellidarse Carr la espera en el vestíbulo.

¡Carr! El nombre bastó para amenazar su recién recobrado aplomo. El señor estaba

allí, en el vestíbulo del hotel. Jamás pensó que se presentaría sin previo aviso. Logró mantenerse calmada cuando respondió.

— Gracias... Bajaré dentro de unos cinco minutos.

— Muy bien, señorita Hopkins, se lo diré al señor Carr.

— Gracias de nuevo.

Keira colocó el auricular en su sitio y observó el sencillo vestido de algodón que llevaba puesto. ¿Sería la prenda que elegiría Joslyn para conocer al abuelo? ¿Debería ponerse algo más formal? Se encogió de hombros. Joslyn no querría que se comportara de forma diferente a la habitual y el vestido azul pálido era fresco y adecuado, y además le sentaba bien.

Suspirando, se puso de pie y fue al tocador para empolvarse el rostro. Tenía muy pálidas las mejillas y había un cierto matiz de reproche en sus ojos, por lo que estaba a punto de hacer, pero era demasiado tarde. Ya no podía volverse atrás.

Había varios ascensores al final del pasillo. Un moreno antillano le sonrió cuando entró en uno de ellos y le habló alegremente sobre el clima mientras bajaban los seis pisos.

Keira se dirigió temblando hacia el vestíbulo, pero se obligó a proseguir. Se dirigió a recepción y se detuvo para observar a todos los hombres que había allí cerca. Ninguno de ellos tenía la edad adecuada para ser el abuelo de Joslyn. El recepcionista era un esbelto nativo que le sonrió amablemente.

— Soy la señorita Hopkins — anunció en voz baja — . Tengo entendido que alguien me espera.

— En efecto, señorita Hopkins. El señor Carr la espera en el Davenport Bar.

— El Davenport Bar — repitió Keira — . ¿Me puede decir cómo ir hasta allí?

— Atraviese ese arco y lo verá a su derecha.

— ¡Mil gracias! — exclamó y se alejó.

¡Davenport Bar! No era el sitio en que un viejo esperaría a la nieta que no conocía, pero qué le importaba eso a Keira.

¿Cómo le reconocería?

Siguió las indicaciones del antillano y miró a su alrededor. Había varios letreros iluminados que dirigían a los huéspedes a diferentes salones. Fue fácil encontrar el bar. Todo en el hotel mostraba un lujo desmesurado y el Davenport Bar no era diferente. El lugar tenía luz artificial y los faroles creaban sombras en algunos rincones con un ambiente de intimidad. El mostrador, en cambio, estaba muy bien iluminado con luces de colores que se reflejaban en el brillante rostro del camarero.

Keira bajó la vista a su sencillo vestido de algodón. Compungida deseó haberse cambiado. Después de todo era casi la hora de la cena y todas las mujeres vestían con elegancia. Desvalida, recorrió el salón. ¿Dónde estaba el abuelo de Joslyn? Debía estarla esperando en la entrada, pero no había nadie allí. El único hombre solo era un señor moreno, sentado en un taburete alto, frente al mostrador, con un vaso que contenía un líquido de color ámbar.

Los ojos de Keira seguían sobre el hombre cuando este se volvió, la vio y la hizo estremecerse. Era el hombre más apuesto que jamás había visto, aunque tenía una expresión de crueldad en la línea de la boca y de burla en los ojos, que parecían saber el efecto que causaba en las mujeres. Eran de un extraño color ámbar y reflejaban el de la bebida que contenía su vaso y que levantó hacia los labios. Miró a Keira con insolencia.

De inmediato, ella desvió la cabeza. No estaba acostumbrada a que la observaran de esa forma y no le gustó. ¿Dónde diablos estaba Isaac Carr? ¿Por qué no se acercaba a ella para presentarse? Si estaba allí, seguramente se daría cuenta de que ella esperaba a alguien.

El hombre abandonó el taburete, sorbió parte de su bebida, comentó algo con el camarero y caminó hacia Keira. Con el pulso acelerado, ella dio media vuelta. «¡Dios santo!», pensó, «¡debe creer que busco compañía!»

— ¿Joslyn? — el agradable timbre de su voz masculina le habló cerca de la sien.

Sorprendida, se dio la vuelta. El mismo hombre estaba frente a ella y con una mano se abrochaba la chaqueta del inmaculado traje de color marrón para que le cubriera el cinturón; la otra mano la tenía en su costado. De cerca era más perturbador y Keira no pudo pronunciar lo que quería decir. El cuerpo esbelto y musculoso estaba a pocos centímetros del de ella; los perezosos e inteligentes ojos la observaban con burla y un aire de fuerza y virilidad emanaba de su persona.

— Creo que se equivoca...

— Eres Joslyn Hopkins, ¿no? — la interrumpió con las cejas alzadas.

— Bueno... sí, soy Joslyn Hopkins, pero, ¿quién es usted?

— Nicholas Carr — se enderezó — . Seguramente mi padre — te escribió algo sobre mí.

— ¿Nicholas?... quiero decir, ¿es usted el hermano de mi difunta madre?

— Tuve ese privilegio — Keira presintió que él disfrutaba viéndola tan azorada.

— Entonces... ¿usted es... el señor Carr que me estaba esperando? — casi no lo podía

creer.

¡Ese hombre era Nicholas Carr, el hermano de la difunta madre de Joslyn y a quien su amiga describió como un viudo de edad mediana!

Movió la cabeza. Nicholas Carr distaba mucho de la idea que ella se había formado. Dudaba que tuviese más de treinta y cinco años y presintió que la experiencia que vislumbraba en esos extraños ojos de color ámbar no se la había dado su esposa.

CAPÍTULO 2

— El mismo — murmuró Nicholas — . ¿A quién esperabas?

— Creí... pensé... que mi abuelo... — no salía del asombro.

— Comprendo — Nicholas inclinó la cabeza — . Lamento desilusionarte, pero mi padre rara vez viene a Port Spain. No le gusta... — miró a su alrededor y se encogió de hombros — ... el ambiente del lugar.

— Ah — Keira entrelazó las manos.

Se sonrojó por el examen de que era objeto.

— Conque eres Joslyn. No te pareces a tu madre.

— No. Me parezco más a mi padre — intentó sostenerle la mirada.

— Eso debe ser — pareció sombrío y se dirigió hacia el bar — . ¿Quieres una copa?

— No suelo beber, gracias.

— ¿De veras? — alzó las cejas — . Pensé que las periodistas hacíais mucha vida social debido a su trabajo.

— ¿Periodistas? — Keira estaba verdaderamente conmocionada y no pudo ocultarlo.

— Sí — Nicholas se dirigió al bar y ella le tuvo que seguir — . Eres reportera, ¿o me equivoco? ¿O existe otra Joslyn Hopkins?

Keira se sintió aniquilada. Con una sola frase, Nicholas Carr destruyó la imagen que Joslyn creó con tanto cuidado en cuanto a su persona. Debieron comprender que una familia como la de los Carr no aceptaría a una extraña en su seno sin antes verificar sus antecedentes. ¿Qué habrían descubierto, y quién lo habría hecho?

Miró de reojo a su acompañante. Este parecía tranquilo, y casi seguro, que su comentario no había tenido por objeto censurarla. ¿Pero, cómo saberlo a ciencia cierta? Sus temores volvieron a atacarla. No debió ceder a los ruegos de Joslyn ni presentarse allí.

Se acercaron al mostrador y Nicholas le indicó que se sentara en uno de los altos taburetes. Llamó al camarero. Keira obedeció, no dejaba de pensar con desesperación en la respuesta que tendría que dar. Nicholas se sentó a su lado y apoyó los brazos sobre el mueble. Como era mucho más alto que Keira, le fue más fácil acomodarse.

Pidió otro Bacardi y una Coca Cola y miró intrigado a Keira.

— ¿Y bien? — Ia animó — . ¿Qué quieres tomar?

— ¿Un jerez? — murmuró después de humedecerse Ios labios.

— ¿Jerez? — parecía divertido — . Está bien. Peter, por favor, también un jerez.

— Sí, señor Carr — eI camarero sonrió antes de ir a preparar Ias bebidas.

Keira apoyó Ias manos en eI mostrador para evitar que temblaran. Con nerviosismo miró a su alrededor y se movió inquieta en ese ambiente tenuemente iluminado. Se preguntó si Nicholas se daría cuenta de sus nervios. Lo más normal era que Io notara, sin embargo, parecía ignorarlo. Nicholas Vincent sacó una cajetilla de puros y se detuvo un momento.

— Lamento no poder ofrecerte un cigarrillo, pero si Io deseas se Io pediré a Peter.

— No... fumo.

— ¿De veras? — entrecerró Ios párpados aI colocar un grueso puro entre Ios dientes — Cada minuto que pasa me intrigas más.

La chica estaba convencida de que él jugaba aI gato y aI ratón con eIIa. Abrió Ia boca con intención de decirle que no había necesidad de seguir con aquel juego por más tiempo. Le diría Ia verdad, que no era Joslyn Hopkins y que pensaba salir de Trinidad y Tobago tan pronto consiguiera pasaje en eI avión.

— Aunque no Io crea, es cierto, no me gusta fumar — dijo.

— ¿No te parece que deberías llamarme tío?

— Si así Io desea — Keira cruzó Ios dedos.

— Es Io que espera mi padre — dijo muy serio antes de encender eI puro — . Pero de ti depende usar o no eI apelativo — eI camarero, Peter, Ies trajo Ias bebidas. Las colocó sobre eI mostrador y se puso a frotarlo con una bayeta como si estuviese esperando algo. Nicholas Ie dio Ias gracias con un movimiento de cabeza y Ie dijo — . Dile a tu cuñado que me llame. Veré qué puedo hacer.

— Sí, señor — eI rostro de Peter se iluminó con una sonrisa — . Se Io agradeceré, señor Carr.

— Olvídalo — Peter se alejó para atender a otro cliente. Nicholas se volvió hacia Keira — . Ahora, cuéntame que tal ha sido eI viaje — Ios dedos de Keira se aferraron aI pie de Ia copa como si fuese una cuerda salvavidas.

— Estupendo, gracias — estuvo a punto de decirle que, como no había viajado mucho, no tenía experiencia para saber si su vuelo fue bueno o no, pero comprendió a tiempo que quizás él sabría que Joslyn viajaba mucho — . El avión aterrizó anoche, bastante

tarde.

— Sí — Nicholas bebió un sorbo de su vaso.

Tomó el trozo de limón que estaba sobre el borde del vaso y lo exprimió dentro de la bebida. Sus manos captaron la atención de Keira. Eran manos morenas de largos dedos y en nada se parecían a las de los granjeros que Keira conocía. ¿Acaso los Carr eran granjeros comunes? Por lo visto, no.

— Mi padre se regocijó con tu telegrama. Debiste darnos el número del vuelo y la hora de llegada para que hubiéramos ido a recogerte al aeropuerto.

— Sabía que llegaría tarde y pensé que sería mejor... — le dio un sorbo al jerez.

Pensó que era sólo el principio y que las cosas se pondrían mucho más difíciles.

— No tiene importancia — Nicholas intentó hacérselo más fácil. Soltó una bocanada del delicioso humo aromático del tabaco cubano — . Lo que importa es que ya estás aquí.

— Sí — intentó tranquilizarse — . ¿Está muy lejos la casa?

— ¿Punto Carr? — se encogió de hombros — . A unos cuarenta y cinco kilómetros, al norte y bordeando la costa.

— Ahora lo recuerdo — Keira inclinó los ojos sobre su copa — . Estoy ansiosa de conocer a mi... mi abuelo.

— Me lo imagino — los ojos de Nicholas la miraron fijamente — . ¿Dispuesta a salir?

— ¿En este momento?

— Dentro de unos minutos.

Keira pensó en la cuenta del hotel, a nombre de Keira Booker. El corazón le latió con tanta fuerza que temió que Nicholas lo oyera.

— Espéreme aquí e iré por mis cosas.

— De acuerdo — Nicholas terminó su bebida y llamó de nuevo a Peter — . Sirve otro.

— No tardaré — murmuró Keira al bajarse del taburete.

— No has terminado tu copa.

— No tengo mucha sed.

— Muy bien, te esperaré aquí — entrecerró los párpados.

Keira salió de prisa del Davenport Bar. Al llegar al vestíbulo miró esperanzada hacia el mostrador de recepción. Tuvo suerte. El recepcionista ya no estaba y en su lugar había una chica antillana que no había visto antes. Se acercó a ella y le explicó que abandonaría el hotel dentro de unos minutos. La chica fue amable y comprensiva.

Aceptó tenerle la cuenta lista cuando bajase después de recoger su equipaje.

A Keira le pareció que el ascensor tardaba siglos en subir hasta el séptimo piso y, para colmo, la llave se atascó en la cerradura durante un momento. Tenía la sensación de estar tardando demasiado en hacer la maleta y bajar, pero al descubrir que había logrado hacerlo en sólo quince minutos se sorprendió.

Dejó la maleta a cargo de un botones y se acercó a recepción. Miró a su alrededor y, tranquilizada al no ver a Nicholas Carr, pagó sin verificar la cuenta. Se dirigió al bar.

Nicholas seguía sentado en el mismo taburete, pero no estaba solo. Una esbelta pelirroja ocupaba el lugar que Keira había dejado. Vestía una prenda de seda amarilla. Muy nerviosa, Keira se acercó. Al parecer ninguno de los dos notaba su presencia y no sabía si interrumpirlos o no. La mujer tenía la espalda hacia la puerta, pero Nicholas no, y justo en el momento en que Keira iba a darse la vuelta, la vio y se levantó del asiento.

— Aquí está mi sobrina, Kendyl, es Joslyn Hopkins. Joslyn, permite que te presente a una amiga de hace muchos años.

Mientras Keira se acercaba más, la mujer se volvió con indolencia, apoyada en el codo sobre el mostrador. Era mayor de lo que imaginó Keira. Le calculó más de treinta años. Sin embargo, la edad no desmerecía su belleza. Había algo vagamente oriental en sus clásicas facciones, y con sus ojos almendrados, que insinuaban una cierta mezcla europea, miró a Nicholas.

— No sabría que eras tío, querido — murmuró.

— ¿De veras? — Nicholas esbozó una sonrisa — . Se aprende algo nuevo cada día.

— ¿Sabe Campbell que tiene una prima?

— Supongo que sí — respondió tranquilo.

Pero, como si se diera cuenta de que Keira escuchaba perpleja, agregó:

— . Joslyn, permite que te presente a la señora Brooks. Su esposo y yo somos socios en una pequeña compañía de la costa sur de la isla.

— Mucho gusto — a regañadientes Keira estrechó la mano de Kendyl Brooks.

Notó algo en ella que le resultaba desagradable, pero no sabía qué. Desde luego no era por la forma posesiva en que miraba a Nicholas Carr. Los asuntos privados de él no tenían nada que ver con ella. De todos modos, no le pareció correcto que una mujer casada tratase a cualquier hombre que no fuese su esposo con esa intimidad.

— De modo que eres la hija de Megan — comentó Kendyl — . ¡Isaac estará sacrificando el proverbial becerro en tu honor!

— ¿Isaac? — durante un momento Keira no asoció el nombre — . Ah, se refiere a mi abuelo.

— Claro. Debe estar ablandándose con la edad. Aseguró que jamás perdonaría a tu madre por lo que hizo.

— ¡Basta, Kendyl! — el tono de Nicholas fue cortante y Keira se sorprendió de la forma en que Nicholas recriminó a la mujer — . Discúlpanos, tenemos que irnos.

— Nicholas, querido, por qué no te quedas a cenar — sugirió, colocando sus largos dedos de uñas pintadas sobre su brazo.

— Me temo que no es posible — se movió y la mano de Kendyl se desprendió.

— Pero hacía siglos que no te veía...

— De veras lo lamento, Kendyl.

— ¡Qué suerte tienes de ser su sobrina! — comentó con sarcasmo y miró a Keira con frialdad — . Nicholas es un desalmado con las mujeres, ¿no es cierto, querido?

— ¿Estás lista? — le preguntó Nicholas a Keira, ignorando a la otra.

— Sí, dejé mi maleta en el vestíbulo y está a cargo de un botones — habló rápido porque quería alejarse lo antes posible, no soportaba la humillación de la que había sido objeto Kendyl. Sintió lástima de ella.

— Perfecto; estaré contigo en un momento.

Al dirigirse a la salida, Keira escuchó las pocas palabras que intercambiaron.

Fueron plañideros ruegos de Kendyl y un cruel rechazo de Nicholas.

La alcanzó cuando entraba en el vestíbulo. Keira le miró de reojo y parecía que lo ocurrido le había dejado indiferente. Keira se estremeció. Si algún hombre llegara a hablarle como lo había hecho Nicholas a Kendyl, preferiría morir. Kendyl era una mujer casada, ¿no significaba nada su marido para ella?

El botones llevó con gusto la maleta de Keira al coche de Nicholas y la chica comprendió su motivación cuando vio que Nicholas le daba un billete de cinco dólares. Ella debía haberle dado una propina al muchacho, pero lo olvidó por tener otras cosas en la mente.

Cuando salieron del hotel, ya era de noche, reinaba una aterciopelada y tibia frescura. El tráfico en la concurrida avenida parecía haber disminuido, pero no la gente que frecuentaba los comercios, atraída por la plata, los grabados en madera, las sedas hindúes y la joyería china.

Nicholas traía una enorme y potente camioneta Mercedes, toda cubierta de polvo. Arrojó la maleta de Keira al asiento de atrás y le dijo a ella que entrara. La chica

obedeció. Se alegraba de abandonar el hotel y de dejar atrás todo lo ocurrido allí. Nicholas rodeó el coche, entró y se sentó al lado de Keira. Tuvo que apoyarse en el techo del coche para deslizarse dentro. Lo hizo con movimientos ágiles.

— No tienes que actuar como si estuvieses con un monstruo. Te aseguro que Kendyl es muy capaz de cuidarse — las mejillas de Keira se sonrojaron y le dio gracias al cielo de que la oscuridad las ocultara.

— No sé de qué hablas...

— No te hagas la ingenua, lo sabes bien — se acomodó en el asiento — . Conozco bastante las reacciones femeninas y estoy seguro de que le tienes un poco de lástima a Kendyl.

— Ella no tiene nada que ver conmigo.

— En eso estoy de acuerdo. Sin embargo, ¡guarda la piedad para alguien que la merezca!

Puso el motor en marcha y arrancó. Maniobró con facilidad y el inmenso vehículo salió de la zona de estacionamiento para incorporarse al flujo del tráfico.

Inesperadamente, Keira oyó el rítmico compás de una banda, que tocaba no lejos de allí, y el sonido la emocionó. La primitiva calidad de las percusiones la incitaba a llevar el ritmo. Estaba acostumbrada a la música que escuchaba en casa, al ritmo de las guitarras eléctricas, pero esto era diferente. Parecía más de verdad, ejecutado por personas con una larga herencia de cultura africana. Miró a Nicholas Carr, pero parecía indiferente a los ritmos, que, a pesar del ruido del tráfico, se escuchaban. Sin duda estaba acostumbrado y no era novedad para él. Para Keira era una experiencia muy emocionante y durante unos momentos olvidó que era una intrusa y suspiró complacida.

— ¿Estás cansada? — preguntó Nicholas.

— No — alzó y bajó los hombros — . Esa música es maravillosa.

— Seguro que no pensarás lo mismo pasadas unas semanas — hizo una mueca con la boca.

— ¿Por qué? — frunció el ceño.

— Faltan tres semanas para el Carnaval y escucharás tanto pan que desearás que no se hubiese inventado.

— ¿Pan?

— Es el nombre con que se conocen esas bandas. Los instrumentos están hechos con bidones de petróleo, calderos de acero...

— Comprendo — Keira se interesó — . No deja de ser fascinante.

— Depende de lo que consideres fascinante — comentó secamente — . Imagino que te gusta ese tipo de música.

— Me gusta toda clase de música — repuso a la defensiva — . ¿A ti no?

— No dudo que tendrás más cosas en común con mi hijo a ese respecto — respondió burlonamente y Keira se puso rígida.

¡Su hijo! ¡Joslyn no mencionó que Nicholas tenía un hijo!

Al instante recordó algo que Kendyl Brooks había mencionado y que en ese momento no le había parecido importante. ¡Preguntó si Campbell sabía que tenía una prima! Debería haberse dado cuenta. Si Campbell era primo de Joslyn, tenía que ser hijo de Nicholas.

— ¿Campbell? — preguntó después de tragar saliva.

— Sí — Nicholas la miró un momento — . ¿Qué edad has dicho que tienes?

— Veinticinco — el sudor le empañó la frente porque estuvo a punto de decir veintidós.

— Veinticinco — repitió Nicholas y movió la cabeza — . No los aparentas.

— Gracias por el cumplido — intentó dar una impresión de frivolidad, pero no lo logró — . ¿Qué edad tiene... Campbell?

— ¿No te lo dijo mi padre?

— Es posible que lo hiciera, pero lo he olvidado — salió bien librada de la trampa.

— Diecisiete.

— Ah — Keira inclinó la cabeza.

¡Diecisiete! Sólo cinco años menos que ella. Entonces, ¿qué edad tendría ese hombre que era el tío de Joslyn? ¿Por qué le interesaba tanto ese dato?

Nicholas viró para apartarse de las brillantes luces de las calles principales y entrar en una zona oscura donde las palmeras dibujaban un ambiente exótico a la luz de los faros delanteros del coche. Subían hacia las colinas y Keira, al volverse, vio las luces que iluminaban la ciudad. Le pareció estar en un país de ensueño.

De nuevo el temor se apoderó de ella. Pensó que, estando en la ciudad, le sería más fácil huir llegado el caso; pero ahora iba en sentido contrario, camino a la casa de los Carr, comprometida a representar el papel prometido, y presentía que Nicholas Carr no soportaría ningún titubeo por su parte. No era el tipo de hombre con quien se podía jugar y si alguna vez descubría que ella los estaba engañando.

La brisa que entraba por las ventanillas abiertas del coche empezó a tener un olor

salado. Keira supuso que estaban cerca del mar, pero no podía ver nada que no fuese la pálida luz de la luna. A pesar de lo difícil de su situación, deseó poder admirar la costa a la luz del día. Lo que hasta ese momento había visto era más de lo que había imaginado en cuanto a riqueza de colores y exuberancia de paisajes y ambientes. Estaba convencida de que las blancas playas y el mar no serían menos conmovedores. Debería dejar de preocuparse y disfrutar de su estancia allí.

Como el silencio entre ellos se alargaba y se tornaba pesado, Keira consideró que le tocaba a ella hacer el esfuerzo de romperlo.

— Cuéntamelo todo sobre Punto Carr. ¿Así se llama la casa de tu padre, no? — más tarde se dio cuenta de que debía haber dicho «la casa de mi abuelo».

Ya no podía hacer nada al respecto. Sin embargo, y por fortuna, Nicholas pareció no darse cuenta de la equivocación.

— No, Punto Carr es el nombre de la península en que está situada la casa, no tiene otro nombre.

— ¡Debe ser maravilloso!

— ¿Eso crees? No pensé que te gustaría.

— ¿Por qué? — Keira estaba desconcertada.

— Por razones lógicas. Desde hace veinte años debías haber sabido que existíamos y, sin embargo, nunca te pusiste en contacto con nosotros.

— Tenía entendido que... mi abuelo rechazó tener contacto con... mi padre.

— Así fue, pero le habría gustado tener noticias tuyas. Después de todo, eres su nieta. El producto inocente del asunto.

— Yo... nosotros nunca hablamos de ello — murmuró, sintiéndose torpe.

— No me digas — las manos de Nicholas ciñeron con más fuerza el volante en una curva pronunciada — . No puedo creerlo.

— Lo que pasa es que no lo comprendes — Keira empezaba a ganar confianza. Conocía la versión de Joslyn y entendía el problema — . Papá nunca se repuso de la muerte de mamá, la amó mucho. Jamás olvidó que, involuntariamente, fui la causa de su muerte. No me lo reprochó de forma directa, pero mi presencia le hacía recordarla. Era imposible que me comunicara con el abuelo, habría sido desleal. ¿Lo comprendes ahora?

— Comprendo lo que tratas de decirme, pero no estoy de acuerdo.

— Además, mi abuelo no fue un inocente espectador. Quiero decir, que él fue el principal culpable de la ruptura familiar.

— Quizá. Recuerdo que se quedó muy dolido. Megan siempre fue la niña de sus ojos. Fue un golpe duro el que decidiera ignorar todo lo que hizo por ella, y todo lo que hubiera hecho. ¡Mira que irse con un ingeniero de escasos medios!

— Él, es decir, mi padre, no era un indigente.

— Comparado con la fortuna de mi padre, sí lo era.

— Supongo que el abuelo hubiera deseado que mamá hiciese un matrimonio de conveniencia.

— Si al decir conveniencia te refieres a un esposo más adecuado, la respuesta es sí.

— Conveniencia tiene otros significados — interrumpió sin poder controlarse — ¡También significa más bien política que justicia!

— Luke Duncan la habría hecho feliz.

— ¿Cómo puedes decir eso? — le molestó la severidad en la voz de Nicholas — . Es evidente que no amó a ese Luke Duncan porque, de lo contrario, ¡no se habría fugado con Ryan Hopkins!

Los párpados de Nicholas se entrecerraron y la miró a través de las espesas pestañas.

— ¿Ryan Hopkins? — repitió — ¡Qué forma tan curiosa de hablar sobre tu padre!

— ¿Por qué? — le retó, sabiendo que había vuelto a cometer una indiscreción y que era preciso enmendarla — . El nombre de mi padre fue Ryan Hopkins, ¿no?

— Si tú lo dices — comentó quedo y fijó la atención en las curvas que se presentaban en la carretera.

Keira se preguntó si no estaría equivocada al imaginar que había notado cierto escepticismo en su voz. Estaba segura de que no dudaba de su supuesta identidad, no la habría recogido de no estar seguro.

— ¿Cuánto falta para llegar a Punto Carr? — cambió de tema y se esforzó para no tartamudear.

Nicholas levantó el puño de la camisa para consultar su reloj de oro.

— Unos quince minutos más — respondió.

Keira se hundió en el asiento, aferrada a la suave cubierta de cuero. Pronto llegarían y era preciso prepararse para la dura prueba que la esperaba.

La luna estaba en lo alto cuando llegaron al camino privado que desembocaba en la casa de Carr. Con la pálida luz de la noche, Keira podía ver las pendientes cubiertas de árboles que iban a un muelle natural, abajo de la casa, donde había una especie de casetas donde debían guardarse los botes. Pero la casa fue lo que más la cautivó,

porque el blanco de la fachada, iluminada por las luces de los jardines, parecía algo sobrenatural. Era un edificio de varios pisos, maravillosamente diseñado para parecer que formaba parte de la montaña. Una escalinata descendía entre unas pérgolas cubiertas de buganvillas y otras plantas trepadoras, hacia la zona pavimentada con piedras para albergar a los coches. Las diferentes secciones de la casa se extendían en todas direcciones, sin tener un diseño o equilibrio lógico. Sin embargo, era lo más bello que Keira había visto en su vida.

Nicholas detuvo el Mercedes en el patio empedrado, un poco ladeado con relación a la casa, y Keira abrió la portezuela para salir y escuchar el inconfundible murmullo del mar al golpear las rocas. Imaginó que debía ser natural para cualquiera sentirse orgulloso de aquella maravilla, pero Nicholas Carr no parecía sentirlo.

También él salió del coche y cuando cogía la maleta de Keira alguien bajó corriendo la escalera para dirigirse hacia ellos. Al acercarse, Keira vio que se trataba de un criado de piel oscura, vestido con pantalón negro y chaqueta blanca. El recién llegado le sonrió con amabilidad.

— Su padre está preocupado por usted, señor Nicholas — anunció al cogerle la maleta. Miró a Keira — . ¿La señorita es hija de nuestra Megan?

— Así es, Jefferson. La señorita es Joslyn Hopkins — un tic nervioso le hizo mover los labios.

— El señor Isaac se alegrará de verla, señorita Joslyn — volvió a sonreír — . ¡Hace mucho tiempo que no vive una mujer joven en la casa!

Keira miró a Nicholas, parado con indolencia a su lado. Tenía los pulgares metidos dentro de las hebillas del cinturón del pantalón y observaba a Jefferson con resignación! Al parecer de Keira, todo lo que Nicholas hacía tenía una gracia inconsciente y natural. Se movía como un felino y con calma; sin embargo, ella presentía que en esos músculos había una fuerza latente y una sensualidad tangible. Eso la perturbó porque la hizo tomar conciencia de él como hombre.

Jefferson se dio cuenta de que los estaba entreteniendo y se hizo un lado para que Nicholas pudiese subir la escalera al lado de Keira. Mientras caminaban oyó el canto de los grillos, con el trasfondo del murmullo del mar.

La emoción amenazaba con ahogarla y tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. Al llegar al descansillo se detuvo ante la puerta de entrada y Nicholas chocó contra ella. Por un momento él la sujetó del brazo y luego se disculpó:

— La culpa ha sido mía — aseguró Keira y se alejó de él.

Estuvo brusca sin necesidad, pero la mano sobre su brazo la había perturbado más de la cuenta. Sintió la dureza de ese cuerpo, el contacto de la seda que cubría el firme pecho y experimentó un incomprensible deseo de permanecer apoyada en él. No estaba acostumbrada a esas sensaciones y se recriminó por dejar que su imaginación volara de forma tan tonta. ¡Se suponía que era su sobrina! ¿Qué hubiera pensado Nicholas de ella si le hubiera leído el pensamiento en ese momento?

Nicholas la precedió para pasar por una puerta de malla y entrar en un vestíbulo de mosaicos, muy fresco. Este vestíbulo ocupaba desde el frente hasta la parte de atrás de la casa y desde él salían varios pasillos. Una escalera curva de hierro forjado conducía a los pisos superiores. Sobre un alto pedestal había un florero con azucenas de varios colores, cuyos estambres sobresalientes le eran desconocidos. Una lámpara con pie de cobre y pantalla china pintada iluminaba el pasillo.

Pensativa, Keira observó lo que la rodeaba. Había mucho colorido y belleza que contemplar, pero Nicholas la alentó a seguir adelante y subir unos escalones hasta una puerta azul oscuro.

— Este es el despacho de papá — comentó antes de coger el picaporte para abrir la puerta.

La chica entró en una habitación amueblada de forma muy confortable. Unas alfombras de pieles cubrían parte del suelo y en el centro había un escritorio. Las paredes estaban cubiertas de libros, se veían archivos, un sofá, una mesa pequeña con la correspondencia y una máquina de escribir. Saltaba a la vista que Isaac Carr trataba allí sus asuntos.

Un hombre se puso de pie, detrás del escritorio, y Keira lo olvidó todo para fijar la atención en él. Isaac Carr no era como se lo había imaginado. Ante los ruegos de Joslyn para que fuese a Trinidad y Tobago para consolar a un viejo, Keira concluyó que tendría más de setenta años, que estaría enfermo y débil, viviendo día a día sin saber cuándo le llegaría la muerte.

La realidad era diferente. Igual que su hijo, era bastante más joven de lo que imaginó. Le calculó poco más de los sesenta. Además, era un hombre con las facultades intactas, alto y vigoroso, más fornido que su hijo, aunque muy parecido a él, con abundante pelo cano y rostro agradable.

El señor Carr dio la vuelta al escritorio y tendió ambas manos para saludarla. De forma automática, Keira le entregó las suyas.

— ¡Conque eres Joslyn! — exclamó y movió la cabeza — . ¡La niña de mi Megan! Casi no lo creo.

— ¿Por qué? — susurró, sin saber qué otra cosa decir.

Isaac le apretó las manos.

— Hace tanto tiempo — la voz le tembló, pero se sobrepuso y agregó — . Supongo que sabes poco acerca de tu madre.

— Así es — dijo nerviosa — . Ella, es decir, mi padre rara vez hablaba de ella. Le era muy doloroso.

La expresión en el rostro de Isaac cambió ante la mención de Ryan Hopkins.

Apretó los labios y sus ojos se apagaron.

— Creo que debemos olvidarnos del pasado para centrarnos en el presente, ¿estás de acuerdo? Es decir, hay algunas cosas que nos causarían dolor si las mencionáramos. No tiene objeto recordar pasados agravios, y créeme, ambos hemos tenido nuestra buena dosis de pesares. Sugiero que comencemos de nuevo, que nos conozcamos sin las influencias distorsionadoras que crearon otros hace muchos años.

— Estoy dispuesta — murmuró, con los ojos puestos en las manos que el abuelo todavía estrechaba.

— ¡Muy bien! — su expresión se ablandó — . No sabes lo feliz que me has hecho. Añoraba tanto tu visita... Ahora somos tu familia y ésta es tu casa. Ya sé que tienes tu carrera profesional, pero a pesar de todo, la familia debe ocupar el primer lugar — Keira le miró fijamente y no supo qué contestar. Por fortuna no tuvo que hacerlo —. ¡Tranquila, no te pongas nerviosa! Te prometo que no te morderemos. Todo lo contrario, será un placer tener de nuevo a una mujer joven en la casa.

Keira se volvió y vio que Nicholas estaba de pie, cerca de la puerta, y que los observaba sonriendo con indolencia. En ese momento dio un paso adelante.

— Jefferson dijo casi lo mismo. De haber sabido que ambos deseaban compañía femenina…

— ¡Olvida los sarcasmos, Nicholas! — exclamó impaciente el abuelo — . ¡Si así recibiste a tu sobrina, no me extraña que esté nerviosa!

— Es posible que no seamos como ella la imaginaba — Nicholas miró intrigado a Keira.

— ¿Qué quieres decir? — gruñó Isaac.

— Nada — se encogió de hombros y sacó la pitillera del bolsillo — . Iré a cambiarme para la cena. Me siento acalorado e incómodo — le echó un vistazo a Keira — . Quizá a mi sobrina le gustaría hacer lo mismo.

Isaac soltó las manos de la chica y se acercó a la chimenea para tirar de un cordón de terciopelo que pendía.

— Por supuesto. Con la emoción de conocerte, querida, olvidé las reglas de urbanidad. Debes estar hambrienta y cansada. Emelia te llevará a tu habitación y cenaremos... dentro de unos treinta minutos — consultó su reloj — . ¿Es suficiente tiempo?

— Por... supuesto — Keira entrelazó las manos — . Me gustaría decir... estoy contenta de encontrarme aquí.

— Bien dicho — comentó burlón Nicholas, con un puro entre los dientes.

Keira cerró los puños.

— Ignora a tu tío — le aconsejó Isaac al mismo tiempo que amonestaba a su hijo con la mirada — . Nicholas es un cínico.

— Siempre has dicho que tenemos mucho en común, papá — comentó después de abrir la puerta y antes de salir.

La habitación pareció quedar vacía y Keira miró con torpeza al abuelo de Joslyn.

— La casa es preciosa y estoy impaciente por verla de día.

— Es natural, querida — Isaac se acercó sonriendo — . Estoy seguro de que aquí serás feliz. Si no resulta así, no será por falta de deseos por mi parte. Quiero pensar que disfrutarás tanto de tu estancia que no querrás abandonarnos. Tenemos muchas cosas que pueden interesarte. Natación, navegación, buceo, si eres atrevida. Nicholas y Campbell te enseñarán. Pasan muchas horas en el barco. Y, desde luego, la isla es un verdadero paraíso para los que aman la naturaleza. Te llevaremos al santuario de aves Corini para que veas al ibis escarlata. Me imagino que no lo has visto en su ambiente natural — suspiró — . Como ves, cariño, ya estoy gozando las semanas que nos esperan juntos.

Keira no tuvo ocasión de responder porque llamaron a la puerta.

Una criada entró e Isaac sonrió.

— Emelia — abrazó a Keira — . Joslyn, querida, permite que te presente a nuestro tesoro, Emelia — la mujer de color rió y él continuó.

— Nos facilita la vida sin que le mostremos agradecimiento, ¿verdad, Emelia?

— Si usted lo dice, señor Isaac, — los brillantes ojos oscuros miraron a la joven — . ¿Cómo está, señorita Joslyn? No sabe el gusto que tengo de conocerla.

— Hola, Emelia — Keira logró sonreír.

— Hazme el favor de llevar a la señorita Joslyn a su habitación — le dio un empujón a Keira — . Cenaremos dentro de media hora.

— Sí, señor Isaac — Emelia dio un paso atrás — . ¿Me sigue, señorita?

Keira acompañó a Emelia por el pasillo y el vestíbulo. Empezaban a subir la escalera de hierro forjado cuando un joven entró y las vio. Era alto y el pantalón vaquero y la camiseta de punto marcaban su delgadez. Sorprendido, observó a Keira de la misma forma que lo había hecho su padre. Keira supuso que se trataba de Campbell, aunque no era tan moreno como su progenitor y llevaba el cabello más largo. Era apuesto y menos agresivo en masculinidad que Nicholas.

— Vaya, vaya — fue hacia la escalera — . Si no me equivoco debes ser Joslyn.

— Sí, así es; y tú, desde luego, eres Campbell.

— Cuento con esa dudosa distinción — rió — . ¿No bajas a saludar a tu desconocido primo?

— El señor Isaac dijo que la cena se serviría dentro de media hora, señor Campbell

— intercaló Emelia, inclinada sobre la barandilla — . La señorita Joslyn necesita tiempo para bañarse y cambiarse.

— Cena familiar — Campbell hizo un gesto burlón — . ¿Has conocido ya a nuestra familia, Joslyn?

— A todos menos a la tía abuela, Evelyn — respondió indecisa.

— ¿Eve? Pues te espera un gran agasajo.

— ¡Señor Campbell! — le amonestó Emelia.

— Ya sé, no me lo digas. No debo faltar el respeto a mis mayores, pero la verdad es... te pido que no le hagas mucho caso a lo que diga Eve.

Keira oyó el enfadado gruñido de Emelia y, al ver que la otra subía, la siguió sonriendo. Campbell le agradó porque parecía sencillo en el trato. Se llevaría bien con él, aunque jamás sería capaz de comprender a su padre...

CAPÍTULO 3

La habitación de Keira estaba situada en una de las esquinas de la casa y a la mañana siguiente salió al balcón. Contuvo el aliento ante la hermosa vista que tenía delante. Bajo los escalones que iban a desembocar en el patio empedrado que había visto la noche anterior, el frondoso jardín se desvanecía en una caída repentina hacia el mar. Sabía que había unas casetas de botes y supuso que habría alguna forma de llegar hasta allí.

El mar estaba tranquilo y sus translúcidas aguas, de color turquesa, brillaban a la luz de los rayos solares. Hacía calor y, como Keira durmió intranquila, no deseaba otra cosa más que quitarse la ropa y sumergirse en el mar.

Aún no conocía las costumbres de la casa, así que por más que anhelara recorrerla, tendría que esperar a que la invitaran a hacerlo. Se conformó con darse una ducha en el baño, que estaba junto a su alcoba. Seguía pensando en la difícil situación en que Joslyn la había puesto.

La razón que había tenido Joslyn para ocultar las verdaderas edades de sus parientes había sido que quería que Keira aceptase el plan. Joslyn debió suponer que Keira jamás aceptaría, si antes no se le enternecía el corazón. Keira debería estar furiosa por eso, pero, dadas las circunstancias, sabía que la emoción que le causaba pensar en las semanas que iba a disfrutar era grande.

Su situación en la casa no iba a ser fácil y, además, no entendía por qué Joslyn simuló que su abuelo desconocía su verdadero trabajo. Debió engañarla para convencerla mejor. ¿Qué sabía Keira sobre la vida de Joslyn? Muy poco.

Por el momento no se preocuparía. Era su primer día en Trinidad y Tobago y pensaba disfrutarlo, cuanto le fuera posible.

Salió del baño, envuelta en una inmensa toalla, y entró en su habitación. Era muy bonita, las cortinas eran de color crema, igual que la colcha. Y las sábanas de lino también eran de color crema, mientras que las mullidas alfombras eran de lana marrón. La noche anterior, mientras Keira cenaba, alguien sacó su ropa de la maleta y la colgó dentro del inmenso armario. En ese momento lo abrió y se quedó mirando el equipaje que había llevado. Había algunos vestidos de verano, pantalones vaqueros, blusas y un

vestido de noche para alguna ocasión especial. Eligió una falda plisada blanca, ribeteada de azul marino, que hacía resaltar su palidez. Mientras se ponía unas sandalias con tacón de corcho, pensó que si le permitían quedarse el tiempo suficiente, su color de piel cambiaría.

Recordó la cena de la noche anterior. Fue una velada extrañamente irreal, en la cual Nicholas se sentó en uno de los extremos de la larga y pulida mesa, y su padre en el otro. La única iluminación la proporcionaban unas velas colocadas en candelabros y, sin duda, esa fue la razón de que imaginara que Nicholas tenía un perturbador aire satánico cuando dirigió sus ojos hacia ella.

Isaac Carr fue bondadoso al presentarle con orgullo a su hermana Evelyn, pero Keira no se sentía a gusto. Pensaba que los estaba engañando y que, además, era una intrusa.

Comprendió lo que Campbell quiso decir con respecto a la tía abuela. Debía haber sido muy guapa de joven, pero en el presente era sólo una pálida sombra de lo que fue; vivía en el pasado, era nerviosa y distraída, y parecía mayor que su fuerte y vigoroso hermano. A Keira se le ocurrió que quizá la madre de Joslyn tuvo razones para marcharse de allí. Parecía que los hombres de esa familia atemorizaban a las mujeres y Megan debió tener esa sensación. Keira se reprendió por sus pensamientos.

Por lo visto, sólo podría mostrarse natural con Campbell, siempre y cuando no revelara su verdadera identidad. Contestó a las preguntas que le hicieron sobre Londres e Inglaterra. Sin embargo, se daba cuenta de que Nicholas no dejaba de observarla. Por fortuna, al terminar la cena, Nicholas desapareció y nadie le preguntó dónde iba, ni él les proporcionó la información.

Esa mañana, se estaba cepillando el pelo cuando oyó voces y un silbido en el patio, a través de las contraventanas de la habitación. Dejó el cepillo y se asomó con sigilo al balcón. Nicholas, Campbell y el sirviente Jefferson, estaban demasiado concentrados en lo que hacían y no se fijaron en el balcón del primer piso. Cruzaban el patio y llevaban gafas de bucear, aletas y tanques de oxígeno; seguramente hablaban sobre el deporte que iban a practicar. Keira sintió envidia. Era precisamente eso lo que le hubiera gustado hacer a ella, ya que no dudaba que las aguas de Punto Carr estaban repletas de peces.

Los hombres, vestidos con pantalones cortos, desaparecieron por un sendero que Keira no había visto antes. En ese momento vio que llegaban al borde del risco. Supuso que conducía a los escalones que bajaban a la caleta.

Regresó a su habitación y se preguntó por qué, de pronto, se sentía tan desganada. Si

Nicholas y Campbell se ausentaban durante todo el día, debería sentirse tranquila, pero sucedía lo contrario. Se decepcionó al saber que ese día no vería a Campbell.

Un poco después de las ocho salió de su habitación y se dirigió hacia el pasillo que la llevaría a los escalones que a su vez la conducirían a la escalera circular que daba al vestíbulo. Allí se encontró con una criada joven y le preguntó dónde podía desayunar.

— ¿Quiere hacerlo en el primer piso, señorita? — preguntó la criada con una marcada inflexión en la voz.

— ¿Es eso lo que tienen por costumbre? — inquirió.

— A veces sí, pero no siempre — movió la cabeza de un lado a otro — . Hay ocasiones en que el señor Nicholas desayuna temprano, muy temprano, pero otras lo hace en cama.

— Comprendo — Keira sintió que se ruborizaba — . No tengo preferencia alguna.

La chica la miraba con extrañeza y Keira comprendió que a ella le tocaba elegir y no a la otra. Era evidente que su actitud no era la correcta, pero no estaba acostumbrada a dar órdenes. Con alivio vio que Emelia se acercaba y fruncía el ceño por la indolente actitud de la doncella.

— ¿Qué pasa, señorita Joslyn? — preguntó severa — . ¿Ha sido insolente esta chica? Matilda, regresa a la cocina, hablaremos después...

— No, yo... — Keira suspiró — . No hubo ningún problema, Emelia; sólo que no sé dónde desayunar.

— ¡Ah! — Emelia asintió y le indicó a la chica que regresara de inmediato a la cocina — . ¿Tiene hambre?

— Un poco — dijo Keira que sentía un vacío en el estómago.

— Muy bien, venga por aquí.

Emelia la llevó a una habitación soleada, a la derecha del vestíbulo, que daba a una terraza desde donde se podía admirar el exuberante jardín del frente de la casa. Comparada con el estudio de Isaac Carr y con la sala que usaron después de cenar, esa era una habitación pequeña. Cerca de las ventanas, que estaban abiertas, había una mesa redonda con la encimera de cristal.

— Siéntese en la terraza y dentro de cinco minutos le traeré el desayuno — prometió Emelia sonriendo. Keira se lo agradeció — . Ésta es la habitación de la mañana. Por lo general, el señor Isaac come aquí, ya se dará cuenta.

— Gracias, Emelia, espero no causar demasiadas molestias.

— ¡Santo cielo! De ninguna manera, señorita Joslyn — la miró con ternura — . Es un

placer tenerla aquí. Cuidé a su madre casi recién nacida y siempre he deseado vivir lo suficiente para hacer lo mismo con su hija — movió la cabeza con tristeza.

Keira se sintió incómoda. ¿Por qué había dicho eso Emelia? Hasta ese momento se había sentido a gusto, pero la sensación de culpa la atormentó de nuevo.

— ¡Qué vista tan maravillosa! — exclamó después de acercarse a las ventanas — .Jamás he visto nada tan bello en ninguna parte.

— Iré a preparar el desayuno, señorita — respondió Emelia antes de salir de la habitación.

Keira estaba deprimida, porque a cada momento que pasaba se arrepentía más de haber cedido a los ruegos de Joslyn. La ilusión que había sentido a primeras horas del día se le iba apagando poco a poco. Pero no le quedaba más remedio que proseguir, y cuanto antes dejara de preocuparse de su debilidad, más fácil sería. Debía pensar que representaba un papel, el papel de Joslyn Hopkins, y en ningún momento debía permitir que sus sentimientos personales interfiriesen.

Emelia le sirvió un desayuno a la inglesa y a Keira le encantó.

Terminaba de beberse la tercera taza de aromático café cuando la puerta se abrió. Llegaba el abuelo de Joslyn.

— Buenos días, Joslyn — dijo con ternura mientras se acercaba para estrecharle la mano — . Estoy contento de tenerte aquí. Este es tu sitio. ¿Qué tal has dormido?

— Muy bien, gracias, abuelo.

— Se te hace difícil llamarme así, ¿verdad? — preguntó y, al notar que ella le miraba azorada, explicó — . ¿Te es difícil verme como tu abuelo?

— Bueno, en realidad no... — no sabía lo que iba a decir.

— Creo que sí — insistió — . Me llamarás Isaac, como hace Campbell. ¿Te parece mejor?

Keira se quedó boquiabierta.

— Si a usted le parece bien — murmuró con torpeza.

Se preguntó qué habría contestado Joslyn si hubiera estado allí.

— Por supuesto, — Isaac pareció satisfecho — . Quizá con el tiempo hallaremos una manera más íntima de tratarnos; por el momento puede quedar así — Keira sonrió — . ¿Has terminado de desayunar?

— Sí, estaba delicioso y si sigo comiendo tanto voy a engordar.

— ¿Te gustaría acompañarme y conocer la finca?

— ¿La finca? — repitió al ponerse de pie — . Me encantaría. Pero ¿no va a desayunar?

— Todas las mañanas, a las siete y media, me suben lo que pido — le informó Isaac, con las manos dentro de los bolsillos de los amplios pantalones de montar.

La explicación del abuelo era la propia de su carácter. Era un hombre fuerte y dominante, estricto consigo y con los demás, desdeñoso de una vida cómoda y a favor de la disciplina propia que siempre había practicado. En ese momento enderezó la espalda y le preguntó a Keira si estaba lista para salir.

— Por supuesto — Keira miró los platos sucios — . No cree, quiero decir, ¿no debería llevar los platos a la cocina?

— De ninguna manera — frunció el ceño — . Una de las criadas se encargará de hacerlo, es su trabajo — se enterneció — . Tendrás que acostumbrarte a que otros hagan algunas cosas por ti. Me imagino que has tenido pocas ayudas en tu vida.

— Así es. ¿Necesito ponerme un jersey o algo que me abrigue?

— No, creo que no — Isaac llevaba solamente una camisa de manga corta —. Iremos en la camioneta. Por cierto, ¿sabes montar?

— No, y es una lástima — respondió y se puso tensa.

Joslyn sí sabía montar. Aprendió en la escuela y se lo comentó en alguna ocasión. Trató de calmarse, al deducir que Isaac no lo sabía, puesto que se lo había preguntado.

— Es otra cosa que tendremos que enseñarte — las palabras la calmaron — . Anda, vamos — colocó un brazo sobre los hombros de la chica — . Estoy ansioso de que conozcas nuestras propiedades.

La propiedad de Carr era tan extensa como la había imaginado. Gran parte de los terrenos eran plantaciones de coco y en los cocoteros aún se veían las hendiduras que los machetes habían hecho durante la cosecha. Isaac comentó que había sido un buen año y que, aunque las plantaciones proporcionaban empleo, el capital principal provenía de las concesiones de petróleo, en el otro extremo de la isla. Esperaban una ilimitada fuente de riqueza y ese oro negro se había convertido en el principal apoyo de la economía de la isla.

Para Keira, los altos cocoteros de gráciles hojas representaban un paisaje típico del lugar y agradable a la vista, y por ello, estaba contenta de no tener que visitar las torres de petróleo y las instalaciones de maquinaria pesada.

Le fascinó ver los racimos de plátanos, colgados de árboles que proporcionaban

frescas avenidas de sombra. Aunque la polvorienta camioneta los protegía del sol, se sentía acalorada y pensó en la fresca ducha que se daría al regresar a la casa.

Disfrutó de la compañía de Isaac. Como todos los hombres que triunfan a base de esfuerzo personal, el abuelo conocía su negocio de pe a pa. Conocía el desarrollo del grano de cacao desde su aparición en la vaina hasta el proceso último de refinamiento para fabricar una deliciosa tableta de chocolate.

Cuando regresaron a casa, Keira ya conocía todas las dificultades a las que se enfrentaba un cultivador de cacao. ¿Cómo reaccionaría Nicholas si hablara con él acerca de los posibles remedios contra una plaga de hongos?

La única nota discordante en su recorrido fue cuando visitaron uno de los pueblos cercanos donde se secaban los montones de granos de cacao. Las condiciones de vida de la gente la asombraron, pero al mencionárselo a Isaac, este no se inmutó. Saltaba a la vista que no le conmovía en absoluto la falta de comodidades del resto de la gente y que no consideraba su posición como privilegiada.

— Eres demasiado quisquillosa, Joslyn — comentó al regreso — . Tienen alojamientos adecuados y el gobierno educa a sus hijos. Y si viven en malas condiciones, sólo ellos tienen la culpa.

— ¡Debería existir algún tipo de control...!

— Tan pronto se comienza a imponer control en la libertad de la gente, se llega a una especie de dictadura.

— El control de natalidad no es así — protestó.

— La gente de aquí acepta y agradece lo que Dios les otorga. Joslyn, son felices. ¿No te has dado cuenta? ¿Crees que los suelos pulidos y los baños modernos son sinónimos de felicidad?

— No dije eso — se ruborizó.

— No, pero eso quisiste decir — Isaac sonrió — . Tendremos que abrirte los ojos hacia otras formas de vida.

Llegaron después del mediodía y Keira se disculpó para subir a su habitación. Fue un gran alivio despojarse de la ropa y meterse debajo de la ducha fría antes de tenderse en la cama para descansar. El calor y la tensión la habían agotado y estaba a punto de dormirse cuando llamaron a su puerta. Una criada entró con una bandeja que contenía una jarra de chocolate helado y unas galletas. Keira se incorporó sobre un codo y, sin pensarlo, se cubrió con la toalla.

— Muchas gracias; por favor, colóquelo sobre esa mesita.

La criada obedeció y, al levantarse, Keira vio que se trataba de la misma chica con quien había hablado esa mañana.

— El señor Isaac me pidió que le dijera que la comida se sirve a las dos.

Mientras tanto, pensó que esto le sentaría bien.

— Gracias — Keira sonrió, pero la otra sólo asintió antes de salir.

Al quedarse sola, se sirvió un poco del dulce líquido, lo probó y le gustó. Cogió una galleta y volvió a recostarse. Se sentía bien y muy a gusto. La mañana había resultado fácil y sería aún más fácil cuando supiera que la aceptaban. Joslyn no era la amenaza que creyó al principio.

Comió con Isaac y Eve en la terraza. Comentó que no había visto a Nicholas ni a Campbell. Isaac le explicó lo que ocurría.

— Tenemos una pequeña compañía de alquiler de embarcaciones en Port Spain. Unos cuantos yates, una goleta, lanchas de motor y embarcaciones en general. Ayer, una pareja de norteamericanos alquiló un yate, pero, por desgracia, el capitán estaba enfermo. Un marino de poca experiencia los llevó mar adentro. La embarcación chocó a poca distancia de la isla, cerca de la Boca del Dragón.

— ¿La Boca del Dragón? — Keira no comprendía.

— Es parte de un estrecho canal de agua que separa Trinidad y Tobago de la tierra firme de Venezuela — explicó Isaac con paciencia.

— Comprendo. ¿Resultó alguien herido?

— Por fortuna fueron heridas superficiales y golpes sin importancia. Tuvieron suerte, pero el yate tiene un boquete y tiene que ser remolcado. Nicholas y Campbell lo están llevando a Port Spain para que lo reparen.

— ¿Es parte de las obligaciones de mi tío? — Keira probó el plato de mariscos que le sirvieron.

— ¿Nicholas? — Isaac se encogió de hombros y sacó un grueso puro del bolsillo. Le gustaba fumar entre plato y plato — . Se le podría catalogar como gerente comercial de todas las compañías de Carr. Es contable titulado, pero ya no tiene que llevar los libros, sólo verifica el trabajo de otros. Te aseguro que detecta hasta el más mínimo error.

— No lo dudo — murmuró inquieta e Isaac sonrió.

— ¿Me equivoco o he notado una ligera ironía en tu voz, Joslyn? — la amonestó con cariño — . No permitas que Nicholas te perturbe indebidamente.

— No esperarías traer a la hija de Megan sin que Nicholas reaccionara — intercaló con voz aguda Eve Carr, después de limpiarse la boca con la servilleta.

— ¿Por qué habría de molestarse? ¿No estarás sugiriendo que Nicholas está celoso?

— Claro que no, Nicholas es demasiado generoso.

— Entonces, ¿qué quieres decir? — Keira intuyó que Isaac se impacientaba, a pesar de mostrarse tranquilo.

— Me refiero a Luke, por supuesto.

— ¡Ah! — Isaac mordió la punta del puro que aún no había encendido — . ¿Por qué habría de afectarle a Luke la llegada de Joslyn? Aquello es una historia pasada, Eve.

— Él nunca se casó.

— Eso no tiene nada que ver.

— Creo que todavía piensa en Megan.

— Vives en el pasado, Eve — comentó severo y apretó los labios.

— ¿Crees eso? — la hermana cogió un pañuelo y se lo llevó a los labios — . Quizá tengas razón — encogió sus delgados hombros — . Todos sabemos que Luke se quedó destrozado cuando Megan huyó con... con...

— ¡Basta, Eve! — exclamó con brusquedad — . Joslyn, no has probado el vino. Anda, bebe, te hará bien.

Obediente, Keira levantó la copa, pero la volvió a colocar sobre la mesa. Si no tenía cuidado, terminaría permitiendo que Isaac llevase las riendas de su vida, de la misma manera que lo hacía con los otros, exceptuando a Nicholas.

Al terminar la comida, Eve se disculpó y se puso de pie. Keira intuyó que otros asuntos, aparte de la nieta, tenían preocupado a Isaac.

— ¿Le molestaría que fuese a mi habitación? — preguntó titubeante al empujar la silla.

— Claro que no, querida. Tengo algunos asuntos que atender y hace demasiado calor fuera para que salgas. Te sugiero que nos veamos en la terraza para tomar el té a eso de las cinco.

— De acuerdo.

Keira sonreía al salir y llegó a su habitación sin tener ningún percance en el camino. Ya conocía la distribución de la casa y aunque le hubiese gustado explorar las habitaciones una por una, se dijo que ya tendría oportunidad de hacerlo.

No halló sosiego en su habitación y, a pesar de sentirse somnolienta, no pudo dormir. Las palabras de Eve la afectaron y no dejaba de imaginar cómo sería el desconocido Luke. Seguramente se trataba de Luke Duncan, del cual habló Nicholas cuando la recogió en Port Spain. ¿Sería cierto que la precipitada fuga de Megan le perturbó tanto

como Eve creía? Debía ser un hombre varios años mayor que Nicholas, por supuesto, tendría alrededor de los cuarenta y tantos años.

Un hombre en la flor de la vida, pero, ¿por qué no se había casado?

Por la tarde, escuchó de nuevo voces a través de las ventanas y pensó que Nicholas y Campbell regresaban. Eso la estimuló más de lo que hubiera sido lo normal y se sintió incómoda consigo misma por haber tenido ese tipo de reacción.

Cerca de las cinco se puso una túnica amarilla y bajó a la terraza para tomar el té. El salón estaba desierto, pero vio a Campbell recostado un sofá del jardín.

— ¡Hola! — exclamó su primo, poniéndose de pie con torpeza — . Pareces muy ligera de ropa. ¿Qué has hecho durante todo el día?

Keira se sentó en una silla de mimbre y se encogió de hombros.

— Varias cosas: por la mañana salí con... con el abuelo, y por la tarde descansé.

— ¿Descansar? ¿A tu edad? ¿No has ido a bañarte al mar?

— No — movió la cabeza — . Quizá mañana...

— ¡Nada de mañanas! — la interrumpió — . Ponte el traje de baño y bajaremos en este momento.

— ¿Bajaremos? — repitió Keira apresuradamente.

— ¡Sí, por supuesto, a nadar! ¿No te agradaría? A esta hora el agua está deliciosamente templada.

— Le prometí a Isaac que tomaría el té con él — alegó, al no saber qué otra cosa decir.

— No se molestará. Además, regresarás antes de que él sepa dónde fuiste — metió los pulgares en los bolsillos de sus pantalones cortos y sonrió — . ¿Qué esperas? ¡Ve a cambiarte!

— No sé si deba hacerlo... — murmuró incómoda.

— ¡Tonterías! Estás ansiosa por zambullirte en el mar. ¡Por Dios, no puedes pasar otra noche en Trinidad y Tobago sin saber lo que es nadar aquí! Te aseguro que te encantará.

— No lo dudo, pero.

— ¡Nada de peros! — levantó las cejas con impaciencia — . ¡Jamás creí que fuera tan difícil convencerte!

— Bueno, si estás seguro de que no va a pasar nada porque vaya, — se puso de pie.

— ¿Te lo habría sugerido de no ser así?

— Tienes razón — se mordió el labio inferior — . De acuerdo, dame cinco minutos.

Al llegar a su habitación sacó el bikini blanco que la dependienta del establecimiento de la calle Charvs le había asegurado que era lo último en la moda internacional. Lo miró dudosa, pero se quitó la ropa. Una vez puesto, el traje de baño parecía más diminuto y se preguntó por qué había permitido que la convencieran de que lo comprara. En comparación, los brazos, piernas y torso, parecían demasiado blancos.

Pero no era el momento de arrepentirse de la impulsiva compra. Además, también había comprado un albornoz que la cubriría un poco más.

Recelosa, bajó mientras se anudaba el cinturón. Estaba en la mitad de la escalera cuando Nicholas entró en el vestíbulo y la vio. Keira se cohibió y hubiese dado cualquier cosa por darse la vuelta y subir. Pero pensó que ese hombre, el tío de Joslyn, sólo la vería como pariente, así que siguió bajando y justo en el momento en que pisó los mosaicos del vestíbulo, él se desperezó y descubrió parte de su bronceado pecho. Bajó las manos y observó a Keira.

— Yo... es decir, Campbell me llevará a nadar — le informó al ver que él no le dirigía la palabra.

— ¿De veras? — Nicholas pareció estar de acuerdo.

— Insiste en que debo meterme en el mar.

— Tiene razón — no parecía receptivo ni comunicativo y le obstruía el paso.

— ¿Lograsteis remolcar el yate? — preguntó con la esperanza que dejara de observarla.

— Sí, pero no fue un día de suerte. Dadas las circunstancias del accidente, dudo que la compañía de seguros pague la reparación.

— Comprendo — esbozó una sonrisa, pero se puso seria al ver que Nicholas no le correspondía — . Me figuro que estás cansado.

— No mucho, logramos dormir un poco en la lancha — por fin se apartó de su camino — . Me enteré de qué papá te llevó a conocer la finca.

— Así fue y me pareció muy interesante.

— Ya me lo imagino — comentó con mofa — . Era de esperarse. Seguramente, te enterarías de que este es un negocio lucrativo.

Keira se detuvo al escuchar las últimas palabras y se volvió con el ceño fruncido.

— ¡Me parece que tu comentario es grosero y está fuera de lugar! — protestó.

— ¿Eso crees? — entrecerró los párpados — . Quizá he debido hablarte con más claridad.

Keira le escudriñó el rostro, pero no pudo aguantar su mirada.

— Campbell me espera — murmuró.

Nicholas le indicó que prosiguiera.

Al dar el primer paso, Campbell apareció por el salón donde había estado por la mañana, con una toalla sobre los hombros. Se alegró al ver a Keira.

— ¿Estás ya? Pensé que te habías arrepentido.

— Soy responsable de su tardanza, Campbell — confesó Nicholas, desperezándose de nuevo — . Pero no dejéis que os entretenga más, niños.

— Vamos — sugirió Campbell.

El calor se iba haciendo menos intenso y una leve brisa empezaba a soplar. Keira sentía el aire que le abanicaba el rostro al bajar los gastados escalones de piedra. Había una barandilla de hierro y Keira, en un intento de no pensar en Nicholas, se preguntó si necesitaría apoyarse a la vuelta, porque iba a ser una subida difícil.

La escalera terminaba en un muelle, donde unas casetas de madera dejaban ver un pequeño barco de vela y una lancha de motor, sin duda la misma que habían usado horas antes. Las cuerdas rechinaban con el balanceo de las embarcaciones y se percibía el delicioso aroma a sal. El mar tenía el mismo color translúcido que había visto desde arriba, sólo que en ese momento podía ver el fondo, donde los pececillos nadaban entre las rocas sombreadas de verde y la vida marina se mecía suavemente.

Un poco más adelante, a lo largo del muelle había una especie de dique que se proyectaba mar adentro. Campbell se quitó los pantalones cortos y se quedó en traje de baño. Se echó al agua y comenzó a nadar, pero al volver la cabeza vio que Keira titubeaba.

— Anda, no hay ningún peligro. Supongo que sabes nadar.

— Por supuesto — respondió y se desanudó el cinturón — . ¿Es muy profundo?

— ¿Aquí? — Campbell arrugó la nariz — . No mucho, no más de tres metros.

— ¡Tres metros! — Keira abrió mucho los ojos.

— ¿Vienes o no? ¡Por Dios, quítate esa toalla y ven! — Sopló, suspiró y permitió que el albornoz le cayese a los tobillos.

Campbell inclinó la cabeza al verla.

— Eres muy bella — giró para flotar de lado — . Demasiado pálida, pero no importa, pronto estarás tan bronceada como yo.

Keira lo dudaba, ya que Campbell, igual que su padre, debían haber estado expuestos al sol durante años para haber adquirido ese color. Campbell subió a las rocas, miró el agua y volvió la cabeza hacia Keira

— ¿Sabes tirarte de cabeza?

— Sí, pero prefiero no hacerlo — confesó nerviosa — . No quiero hacerlo la primera vez.

Campbell señaló un pequeño promontorio sobre el agua en una de las curvas de la bahía.

— Aparte de esa roca, conocida como Punto, y que le da el nombre a Punto Carr, no hay nada que temer. Casi no hay marea y no existen corrientes. Sígueme...

Se zambulló y emergió para agitar la cabeza como lo hubiese hecho un animal. Se apartó el pelo de los ojos y regresó al lado de Keira

— ¡Anda, salta!

Keira titubeó un momento más, se apretó la nariz con los dedos y saltó al agua. El impacto la estremeció, pero al salir a la superficie se dio cuenta de que en realidad el agua estaba tibia. Miró a su alrededor y, al ver a Campbell a cierta distancia, nadó y le agradó la frescura que recibió su acalorada piel.

— ¿Y bien? — preguntó Campbell cuando ella le alcanzó — . No está mal, ¿verdad?

— ¡Esto es maravilloso! Nunca me he bañado mucho en el mar. El agua en Inglaterra está muy fría.

— Lo sé, lo comprobé cuando estuve allí. Aprovecha esto mientras estás aquí.

Nadaron y chapotearon, pero, de pronto, Campbell consultó el reloj de pulsera y sugirió que deberían regresar porque ya eran más de las seis e Isaac se inquietaría si tardaban.

— ¡Más de las seis! — Keira se horrorizó — . ¡Creí que no eran más de las cinco y media!

— Se debe a mi estimulante compañía, Joslyn. Me siento halagado — rió.

Keira también se rió y nadaron hacia la roca. Como la chica no estaba acostumbrada al ejercicio, cuando salió del agua sintió cansancio en sus piernas.

— Descansaremos un poco antes de subir, ¿de acuerdo? — sugirió Campbell al notarlo.

— ¿Qué pasará con tu abuelo? — preguntó sin darse cuenta de lo que decía.

— ¡Mi abuelo! — repitió Campbell sorprendido — . También lo es tuyo.

— Lo sé, pero tengo que acostumbrarme — murmuró ruborizada.

Campbell aceptó la explicación, se secó y se vistió. Luego se sentó junto a Keira sobre el tibio muelle.

— ¿Estás contenta aquí? — inquirió amable.

— Claro.

— Entonces, ¿te quedarás?

— ¿Quedarme? — no comprendía.

— Papá comentó que no querrías hacerlo, pero Isaac está ilusionado con que lo hagas.

¡De modo que así estaban las cosas!, pensó furiosa. Debió adivinar que Isaac Carr no era el tipo de hombre que dejaría escapar una oportunidad como esa. Megan se libró de su control, pero quizá para la hija de Megan no sería tan fácil...

De pronto, alguien les gritó desde arriba y, al levantar la cabeza, Keira vio a Nicholas. Con resignación Campbell se puso de pie.

— Nos llaman para que nos reunamos con la familia.

Keira no pudo evitar sonreír por el comentario. Por fortuna subió los escalones sin dificultad. Ya no le preocupaba tanto la reacción de Isaac por el retraso.

Al llegar al final de la escalera y caminar por el jardín hasta el sitio en que los esperaba Isaac, descubrieron que no estaba solo. Junto a él estaba un hombre de altura y complexión mediana, de pelo castaño, entreverado de canas y de rostro anguloso, pero atractivo. Observó a Keira y ella se preguntó quién sería. ¿Qué pasaría si conocía a Joslyn y la desenmascaraba?

Sus temores fueron infundados. No tardó en enterarse de la identidad del extraño. Isaac la cogió del brazo de forma posesiva y dijo:

— Te esperábamos, Joslyn, querida. Invité a Luke a tomar el té, para que te conociera y tú llegas tarde. No importa. Te presento a un querido amigo nuestro, Luke Duncan. ¿Y bien, Luke, qué te parece la hija de Megan?

CAPÍTULO 4

Para la cena de la noche siguiente, Keira se vistió con desgana. Iban a salir Isaac, Eve, Nicholas y ella, y estaba nerviosa como un gato abandonado. Irían a Genya, la casa de los Duncan, que parecía tan imponente como lo había sido Punto Carr cuando la vio por primera vez.

La tarde anterior, Luke Duncan estuvo encantador. En vez de la esperada amargura a causa de Megan, mostró afabilidad y evitó hablar de las antiguas relaciones que llevó con la madre de Joslyn. Se limitó a ofrecer sus condolencias por la muerte del padre de Joslyn, algo que ni siquiera Isaac había hecho.

De todos modos, Keira conocía perfectamente su situación. Ese hombre había perdido a Megan cuando ésta huyó.

Terminó de maquillarse y se acercó a la cama donde estaba el vestido que llevaría puesto esa velada. Era la única prenda elegante que había llevado y esperaba que fuese apropiada para la ocasión. Era largo, de color crema, de una tela ligera que parecía terciopelo y se lo había regalado Joslyn antes del viaje. Ésta lo compró para una fiesta especial y no quiso volver a usarlo, de modo que insistió en dárselo a Keira. Las largas mangas, ribeteadas en sus extremos por unos puños de color ocre, ocultaban la piel enrojecida de sus brazos y el escote era bastante atrevido. Se puso unos pendientes de plata que se balanceaban y brillaban en contraste con su rubia cabellera. En general, le gustó su apariencia y de no estar temblando, estaría ilusionada por la cena.

Campbell les informó que tenía otros planes y que no los acompañaría. Keira y él habían pasado juntos casi todo el día y la chica deseaba contar con su agradable y natural compañía. Pero a Campbell no le gustan las cenas formales y prefirió ir a una discoteca de Port Spain con algunos de sus amigos.

Keira bajó la escalera un poco después de las siete y se dirigió hacia el vestíbulo para entrar en la sala donde, por lo general, la familia se reunía antes de cenar. La habitación estaba desierta y se dirigió, pensativa, a las ventanas. Desde allí vislumbró el oscuro jardín. Había una bandeja con bebidas sobre una mesita baja, pero no deseaba beber. A pesar de que Isaac le había dicho que se sintiera como en su casa,

que esa era su casa, no quiso servirse una copa. Se acercó a Ia librería y miró algunos títulos. Esa habitación también era muy agradable y acogedora. Los muebles eran de color marrón, eI enorme sofá estaba tapizado de terciopelo blanco y marrón y Ias cortinas eran de color naranja. Había unas mesitas, que parecían tener un valor incalculable debido a su antigüedad. El conjunto deI mobiliario era confortable y práctico.

Acababa de coger un tomo de una de Ias estanterías, cuando oyó pisadas a su espalda y aI volverse vio que Nicholas Carr entraba en Ia habitación. Estaba muy atractivo con una chaqueta blanca y Keira se estremeció. Colocó eI libro en su lugar y se dio Ia vuelta sin demasiadas ganas. No era lógico darle Ia espalda. Nicholas Ia observó con admiración y Keira volvió a estremecerse.

— ¿Está muy lejos de aquí Ia casa de Ios Duncan? — preguntó nerviosa, mientras Nicholas se dirigía a Ia bandeja que contenía Ia bebida.

— No mucho — respondió tranquilo — . ¿Quieres una copa?

— Sí, gracias — murmuró.

— ¿Qué te sirvo? — sus movimientos eran indolentes.

— Quizá... un jerez — Nicholas Ia miró por encima deI hombro.

— ¿Es Io único que bebes? — preguntó con cierto desdén.

— No, en ocasiones pido ginebra con sifón — Nicholas no respondió.

Pero aI darle eI vaso, Keira notó que no contenía jerez, sino un líquido de color ámbar con hielo.

— ¿Qué es? — preguntó aI coger eI vaso, recelosa.

— Un poco de ron y coca cola — anunció antes de que protestara — Recuerda, eres de Ia familia Carr. Ninguno de nosotros, que valga Ia pena, se conformaría con menos.

— Mi apellido... es Hopkins — declaró temblorosa sin deseos de probar Ia bebida.

— ¿Estás segura? — se mofó aI mirarla por encima deI borde deI vaso que contenía un líquido incoloro — . ¿No tienes ninguna duda?

— ¿Qué quieres decir... tío? — Ia forma de decirlo negó eI parentesco.

— Nada — movió Ia cabeza — . Tómate eI ron y tranquilízate. Quizá así no te pondrás tan nerviosa con mis bromas.

— ¡Déjame en paz! — replicó sin poder reprimirse.

Nicholas esbozó una sonrisa.

De pronto, se oyeron voces en eI vestíbulo y un momento después entraron Isaac y

Eve. La mujer llevaba un vestido largo de tul negro que flotaba al andar y Keira se alegró de haberse esmerado a la hora de arreglarse. Por lo visto, iba a ser una cena elegante.

— ¡Qué bien que estás lista! — exclamó Isaac mirándola con franca admiración — . Estás preciosa, querida. Seré la envidia de los presentes.

Keira aceptó el cumplido con timidez y miró el vaso que tenía en la mano.

— Veo que te han persuadido para que probaras nuestra bebida local — comentó sonriendo — . ¡Te felicito!

Keira no vio la necesidad de contestar. Se daba cuenta de las miradas que le lanzaba Nicholas, de que no dejaba de observarla. Sin embargo, ella hizo lo posible para no darle la satisfacción de que notara su nerviosismo. Le dio un sorbo al líquido y simuló indiferencia, pero le pareció delicioso y, sin darse cuenta, se lo terminó muy pronto. El alcohol la hizo entrar en calor y ganar confianza. Cuando se disponía a salir se sentía con más fuerzas para enfrentarse a lo que le podría deparar la velada.

Viajaron a Genya en un elegante coche gris. Nicholas cogió el volante e Isaac se sentó a su lado, Keira y Eve ocuparon los asientos de atrás. Los ruidos de las aves nocturnas podían percibirse a través de las ventanillas abiertas del coche y, por ellas, también entraban las olorosas fragancias de las flores que allí crecían en abundancia. No era una noche de luna, pero los faros delanteros del coche hicieron brillar los ojos de algunos animales y enfocaron las flores silvestres y exóticas que había en el camino. Curiosamente, Keira se sentía despreocupada. Decidió que tendría cuidado para no beber más de la cuenta, porque le había bastado una sola copa para notar el efecto del alcohol.

En veinte minutos llegaron a la valla de la residencia de los Duncan, y tardaron otros tres para recorrer el curvado camino de la finca. La casa estaba iluminada y se escuchaba el ritmo de la música.

Se detuvieron detrás de otro coche y Keira salió para ayudar a su tía. Isaac cogió a Keira del brazo y, juntos, caminaron hacia la casa. Unos escalones conducían a un portal con pilares de piedra donde se entremezclaban acacias de diferentes colores. Más adelante, estaba la terraza, iluminada con algunos farolillos, y en la parte izquierda, se abrían las puertas que daban al vestíbulo. Allí los anfitriones recibían a sus invitados con bandejas de canapés y copas de champán. Tan pronto como Luke Duncan los vio, se acercó para saludarlos afectuosamente y no pudo ocultar la sorpresa que le causó Keira.

— Ven a conocer a mis padres, Joslyn — murmuró e indicó a los demás que le

siguieran también — . Mi madre está ansiosa por conocerte.

Chelsea Duncan era tan alta como su hijo, tenía las mismas facciones angulosas y el pelo castaño. Keira le echó, como poco, unos sesenta años, aunque parecía más joven. ¿Qué tendrían aquellos aires que parecían rejuvenecer a la gente?

— ¿Así que eres la hija de Megan? — preguntó a modo de saludo, observando a Keira con cierta frialdad — . Jamás lo habría sospechado, no te pareces en nada a ella.

— ¡Tonterías! — intervino Isaac con mucho tacto — . Por supuesto que se parece. Quizá olvidaste lo bonita que era Megan.

— Jamás olvidaremos a Megan, Isaac — replicó Chelsea con severidad y durante un momento todos guardaron silencio.

En ese momento apareció Robert Duncan, el padre de Luke, y la insípida conversación que se suscitó disipó lo desagradable del momento anterior. Sin darse cuenta, Keira se vio con una copa de champán en una mano y un canapé en la otra. Luke Duncan estaba a su lado.

— Debes disculpar a mi madre, Joslyn — murmuró como queriendo distender la situación — . Jamás perdonó a Megan por haber huido.

— ¿Y usted sí la perdonó, señor Duncan? — le miró de reojo.

— Llámame Luke, por favor, señor Duncan, suena muy formal y no hay necesidad de eso. Pude haber sido... — dejó de hablar — . Dime, ¿qué haces en Inglaterra?

Keira aspiró profundamente antes de contarle algo de lo que sabía del trabajo de Joslyn, pero, por fortuna, la pregunta tuvo un cariz de cortesía y pronto comenzaron a hablar de otras cosas. Luke le presentó a los demás invitados, una pareja de mediana edad, Colton y Calvin Coleman, y a su hermana, Mikayla Duncan.

Hasta ese momento Keira casi había olvidado la presencia de Nicholas, pero le vio junto a Mikayla ir hacia el otro extremo de la habitación para que le presentaran a otra joven. No se parecía a su hermano más que en el pelo castaño y rizado. Era esbelta y más pequeña, de oscuros ojos brillantes y boca pequeña. El vestido de tul rojo la hacía parecer una lengua de fuego en contraste con la blancura de la chaqueta de Nicholas. Tenía un brazo sobre el hombro de él, de forma posesiva. Cuando Luke se la presentó, Mikayla la miró con indiferencia, la saludó con poca efusión y retornó a la conversación que sostenía con su compañero.

La cabeza de Nicholas estaba inclinada y Keira sintió cierta ansiedad ante la aparente intimidad de esa relación. No la esperaba y se clavó las uñas en la palma de las manos, por resentimiento. La reacción la confundió y sin darse cuenta se preguntó

cómo habría sido la esposa de Nicholas y cuanto tiempo había pasado desde su muerte.

Cuando se disponía a alejarse, notó que Nicholas la observaba. Aparentemente, seguía atento a lo que Mikayla le estaba diciendo, pero Keira intuyó que se había distraído. Al darles la espalda, le fue difícil prestar atención a las palabras de Luke. Las manos le temblaron, tenía las palmas sudorosas y se incomodó al comprender que Nicholas Carr había sido el responsable de esa repentina emoción.

¿Qué estaba pensando? ¿Deseaba que él se llevara una impresión equivocada de ella?

¿Qué pensaría Nicholas si sospechara que su supuesta sobrina se interesaba por él como hombre y no como pariente?

Se pasó una mano por el pelo y sonrió a Luke. Debía estar loca por tener tales pensamientos. Jamás se había sentido así y, además, nunca había tenido una relación con un hombre, aunque le hubiera resultado indiferente. Imaginó, quizá tontamente, que no llegaría a tener deseos carnales. Sin embargo, en ese momento tuvo que reconocer que tenía poca experiencia y que le era muy fácil desear que un hombre se fijara en ella. Impaciente, movió los hombros. Conociendo su debilidad tomaría medidas para vencerla, aunque le fuese difícil. ¿Por qué jamás había sentido lo mismo?

con otros hombres, con los que había trabajado en los estudios de televisión y en el teatro?

La casa de los Duncan era más convencional que la de Punto Carr. Luke le comentó que durante el día se veía el mar desde las ventanas del piso superior, pero que habían construido una piscina en los jardines debido a la distancia.

Cenaron alrededor de la piscina, profusamente iluminada. Por encima de la amplia mesa había guirnaldas de color escarlata y amarillo. Todos los detalles estaban cuidados al máximo. Luke invitó a Keira a pasar un día completo con ellos, a lo que Keira hizo un comentario que no la comprometía, aunque tampoco rechazaba la idea. No estaba segura de cómo reaccionaría Chelsea Duncan ante la invitación, ya que había algo en ella que a Keira no le había gustado, a pesar de que fue una perfecta y gentil anfitriona, pasados los primeros momentos.

La cena fue exquisita. Keira nunca había probado la sopa de pescado ni el lechón asado. Terminaron con frambuesas y un aromático café, por el cual Keira ya tenía una predilección especial. Rechazó el coñac porque había bastado el ron que le sirvió Nicholas antes de salir de casa y una copa de champán para sentirse eufórica. No se

atrevió a correr el riego de sobrepasarse. Estaba a gusto, sentada entre Isaac y Luke, escuchando su conversación. El humo de los puros que había ofrecido Robert Duncan flotaba perezoso en el aire.

Nicholas estaba sentado frente a ella, entre Calvin Coleman y Mikayla Duncan. Seguramente había sido Mikayla la que había dispuesto ese orden. Al terminar la cena, la servidumbre despejó y quitó la mesa y puso unos discos con ritmo de calipso. Mikayla invitó a Nicholas a bailar; Colton Coleman hizo lo mismo con Chelsea Duncan y Luke se dirigió a Keira.

— No soy muy bueno bailando estos ritmos modernos — confesó — . Lo haré lo mejor que pueda — Keira miró a Isaac en espera de que diera su consentimiento y él la animó con un movimiento de cabeza.

— Anda, querida, me agradará verte bailar.

A pesar de la declaración acerca de su ineptitud, Luke demostró ser un bailarín bastante bueno y Keira disfrutó teniéndole como compañero. La música era lenta, pero con ritmo, y él no la ciñó con demasiada fuerza. La curiosa situación la intrigaba tanto como si realmente fuese la hija de Megan. Después de todo, ese hombre podía haber sido el padre de Joslyn si todo hubiera resultado como se había planeado. Comprendió que eso debía haber querido decirle Luke momentos antes.

Al terminar la melodía regresaron para reunirse con los demás. Nicholas estaba de pie junto a la silla de su padre y hablaba con él y con Robert Duncan. Mikayla estaba un poco separada del grupo, más insinuante que antes. Keira dedujo qué no le debía hacer ninguna gracia sentirse excluida de la conversación, aunque lo cierto era que no sabía nada del accidente que había sufrido el yate.

Sirvieron más bebidas y Keira aceptó otra copa de champán. Bailar en un ambiente más caluroso del que estaba acostumbrada le había dado sed y además le pareció que sería una descortesía no aceptar.

Al parecer, Luke tenía intenciones de no perderla de vista. El hombre era agradable y le caía bien. Sin embargo, debería atender a los demás huéspedes de su madre. Keira notó que Nicholas estaba atento a la asiduidad de Luke y no le gustó la sonrisa medio burlona con que la observaba algunas veces.

La música se reanudó y Colton Coleman invitó a Keira a bailar. Aceptó después de un leve titubeo y vio que Nicholas bailaba con la anfitriona. Mikayla permaneció al lado de su hermano y de Isaac y era evidente, por la expresión de su rostro, que la situación no le gustaba.

A eso de las once y media, después de bailar una pieza con Isaac y otra con Robert Duncan, los invitados se dispusieron a marcharse. Los Coleman se despidieron y prometieron que pronto los invitarían a todos a su casa. Isaac y su hermana acompañaron a los Duncan a la casa para que Eve recogiera su capa. Keira y Luke los siguieron, adelantándose a Nicholas y Mikayla. Keira oyó que la otra decía algo a su compañero, pero no pudo distinguir las palabras y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara su intención.

Cuando terminaron de despedirse, Keira, Isaac y Eve se metieron en el coche. Nicholas los alcanzó momentos después y parecía sombrío. Seguramente Mikayla era la responsable de su estado de ánimo.

Pasaron dos días antes de que Keira y Nicholas se vieran de nuevo.

Al día siguiente de la velada se enteró de que Nicholas había salido temprano rumbo al aeropuerto internacional, a unos kilómetros de distancia de Port Spain. Campbell le informó que tenían negocios en Scarborugh, la capital de la pequeña isla, y que su padre los administraba desde que el abuelo se había retirado.

— Parece un viaje interesante — murmuró Keira con añoranza.

Campbell la miró sorprendido.

— ¿Te habría gustado ir? Podías haberlo hecho. Seguramente mi padre no imaginó que te podía interesar.

— Sólo estaba pensando en voz alta — comentó, sentada al lado de Campbell sobre la roca y con la mirada puesta en el verde pálido de la bahía. Tenía las piernas flexionadas y se las rodeaba con los brazos — . Estoy muy contenta aquí — Campbell sonrió y se recostó sobre la cálida piedra.

— En efecto, esto es muy agradable y debo confesar que no soy muy partidario de ese tipo de trabajo. Pero soy feliz ocupándome de las embarcaciones — se incorporó — . ¿Te gustaría navegar?

— No creo... es decir... no sabría qué hacer — protestó alarmada.

— Te enseñaré; cuando se sabe nadar es fácil.

— ¿Te refieres a que podríamos volcar y caer? — abrió mucho los ojos.

— Uno debe estar preparado, por si acaso... — sonrió.

— No me animo... — murmuró al observarse las piernas que comenzaban a broncearse.

— ¿Por qué, no confías en mí? — alzó las cejas y durante un momento resultó tan

perturbador como su padre.

Keira desvió la mirada.

— Sé que contigo estaré segura, pero, ¿qué dirá Isaac?

— Pregúntaselo.

— ¿Debo hacerlo? — seguía titubeando.

— Si lo prefieres se lo preguntaré yo.

— No, lo haré yo — Keira se puso de pie — . ¿Necesito zapatos, sandalias u otra cosa?

— Si tienes zapatos de lona con suela de goma — respondió y también se puso de pie — . Date prisa, te divertirás.

Isaac no puso ninguna objeción, pero hizo que Keira le prometiera tener cuidado.

— Ahora que por fin nos hemos conocido, no me gustaría que te sucediera nada malo — murmuró emocionado.

A Keira se le encogió el corazón y de nada le servía repetirse que de no haberse presentado allí, el abuelo no tendría en quién prodigar su afecto y que, por lo tanto, no causaba ningún daño. El caso era que se odiaba por engañarle.

Campbell cogió el velero que, a pesar de su pequeño tamaño, era veloz. Al principio Keira se sintió muy nerviosa, pero al enterarse de que las escotas eran cuerdas y que la botavara podía golpearla si no se agachaba a tiempo, comenzó a divertirse. Era mucho más emocionante navegar, así que impulsada por un motor. Mostró interés por las explicaciones de Campbell ante cada maniobra.

— Este tipo de embarcación navega con más velocidad si se la mantiene en posición vertical — respondió al comentario de Keira — . Desde luego, el viento es lo importante, por eso mantengo la escota mayor en mi mano, para poder soltarla según la anchura de la vela y la velocidad y dirección del viento. Si de pronto soplara una fuerte ráfaga que nos cogiera por sorpresa, volcaríamos. El timonel dirige la embarcación, al mismo tiempo que controla la vela principal.

— Es fascinante — Keira levantó los ojos al alto mástil y a la bóveda celeste — . ¿Crees que algún día podré coger el timón?

— No te lo permitiré si sigues inclinada hacia afuera. Tienes que resistir la presión del viento en vez de agregarle tu peso.

— ¡Estoy contenta de que me hayas invitado! — rió y cambió su postura por una más segura.

— Me alegro de haberlo hecho porque nos llevamos muy bien — la miró amablemente.

Keira asintió encantada. Al lado de Campbell olvidaba su odioso papel y podía ser natural. Quizá era presuntuoso por su parte, pero presentía que ambos se hubieran llevado bien, aunque no hubiesen existido los supuestos lazos familiares.

Al día siguiente, Isaac entró en la habitación que usaban por la mañana, justo cuando Keira terminaba de desayunar. Le comunicó que Luke la esperaba al teléfono y parecía preocupado.

— ¿Qué quiere? — inquirió, ya que no conocía el motivo que impulsaba a Luke a llamarla.

Isaac encogió sus anchos hombros.

— Creo que quiere invitarte a pasar el día en Genya — respondió.

— ¡Oh, no! — parsimoniosa, Keira se limpió la boca con la servilleta.

— ¿No quieres ir? — Isaac se animó.

— No me entusiasma la idea; casi no los conozco.

— Entonces, no vayas — frunció el ceño — . Comprendo los sentimientos de Luke; es decir, creo que te tiene afecto por ser la hija de Megan, pero no debe ilusionarse y esperar que prosigas lo que tu madre dejó truncado.

— ¿Crees que piensa eso?

— ¡Maldición, sé que es así! — se movió impaciente — . Seguramente notaste que no se alejó de ti en ningún momento la otra noche.

— Le diré que no puedo ir.

— Será lo mejor.

Keira se puso de pie. ¡Lo único que le faltaba era que Luke Duncan complicara la situación queriendo conquistarla!

— Si no puedes venir a pasar el día, permite que te lleve a cenar esta noche — sugirió Luke, desilusionado por el rechazo.

— Es que... Nicholas no está, como sabes. Creo que el abuelo preferiría que me quedase en casa esta noche.

— Entonces, lo haremos mañana — insistió después de suspirar.

Keira estaba muy nerviosa. Si no le decía que no deseaba contraer compromisos con nadie, no había otra cosa que pudiese usar como excusa.

— Tengo entendido que Nicholas regresará mañana. Isaac y él hablarán de negocios y tú podrás salir a cenar conmigo.

Las palabras de Luke fueron con Carr por su lógica, porque Campbell le había

informado que su padre estaba de viaje de negocios.

— De acuerdo — aceptó por fin — . Mañana por la noche. ¿A qué hora?

— ¿Te parece bien que te recoja a eso de las siete?

— Perfecto — Keira se arrepintió de inmediato — . Hasta entonces.

— Hasta mañana, Joslyn.

Al colocar el auricular en su sitio notó que no estaba sola. Isaac la observaba desde el umbral de la puerta.

— Por lo visto, saldrás con él mañana — comentó malhumorado.

— No me ha dejado otra alternativa — suspiró — . No me ha sido posible decirle que me dejara en paz.

— ¿Adónde te llevará?

— No lo sé, no se me ocurrió preguntar. Supongo que sólo a cenar.

— Comprendo — Isaac metió las manos en los bolsillos del pantalón — . Espero que sabrás lo qué haces — se acercó — . ¿Te das cuenta, Joslyn, de que llevas aquí casi una semana y que no hemos tenido tiempo para hablar?

— ¡Te equivocas! — Keira hizo un gesto elocuente — . Sabes que estoy encantada de estar aquí — eso, al menos, era verdad — . Todos han sido muy amables.

— Es fácil ser amable con alguien como tú — aseguró enternecido — . Y debes haber comprendido que yo... bueno... — movió la cabeza — . No me gustaría saber qué piensas regresar a Inglaterra.

— Debo hacerlo.

— ¿Por qué, qué tienes allí?

— Mi trabajo...

— Lo sé y sé también lo mucho que eso significa para ti. Si deseas que te ayude, no creo que sea mucho pedir que pases una larga temporada con nosotros.

— No comprendo — murmuró al intuir que quizá existía otra cosa que Joslyn omitió decirle.

— Por supuesto que comprendes — por fortuna Isaac estaba tan ansioso de hacerla ver su punto de vista que no notó su azoro — . En este momento no voy a hablar de los pros y contras. Ya habrá tiempo para ello. Pero desearía que te quedaras aquí y un año no sería demasiado.

— ¿Un año? — la consternación de Keira fue evidente e Isaac mostró desilusión.

— No lo deseas y no puedo obligarte, pero ojalá intentaras verlo desde mi punto de

vista.

— Lo veo — Keira juntó las palmas de las manos — . Comprendo perfectamente, pero tengo compromisos, contratos. ¡No puedo abandonarlo todo durante un año!

— Supongo que no he debido pedírtelo — suspiró pesaroso.

Indefensa, Keira le miró sin poder hacer nada. Era incapaz de concederle ese deseo, aunque lo deseara. Joslyn le había sugerido una estancia de dos o, a lo sumo, tres semanas. ¡Nunca se habló de un año! Además, tenía que pensar en su futuro artístico. La compañía de teatro no la esperaría tanto tiempo.

De haber sido ella Joslyn Hopkins e Isaac, su abuelo, nada le habría impedido quedarse. Su vida en Inglaterra, le parecía vaga y descolorida; en cambio, Trinidad y Tobago y Punto Carr en especial, le parecían mucho más reales.

CAPÍTULO 5

Nicholas regresó la tarde siguiente y de inmediato se encerró con Isaac en su estudio. Keira no esperaba verle antes de salir con Luke, pero al bajar, faltando quince minutos para las siete, le encontró en la sala, sirviéndose una bebida. Todavía no se había cambiado de ropa y, al darse la vuelta, parecía que estaba triste.

Keira entró con cautela, consciente de las limitaciones de su sencillo vestido de lino.

— ¿Has tenido un buen viaje? — preguntó simulando indiferencia.

— Logré mi objetivo — contestó secamente, después de beberse el contenido del vaso.

— Qué bien... — Keira entrelazó los dedos — . Me imagino que debes estar cansado.

— No, ¿debería estarlo? — se mostraba antipático a propósito.

Keira se decidió entonces a marcharse porque cuando Nicholas se portaba así no había manera de aguantarle.

— Tengo entendido que cenarás con Luke — las palabras la obligaron a darse media vuelta.

— Sí, y está a punto de venir.

— Si quieres mi consejo, mantente alejada de Luke — parecía estar hablando con claridad.

— Pero no he pedido tu consejo — replicó enfadada y olvidó su nerviosismo.

— Es cierto, pero de todos modos te lo doy.

— ¿Por qué no habría de salir con él? — cerró los puños y decidió olvidar las dudas anteriores en cuanto a salir con Luke.

— En primer lugar, es demasiado viejo para ti — repuso al colocar el vaso sobre la bandeja — . En segundo, parece que está ilusionado al pensar que eres la reencarnación de Megan.

— Sólo somos amigos — objetó.

— ¿De veras?

Nicholas cogió un puro de la caja que había sobre la repisa y se lo colocó entre los dientes.

— Bueno, no vayas a decir luego que no te advertí — Keira suspiró mientras él encendía y aspiraba el puro.

— Ojalá no me hablaras así — exclamó — . Después de todo eres mi... mi tío.

— ¿Cómo quieres que te hable? — metió los pulgares dentro del cinturón del pantalón.

Keira inclinó la cabeza.

— ¡Bastaría con que no te metieras siempre conmigo!

— Comprendo, no puedes entender lo que te digo, ¿verdad?

Keira levantó los ojos y notó su mirada severa y un gesto burlón en sus labios.

— ¡Menos mal que Campbell no se parece a ti! — dijo impulsiva.

— ¿Estás segura de que es así?

— Por supuesto. A su lado estoy tranquila y disfruto con su compañía.

— ¿Y no disfrutas con la mía?

— ¡Deja de tergiversar mis palabras!

— Me ha parecido que el significado era ineludible.

— Te crees muy inteligente, ¿no?

— No es inteligencia, sólo he hecho un comentario razonable.

— ¡Eres imposible! — frustrada, se volvió porque tenía la seguridad de no poder competir con su interlocutor — . Creo que... te gusta lastimarme.

— Yo no diría eso... — apoyó el brazo en la repisa.

— ¡Pues yo sí! — la boca de Keira tembló — . ¿Por qué no puedes hablarme sin sarcasmos?

— ¿Consideras que hago eso?

— ¡Sabes que es así!

Nicholas encogió sus anchos hombros de manera indolente y el movimiento atrajo la atención de Keira hacia los fuertes músculos que se adivinaban bajo la fina camisa.

— Retiraré lo que te he dicho, pero si dejo de ser sarcástico, ¿te mantendrás alejada de Luke?

— ¿Quieres decir... que me niegue a salir con él? — inquirió sorprendida.

— Esta noche, no, ya estás comprometida y no debes faltar. Lo que quiero decir es que no aceptarás más invitaciones.

— ¿Por qué? — inquirió confundida.

— Te he hecho una pregunta concreta, ¡contéstala! — entrecerró los párpados.

— ¿Qué puedo decirle? Sería una grosería por mi parte...

— Dile que tienes otros compromisos, que sales conmigo.

— ¿Contigo? — Keira se quedó pasmada — . Pero, se enteraría de que no es cierto.

— Me aseguraré de que sea verdad.

— No sé por qué harías tal cosa...

— Luke es mi amigo y no quiero verle lastimado por segunda vez. Lo menos que puedo hacer es evitarlo.

— ¿Qué te hace pensar que Ie puedo lastimar? — inquirió titubeante.

— Regresarás a Inglaterra, ¿no? ¿Cuándo terminará esta farsa?

— ¿A qué te refieres con eso de farsa? — eI corazón Ie latió con fuerza.

— Fue una forma de hablar, nada más. A decir verdad, es una farsa y me refiero a toda Ia situación — Keira no supo qué contestar y, por fortuna, en ese momento oyeron eI motor de un coche que bajaba Ia pendiente para llegar aI patio — . Debe ser Luke. No te molestes, alguien Ie abrirá Ia puerta.

— Ojalá no tuviese que salir — movió Ia cabeza.

— No Io entiendo, es probable que te diviertas — Nicholas se encogió de hombros y luego se irguió.

— ¿Después de tus palabras? — decir que Keira estaba atónita se quedaba muy corto con relación a Ia realidad.

— Sí, olvídalas.

— ¡Quisiera poder hacerlo!

— Entonces, recuerda, — parecía impaciente — . Por favor, no hagas ningún plan para mañana porque te llevaré a Mcfadden.

— ¿Mcfadden? ¿Dónde está? — inquirió interesada.

— Es una pequeña cala, a cierta distancia de aquí, está situada a Io largo de Ia costa. Sólo es accesible por mar y Ia bahía es tranquila y de poca profundidad. He pensado que te gustaría ir a bucear, llevaremos eI equipo necesario.

— Parece interesante — concedió animada.

— Lo es — intercaló Ia voz de Campbell cuando entró en Ia habitación — . ¿Te ha hablado papá sobre nuestra excursión de mañana?

— ¿Lo sabías?

— Por supuesto — declaró Campbell.

— Comprendo — de pronto Ia perspectiva deI viaje perdió un poco de encanto — .

¿Irás tú también?

— ¡Intenta detenerme! — exclamó eufórico — . Estoy impaciente por enseñarte lo que hay debajo del agua.

Keira asintió y esbozó una sonrisa, notando que Nicholas no le quitaba los ojos de encima. Por lo visto, la conversación no tuvo relación con la propuesta para el día siguiente. Sin duda fue idea de Isaac. También él deseaba mantenerla alejada de Luke. Una criada se asomó por la puerta.

— El señor Duncan está aquí, señor Nicholas — anunció — . Ha venido por la señorita Joslyn.

— Dígale que entre, Tilly — ordenó Nicholas mientras apagaba el puro en un cenicero de ónix — . ¿Beberás algo antes de salir, Joslyn?

Keira no tuvo tiempo de responder porque Luke Duncan entró en ese momento. Vestía traje de gala y estaba atractivo, a pesar de ser un poco grueso. Su apariencia contrastaba con la de Nicholas, del todo informal. A pesar de ello, Keira sabía que preferiría quedarse en casa esa noche y, así, evitar la cena a solas con el hombre que años atrás planeó casarse con Megan.

Contra lo esperado, Keira se divirtió. Luke la llevó a un centro nocturno de Port Spain y, después de una deliciosa cena, vieron otras muchas cosas. Un conjunto de danza bailó el limbo y escucharon a las orquestas practicar las melodías para el próximo carnaval. El ambiente estaba tan alegre y animado que nadie hubiera podido permanecer indiferente, y Keira descubrió que seguía el ritmo con el cuerpo y que deseaba bailar. Envidió a las mujeres que se unieron a la orquesta en la pista con un abandono sensual al ritmo. Se preguntó qué pensaría Luke de ella si hiciese lo mismo. Presintió que le disgustaría. A pesar de ser agradable y amable, Luke no dejaba de ser reservado y no aceptaría una acción impulsiva. Darse cuenta de ello fue instintivo en Keira y no pudo evitar pensar que quizá esa reserva tenía su fundamento en el comportamiento de Megan años antes.

Al regreso los envolvió la aterciopelada suavidad del aire nocturno y Luke le mostró las luces de Venezuela que se vislumbraban a lo lejos. Hablaron bastante durante la velada sobre música y cine, libros que ambos habían leído y otras cosas más, sin embargo, el regreso lo hicieron casi en silencio. Keira se preguntó qué estaría pensando su acompañante. Ella se entretenía en imaginar la excursión del día siguiente y se sentía eufórica. No quiso pensar en la posible connotación de los mordaces comentarios de Nicholas, y se apaciguó diciéndose que aquel no sospechaba del engaño porque, de lo contrario, lo habría divulgado.

Cuando Luke detuvo el coche en el patio, frente a la casa de los Carr, apagó el motor y se volvió.

— Pasé una velada muy agradable, Joslyn. Gracias. Por favor, acepta ir a Genya mañana — Keira se acercó a la portezuela y movió la cabeza.

— Lo lamento, pero no será posible — le causó alegría no tener que mentir — . Mi tío y Campbell prometieron llevarme a navegar.

— ¿Nicholas? — inquirió sorprendido y con el ceño fruncido — . Tenía entendido qué pasaría el día con Mikayla.

— ¿Mikayla? — repitió Keira extrañada.

— Sí, mi hermana. Seguramente, te diste cuenta el otro día de lo bien que se llevan.

— No, ¿existe algo especial? — inquirió después de toser para recobrar el habla.

— Supongo que algún día se casarán. No hay prisa, ya que se conocen desde hace tiempo — Luke suspiró y deslizó los dedos por el borde del volante.

— No... lo sabía.

— Me figuro que no consideraron necesario decírtelo, puesto que es un hecho ya conocido por todos. Desde que Charl murió.

— ¿Charl?

— Charlotte Carr, la esposa de Nicholas, tu difunta tía.

— Comprendo, pero no sé mucho sobre mi familia.

— Es comprensible — asintió — . Y, desde luego, en estos últimos tiempos, ya nadie habla de ella. Murió hace casi diez años.

Keira iba a hacer más preguntas sobre la desconocida Charlotte, pero cambió de opinión. No le incumbía, y aún menos si tenía en cuenta que no pertenecía a esa familia.

— Has dicho... «desde que Charl murió»... — le animó a seguir, porque al menos debería terminar la frase.

— Ah, sí, desde la muerte de Charl, Mikayla se convirtió en la sombra de Nicholas. Tiene más o menos tu edad, ya que no era más que una chiquilla cuando Nicholas enviudó. Siempre le adoró y supongo que Nicholas la comprende.

— Entiendo — Keira sintió náuseas. Lo más probable era que la cena le hubiera sentado mal — . Tengo que entrar.

— ¿No cambiarás de opinión sobre lo de mañana?

— Me es imposible — movió la cabeza.

— De acuerdo, te llamaré pronto y quizá podamos ponernos de acuerdo para salir en otra ocasión.

Sin saber qué contestar, Keira permitió que las cosas quedaran así en tanto buscaba el picaporte de la puerta. Ésta se abrió y, al salir, vio que Luke había dado la vuelta al coche para ayudarla.

— Buenas noches — murmuró Keira y le extendió la mano.

Pero Luke sonrió y le besó la frente.

— Buenas noches, Joslyn — respondió y regresó al vehículo, dejando a Joslyn con un sentimiento de culpabilidad aún mayor.

— ¿Y bien? — le preguntó Isaac al recibirla dentro de la casa — . ¿Has pasado una velada agradable?

— Sí, gracias — murmuró, sintiéndose cansada.

— ¿Qué te pasa? Estás pálida — declaró preocupado — . ¿Es que Luke se ha atrevido a...?

— Luke no hizo nada indebido — repuso de inmediato — . Siento un poco de náuseas, eso es todo. Creo que comí demasiado:

— Hmmm — no pareció creerle — . Entra en la sala y bebe algo antes de meterte en la cama.

Keira estuvo a punto de rechazar la sugerencia, pero al pensar en su solitaria alcoba cambió de parecer. En ese momento no quería hacerse un examen de conciencia. Precedió a Isaac y entró en la sala que, afortunadamente, estaba vacía.

— ¿Qué te sirvo? — Isaac se acercó a la bandeja de las bebidas — . ¿whisky, ginebra o ron?

— Nada de alcohol — Keira se dejó caer en el mullido sofá — . Por favor, un poco de zumo de naranja.

— ¿Cómo puedes pedir eso sintiéndote mal?

— No es peor que lo otro — murmuró sonriendo — . ¿Y los demás?

— Eve y Campbell están en la cama, Nicholas aún no ha regresado.

— ¿Salió? — preguntó, simulando menos curiosidad de la que tenía.

— Sí, está en casa de los Duncan.

Keira cogió el vaso que Isaac le entregaba.

— Luke me dijo que Nicholas y Mikayla...

— En tu lugar no le prestaría demasiada atención a lo que Luke dice — la miró

impaciente.

— ¿Por qué? — la declaración la sorprendió.

— Desde hace años, mucho antes de la época de juventud de tu madre, los Duncan han tratado de unirse a nuestra familia. No creo que Nicholas se case con Mikayla.

— ¿Por qué motivo? ¿Quieres decir que no la ama?

— El amor no tiene nada que ver en esto — movió la cabeza — . ¡Querida Joslyn, en varios aspectos eres muy ingenua! No es lo que imaginaba de una periodista — Keira se ruborizó, pero él no lo notó — . Algo aprendí de mis hijos y es que no les gusta que los obliguen a hacer algo que no desean. Si Nicholas decide volver a casarse, aunque dudo que lo haga, él buscará su pareja. Mikayla es demasiado insistente. ¿Sabes que fue con él a Tobago?

— Pero acabas de decir...

— Quizá me he expresado mal. Voló en el mismo avión y se alojó en el mismo hotel.

— ¿Sin que Nicholas la invitara?

— Mikayla es una joven muy decidida — Isaac sonrió.

— Lo sé, pero... pero...

— ¿Tú nunca harías algo semejante? — la interrogó.

— Así es.

— Tal vez se deba a que aún no has conocido al hombre de tu vida — comentó a secas — . Tu madre habría cometido cualquier locura, si le hubiera impedido huir con tu padre.

Desde la llegada de Keira era la primera vez que Isaac mencionaba la huida, y Keira se preguntó si su presencia le ayudaba a ver la situación con menos amargura. Si ese era el caso, cuando menos había logrado algo positivo. Isaac mismo negaría esa ilusión.

— Prosigue — murmuró.

— No te pareces a ninguno de tus padres. Tu padre jamás dejó escapar una oportunidad.

— Quiso mucho a mamá — Keira bajó la cabeza.

— ¿Eso crees? Sin embargo, ella no fue feliz el poco tiempo que pasó a su lado. Quizá si no hubiese muerto cuando naciste las cosas habrían cambiado... El pasado es triste, así que olvidemos y aprovechemos el presente lo mejor que podamos.

Keira no hizo comentario alguno. Era evidente que Isaac seguía sufriendo al hablar de su hija. ¿Qué habría pensado de la verdadera Joslyn? ¿A quién se parecería en lo

cabezota que era? ¿A Megan, que huyó por amor, o a Ryan, que desafió al mundo para casarse con la mujer que había elegido? Terminó de beber el zumo de naranja y se puso de pie.

— Es hora de irme a la cama.

— No me juzgues con demasiada severidad — murmuró acongojado, y el tono de su voz detuvo a Keira.

— Por favor — colocó una mano en el brazo del abuelo — . Ya has dicho que eso quedó en el pasado. No es bueno guardar rencores.

— Gracias, querida — murmuró enternecido — . Anda, ve a acostarte. ¿Es cierto que saldrás con Nicholas y con Campbell mañana?

— Sí — Keira le dio un apretón al brazo del abuelo — . Buenas noches — murmuró. Sin pensarlo, se inclinó para darle un beso en la mejilla. Antes de alejarse presintió que ya no estaban solos en la habitación. No había oído ningún motor, pero eso no era nada extraño, puesto que era fácil que cualquier vehículo bajara la pendiente sin necesidad de motor. Nicholas estaba de pie en el umbral y los observaba. Sus atractivas facciones se escondían bajo un acentuado gesto de cinismo

CAPÍTULO 6

Las aguas de la caleta Mcfadden se adentraban suavemente en las arenas blanqueadas por el calor del sol. Era tal como la había descrito Nicholas, aislada e inaccesible y protegida por altos riscos cubiertos de musgo. Parecía una fortaleza medieval.

El velero estaba anclado a bastante distancia de donde yacía Keira, tumbada, sola. Completamente sola, y se preguntó por qué Nicholas y Campbell no regresaban. Ella no podría manejar el velero porque no tenía motor y tampoco podría trepar por los riscos.

¡No podía moverse de allí!

Se puso boca abajo y apoyó la cabeza entre los brazos. Nicholas le había prometido que le enseñaría a bucear con el tubo. En esos momentos, Campbell y él estaban en aguas profundas, con equipos de buceo. Keira pensó que no tendría tiempo de aprender ese deporte, porque ya llevaba más de una semana en Trinidad y Tobago y tarde o temprano tendría que regresar a Inglaterra. Tenía razones suficientes para no querer discutir el tema con Isaac y se deprimía al ver de cerca su partida de Punto Carr. No deseaba irse. Además de lo bonito que era aquello, se había encariñado con Isaac y Campbell. Y respecto a Nicholas, prefería no saber lo que sentía por él.

Impaciente, se arrodilló y permaneció así varios minutos, mientras observaba las acrobacias de un cangrejo de arena que caminaba cerca de ella. Pensó que su vida se había truncado, que nunca más podría volver a ser feliz, y la razón de todo era haberse prestado al engaño.

En su intento de olvidar esos perturbadores pensamientos se puso de pie y alzó los brazos para apartarse el pelo de la nuca. El calor era como un bálsamo para su estado depresivo y, sin darse cuenta de que Nicholas la estaba observando, se desperezó con una gracia exquisita.

Su tío se estaba quitando los tanques de oxígeno y se disponía a colocarlos dentro del velero.

De inmediato y a la defensiva, Keira se agachó para sacudir la arena de la toalla. Cualquier cosa era mejor que enfrentarse a esa mirada y admirar su bronceado y

esbelto cuerpo en traje de baño. Nicholas se acercaba, caminando pesadamente debido a que llevaba puestas las aletas y Keira se rió para ocultar su azoramiento.

— Pareces un pingüino — comentó bromeando.

Nicholas, de buen humor, bajó la vista hasta sus pies.

— Tengo un par para ti. Toma las gafas y el tubo. ¿Podrás ponértelos sola?

— Lo intentaré — se sentó sobre la arena — . ¿Y Campbell?

— No tardará, sabe que me he adelantado.

Keira asintió y se puso las aletas de goma sin contratiempos, pero al querer ponerse de pie tuvo dificultades. Perdía el equilibrio y se pisaba la aleta del otro pie. Al verlo, Nicholas le ofreció su mano y Keira la cogió. De un tirón, Nicholas la puso de pie, pero la soltó de inmediato. Le entregó las gafas.

— Gracias — murmuró Keira.

— Ponte esto sobre la nariz, así — se la ajustó — . Coge el tubo y ponte la boquilla entre los dientes. El tubo se afianza en este lado de las gafas. Eso es todo.

Keira asintió y siguió sus instrucciones, pero no pudo evitar hacer una mueca.

— ¿No te parece que la boquilla es demasiado grande?

— No, lo que pasa es que estás nerviosa — Nicholas tuvo más paciencia de lo esperado — Inténtalo de nuevo. ¿Ves esta pequeña bolita en el extremo del tubo? Mientras respires con naturalidad, permanecerá en su sitio, pero si te angustias interrumpirá el flujo de aire y tendrás que salir a la superficie. ¿Comprendes?

— ¿Cómo me daré cuenta? — empezaba a tener reparos.

— No te preocupes, lo sabrás — le aseguró Nicholas — . ¿Quieres intentarlo? — el agua estaba tibia, pero Keira tembló de miedo — . ¡Tranquila! No hay peligro — se zambulló y quedó bajo el agua.

— Lo... sé — Keira volvió a examinar la boquilla — . ¿Qué vas a hacer tú? Creí que ibas a estar a mi lado, pero no tienes equipo.

— Aquí estoy y no necesito equipo — aseguró en tanto se apartaba el pelo mojado de la frente — . Empieza a nadar y cuando te lo indique hazlo debajo del agua. Mantén la cara hacia abajo y respira con naturalidad.

Keira obedeció y al principio no tuvo problemas. Seguía las instrucciones al pie de la letra y estaba fascinada por los hermosos colores de las anémonas y las demás plantas marinas. Podía tocar los diminutos peces que nadaban junto a ella y que se metían entre las rocas de coral en donde los colores del arco iris, formados por la luz en el agua, se reflejaban. Sabía que Nicholas estaba a su lado y se sentía segura. Pero

al darse cuenta de que Nicholas se había adelantado, pataleó con fuerza para alcanzarle. Tuvo la mala suerte de que el peso de las aletas la sumergían más, el tubo se bloqueó y la boca se le llenó de agua salada. Asustada, se impulsó hacia arriba; había tragado agua y tosió para recobrar el aliento.

En un dos por tres, Nicholas llegó a su lado y le habló tranquilo, para calmarla. La abrazó al mismo tiempo que le quitaba las gafas. Keira se estremecía violentamente, pero al abandonarla el temor y recobrar el sentido común, sintió la fuerza de los músculos que tocaban su cuerpo.

— ¿Deseas regresar? — le preguntó Nicholas al oído al ver que ya respiraba con normalidad, pero Keira movió la cabeza.

— Ya... estoy bien — murmuró temblorosa y él la soltó — . Por favor, ayúdame con las gafas. No estoy segura de poder ponérmelas sola.

— Pon tus manos sobre mis hombros. No puedo hacerlo si te alejas — Keira volvió a obedecer.

— Gracias — sonrió — . Lamento ser tan tonta.

— No es cuestión de inteligencia — replicó Nicholas con severidad — . Es inexperiencia. Keira levantó los hombros y se colocó la boquilla entre los dientes. Aspiró profundamente y comenzó a nadar. Nicholas ya no se alejó de ella, pero después de quince minutos le dijo que debían regresar.

Keira no se atrevió a protestar. Campbell los esperaba en la playa.

Keira sacó la comida que Emelia les había preparado. Había pollo frío y jamón, ensalada y verduras, fruta fresca y vino. También contaban con algunas latas de cerveza que Campbell, con anterioridad, ató desde la lancha para que se enfriaran sumergidas en el agua.

Cuando terminaron de comer, se echaron bajo la sombra de una roca y esperaron a que el calor disminuyera. Campbell se impacientó y se fue a la lancha para ocuparse en algo. Keira y Nicholas se quedaron solos. Cuando la joven se levantó para alisar la toalla, vio que Nicholas no estaba dormido, sino que tenía los ojos abiertos y cubiertos por las gafas que antes tenía sobre la frente.

— ¿Te he despertado? — preguntó con timidez — . No ha sido mi intención.

— No estaba dormido — movió la cabeza con pereza.

— Menos mal — Keira encogió las piernas y apoyó los codos sobre las rodillas.

Inesperadamente, la mano de Nicholas rozó sus caderas descubiertas y ella dio un salto violentamente.

— No te asustes — comentó a secas Nicholas — . Espantaba una mosca. ¿Qué creías que iba a hacer?

Keira se ruborizó.

Su reacción no venía a cuento y se avergonzó.

— Estaba desprevenida, eso es todo.

— Lo siento — murmuró burlón y el resentimiento de Keira aumentó — . He olvidado lo nerviosa que te pones conmigo.

— ¡No te sientas halagado! — exclamó con los puños cerrados y la mirada ida —. ¡No estoy a punto de desmayarme porque Nicholas Carr me haya tocado!

— No sé a qué te refieres — comentó sosegado y volvió a recostarse sobre la tibia arena.

— Lo sabes — apoyó la barbilla en los puños — . Sé que sabes el efecto que causas en algunas mujeres.

— Comprendo — Nicholas se quitó las gafas para limpiarlas — . Como... sobrina mía, ¿crees que soy altanero y presuntuoso? ¿Es eso?

— Olvídalo, no tiene importancia — murmuró titubeante, sintió que se estaba metiendo en aguas profundas.

— Al contrario — Nicholas dejó las gafas y observó la cabeza ladeada de Keira — . Quiero saber más acerca de la opinión que tienes de mí. ¿Estás segura de que eres objetiva?

— No tiene sentido seguir hablando del asunto — metió los dedos en la arena.

— Me parece que el tema puede ser interesante — Nicholas deslizó la mano sobre su velludo pecho — . Me tienes intrigado. ¿Cómo es posible que alguien, en tu situación, sepa que atraigo a las mujeres?

— Salta a la vista — Keira deseó no haber entablado esa conversación.

— ¿Eso crees? — Nicholas se sentó y la miró de reojo — . ¡Dime por qué!

— Vuelves a lo mismo — le acusó sintiéndose torpe e indefensa — . Déjame en paz — dirigió la vista hacia Campbell, que seguía ocupado con las velas — . ¡Menos mal que tu hijo no puede escucharte!

— ¿Por qué? — provocador, Nicholas inclinó la cabeza — . ¿Qué he dicho que Campbell no pueda escuchar?

Keira movió la cabeza al faltarle palabras. Estaba tan cerca de él, que podía ver los puntitos amarillos en esos ojos de color ámbar, las tupidas y largas pestañas y la

firmeza de la mandíbula. El cabello parecía más oscuro a la luz del sol y las patillas resaltaban con el bronceado del rostro. Sin darse cuenta, entreabrió los labios al notar que también él la observaba y tuvo que volver la cabeza por los sentimientos a que él la estaba incitando. Contuvo la respiración cuando uno de los dedos de Nicholas se deslizó por la curva de su cadera y muslo. Debería detenerlo, pero la caricia prohibida era sensual y estimulante. Azorada, comprendió que no deseaba que Nicholas se detuviera.

— Estás adquiriendo un bonito color — murmuró él y alejó los dedos — . Te favorece.

— ¿Qué tratas de hacer, tío? ¿Demostrar tu experiencia con las mujeres? — respiró hondo y recobró la cordura.

Los ojos de Nicholas se ensombrecieron.

— ¡Cuidado... Joslyn! — observó y la asió del antebrazo — . ¡Quizá mis escrúpulos me molesten menos que los tuyos a ti!

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Que es posible que obtengas más de lo que esperabas antes de venir aquí!

— No me asustas...

— ¿Eso crees? — volvió a acariciarla con el pulgar — . Sí, podría; más bien, estoy seguro de ello.

— ¡Suéltame el brazo, me haces daño!

— ¿De veras? — los ojos de Nicholas brillaron peligrosamente — . ¡No te atrevas a decirme lo que he de hacer!

— ¿Por qué? ¿Estropea tu imagen?

Keira ignoraba qué fuerza interna la llevaba a hablarle de esa manera para incitarle. Sabía que se metía en honduras, pero la emoción de saber que le perturbaba un poco la obligaba a proseguir.

Se arrodilló e intentó liberarse, pero los dedos de Nicholas no la soltaron. Desesperada, clavó las uñas en su muñeca. Ante el inesperado dolor, Nicholas lanzó una maldición y la soltó, con tanta rudeza que Keira perdió el equilibrio y cayó sobre la arena. Nicholas se repuso de inmediato y, antes de que ella pudiese alejarse, se lanzó sobre ella para asirle las manos y colocárselas detrás de la cabeza.

— ¡Gatita traicionera! — murmuró furioso, con el rostro distorsionado — . ¡Te mereces una buena lección!

Aterrada, luchó en vano. Nicholas sabía cómo dominarla y ella lo sabía. Montado sobre ella, con las rodillas rozándole el torso, era el perfecto ejemplo de la dominación

masculina. Keira respiraba entrecortada y sus senos se alzaban y bajaban, debajo del sujetador del bikini. Volvió la cabeza para ver si Campbell los observaba, pero aquel estaba sentado en la lancha, dándoles la espalda.

Tendría que gritar para llamarle la atención, pero, ¿cómo reaccionaría al verlos?

Suspiró profundamente y, sin previo aviso, se vio libre. Nicholas se puso de pie y, con expresión de desprecio por él mismo o por ella, se volvió. Keira permaneció sobre la arena, conmocionada por lo sucedido. Pensó que Nicholas estaba harto de su compañía porque se dirigió hacia el velero. Keira se sintió más sola que nunca.

Durante los dos días siguientes la joven tuvo tiempo de meditar sobre lo sucedido. Nicholas, oponiéndose a Isaac, decidió timonear la embarcación que habían alquilado para hacer una excursión de pesca de dos días. Campbell, desde luego, estaba dispuesto a acompañarle. Un hombre de negocios venezolano, con su esposa, había apartado la embarcación una semana antes y Keira dedujo que Nicholas deseaba evitarla a ella. En vano trató de convencerse de que era lo mejor, ya que no tendría que soportar sus sarcasmos. A pesar de lo sucedido entre ellos, se sentía cada vez más atraída hacia él. De hecho, cuando regresaba de Mcfadden estuvo tentada de disculparse por su comportamiento y pedirle perdón. Por supuesto, no lo hizo.

Sin la compañía de Campbell, Keira bajó menos a la playa y pasó más tiempo paseándose por las elegantes habitaciones de la casa. Era preciso hablar con Isaac sobre su inminente partida, pero no quería hacerlo porque la decisión sería definitiva. Cuanto antes se alejara de la perturbadora presencia de Nicholas, sería mejor para ella. La libertad que gozaba en esa isla se prestó a imaginaciones ilusorias. Cuando regresara a Burt, para organizarse de nuevo en el trabajo, olvidaría esa tonta ilusión por el hombre que la creía su sobrina.

La mañana siguiente, a la partida de Nicholas y Campbell, Isaac y ella desayunaron juntos, hecho poco usual, pero que el abuelo planeó al estar ausentes los demás. La situación creó un ambiente propicio y, aunque con recelo, Keira mencionó que se informaría acerca de los vuelos a Inglaterra. No estaba preparada para la reacción de Isaac.

— ¡No hablarás en serio! — exclamó con severidad y empujó la silla para ponerse de pie con los puños cerrados.

— ¿Por qué no? — Keira parpadeó.

— Me preguntas por qué no — un tic le movía la mandíbula — . Simplemente no lo permitiré.

— Isaac, tengo que irme — insistió e intentó mantener la calma.

Isaac se inclinó hacia adelante, apoyó las manos en la mesa y fijó sus penetrantes ojos azules en la chica.

— Hace apenas unos días te pregunté si te quedarías con nosotros un año, Joslyn. Y ahora, cuando llevas menos de quince días a nuestro lado, me dices que tienes que irte. ¿Cómo esperas que reaccione? — Keira sintió compasión, pero no podía decirle que su deseo era quedarse.

— Pero, Isaac, tienes que entenderlo, lo que había proyectado inicialmente fue quedarme dos o tres semanas...

— Eso fue antes de conocernos. Pensé, imaginé, quizá tontamente, que comenzabas a sentirte a gusto aquí y a tenerme cierto afecto.

— Oh, Isaac, por favor, no dudes nunca que te tengo cariño — murmuró indefensa y enternecida — . Sabes que te quiero; además, has sido muy cariñoso y amable conmigo y te echaré mucho de menos.

— Entonces, ¡no te vayas! — se enderezó — . Así de sencillo es.

— Te equivocas — Keira no deseaba herirle y se devanó los sesos para evitarlo — . Si abandono durante un año mi trabajo, no podré reiniciarlo.

— Podemos solucionar ese problema.

— No comprendo — se mostró indignada.

— Mira, Joslyn, no nos engañemos. Cuando decidiste venir, tú ya sabías que haría cualquier cosa para que te quedaras, y si eso significa que puedo instalarte una agencia de noticias aquí, estoy dispuesto a hacerlo.

Keira estaba pasmada. De pronto recordó otra cosa que Isaac mencionó con anterioridad, algo respecto a estar dispuesto a ayudarla, lo cual, desde luego, significaba ayudar a Joslyn. Entonces le pareció de poca importancia, pero, en ese momento, Keira se preguntó qué condiciones habría impuesto Joslyn antes de hacer el viaje a Trinidad y Tobago. Se sintió acorralada porque Joslyn había dejado muchas lagunas.

Desde luego, la respuesta era evidente. De haber sospechado que Joslyn urdía mentiras para convencerla, Keira se habría negado rotundamente y Joslyn lo sabía.

¿Sería posible que Joslyn sólo buscara aprovecharse de su familia desde el punto de vista pecuniario? Para averiguar en qué lío se había metido tendría que enviarle un telegrama a Joslyn para exigirle que le explicara la verdadera motivación para el engaño. De pronto, se dio cuenta de que Isaac esperaba su respuesta y movió la

cabeza con tristeza.

— No es necesario que lo hagas. No he venido para enriquecerme, créeme. Es que... tengo que regresar.

— ¡No sólo después de dos semanas! — protestó con vigor.

— Bueno... — se recogió el cabello detrás de las orejas — . Quizá podría quedarme las tres semanas.

— ¡Cuatro! — declaró decidido Isaac.

— No estoy regateando contigo — gritó angustiada.

— Pero te quedarás el mes — aseguró Isaac — . ¿Lo harás?

Durante el resto del día, Keira se arrepintió del impulso que la hizo aceptar. Tenía permiso para tres semanas a lo sumo y el problema con Joslyn seguía sin resolverse. De alguna manera tendría que ir a Port Spain para enviar el telegrama sin que nadie se enterara. Joslyn podía contestarle sin temor a que las descubrieran.

Nicholas y Campbell regresaron esa misma noche mientras Keira, Isaac y Eve cenaban en la terraza. Entraron por las puertas que daban al balcón desde donde se admiraba la costa. Keira se sintió tranquila al verlos sanos y salvos. A pesar de estar con el pantalón y la chaqueta arrugados, con dos días de barba crecida, Nicholas seguía igual de atractivo. Se preguntó si la esposa del venezolano también le consideró apuesto.

— ¿No han tenido ningún contratiempo? — preguntó Isaac al ponerse de pie para saludarlos.

— ¡Fue fantástico! — aseguró Campbell emocionado — . ¡Pescamos una inmensa barracuda, lástima que no hayan podido verla!

Nicholas observó el entusiasmo de su hijo con ternura, y no era la primera vez que Keira notaba el afecto entre padre e hijo. El estómago se le encogió de envidia.

— Fue un viaje bastante bueno — asintió Nicholas — . A excepción de que María se cayó al agua por la borda, fue un viaje agradable.

— ¿Quién se cayó al agua? — la mano de Isaac se posó sobre el hombro de Nicholas.

— La esposa de Leo, María. Se puso tan nerviosa que faltó poco para que se convirtiera en comida de los peces en vez de ser al contrario.

Keira le escuchó y se sintió celosa, no tenía que haber perdido de vista que en el horizonte de Nicholas siempre existiría una mujer.

— ¿Está ella bien? ¿No se lastimó? — inquirió Isaac.

— ¡Por Dios, no! Papá se zambulló y la sacó. Fue culpa de ella, incluso su esposo se

enfadó con ella, ¿verdad, papá? — intercaló Campbell y Nicholas movió los hombros con indiferencia.

— No hubo ningún problema. Sólo se mojó, aunque luego tenía los nervios de punta, — miró a Keira — . Por desgracia, las mujeres tienden al histerismo.

Keira bajó la vista hacia la langosta, que aún no había terminado de comer. Ya no tenía apetito y se amonestó por su actitud ante las palabras y acciones de Nicholas.

¿Por qué no podía considerarle igual que a Isaac o a Campbell, por quienes tenía cariño? Por desventura, desde que le había conocido, le había mirado como un hombre y no como a alguien de su familia.

Isaac indagaba sobre los detalles del percance, pero Nicholas pospuso las explicaciones hasta después de bañarse y cambiarse de ropa. Isaac se sentó de nuevo, para terminar de cenar.

— ¡Imaginaos, caerse al agua! — exclamó sin dirigirse a nadie, en especial — . ¡Las mujeres en las embarcaciones alquiladas siempre tienen algún percance!

Keira simuló que comía.

— ¿Conoces a esa gente? — inquirió, curiosa en cuanto a la mujer.

— ¿Te refieres a los Leo? — Isaac frunció el ceño — . No los conozco en persona, pero sé algo sobre ellos. Howard Leo está en el negocio del petróleo, lo mismo que nosotros. Nicholas ha tenido tratos con él. ¿Por qué lo preguntas?

— Simple curiosidad — Keira bajó la cabeza — . ¿También son amigos?

— ¿Te refieres a Nicholas? — Isaac levantó la cabeza — . No creo. Leo tendrá unos cincuenta años y su esposa no debe ser mucho más joven. No son de su generación.

— Comprendo — respiró tranquilizada — . Creí que eran más jóvenes.

— ¿Por el hecho de que María se cayera al agua? Ella es latina, querida, y es tan emocional como todas ellas. Debió excitarse demasiado con la pesca.

Cuando Nicholas y Campbell regresaron ya habían terminado de cenar, pero Emelia no se olvidó de ellos. Isaac se quedó a acompañarlos y Keira se reunió con Eve en la sala. Momentos después, Isaac entró en la sala para acompañarlas a tomar el café. Oyeron el motor de un coche, que seguramente bajaba por la pendiente. Impaciente, el abuelo puso un gesto de preocupación y Keira intuyó que había pensado que se trataba de Luke Duncan. La criada anunció a la señorita Duncan, y Mikayla entró, vestida con unos pantalones bombachos floreados. Después de saludar a Isaac y a su hermana, le sonrió con frialdad a Keira.

— ¿Y Nicholas? Tenía entendido que regresaría hoy — Isaac le ofreció una copa y se

la sirvió.

— Hace unos minutos que han llegado, pero ahora están cenando. Vendrán dentro de un momento.

— Comprendo — Mikayla miró a su alrededor y terminó sentándose junto a Keira en el largo y cómodo sofá — . Le prometí que vendría a verle.

Por lo visto, Mikayla no perdía el tiempo, pensó Keira sin mencionarlo. Dadas las circunstancias, Mikayla tenía más derechos que ella. Poco después Nicholas entró y, como si fuese un resorte, Mikayla se puso de pie.

— ¡Hola, querido! — murmuró melosa — . ¿Os ha ido bien?

Nicholas fue por una copa después de rechazar el café que le había ofrecido su tía y Mikayla le acompañó. Hablaron en voz baja en el rincón y luego Nicholas anunció que se irían a Port Spain.

— Buena idea — intercaló Isaac con inesperado entusiasmo — . ¿Por qué no os lleváis a Joslyn? Se ha aburrido mucho durante estos días. Le vendrá bien salir esta noche.

— Por favor... estoy bien aquí — rechazó, horrorizada por la sugerencia.

— ¡Tonterías! — Isaac estaba decidido a proporcionarle distracción esa noche — . Campbell irá también con vosotros, y así formaréis dos parejas.

— Campbell ya se ha acostado — declaró Nicholas — . Estaba cansado y no creo que piense ir a ninguna parte, pero si Joslyn... quiere acompañarnos...

— No — Keira no se dejaría convencer — . No, gracias, prefiero quedarme. Además, tengo una leve jaqueca.

Mikayla pareció tranquilizarse, pero Nicholas no se creyó la excusa improvisada.

— El aire nocturno te quitará el dolor — aseguró Isaac.

— No — Keira movió la cabeza — . Muchas gracias, pero mi respuesta sigue siendo negativa.

— Ya que se ha decidido, ¿nos vamos, Nicholas? — inquirió Jaime, contenta y deseosa de salir antes de que Isaac sugiriese otra cosa.

Nicholas asintió y terminó de beberse la copa.

— Vamos — respondió mirando a Mikayla, con lo que Keira sintió como si le clavara un puñal en el corazón.

Se acostó temprano, a eso de las diez, pero no pudo conciliar el sueño. Pensaba en Nicholas y Mikayla, juntos en algún sitio, quizá abrazados. Eso bastó para quitarle el sueño. Comprendió que al aceptar quedarse dos semanas más, la situación

empeoraría para eIla. Ya no tenía lugar negar, por alocado e irresponsable que fuese, que se estaba enamorando de Nicholas y que no podía evitarlo.

CAPÍTULO 7

Cerca de la medianoche, Keira seguía despierta. Suspirando, se levantó de la cama y se puso la bata que hacía juego con el camisón. Se acercó al balcón, lo abrió, y salió fuera. El aire nocturno era fresco y aromático y el sonido del mar chocando contra las rocas la tranquilizó un poco. De pronto se le antojó estar allí abajo, junto al agua, para que el rocío de las olas le humedeciera el rostro. Deseaba absorber la serenidad que sólo ese perpetuo movimiento le daría.

Regresó a la habitación, se puso unas sandalias de tacón bajo y abrió la puerta de su alcoba. El silencio reinaba en la casa y sólo se escuchaba el tictac de los relojes. Nicholas todavía no había regresado, pero eso no debía importarle a ella. Seguramente no volvería antes del amanecer.

La puerta de tela de alambre de la planta baja no tenía corrido el pestillo y salió por la terraza, bajó los escalones de piedra y llegó al patio. A la luz de la luna el jardín parecía extraño y desconocido, porque los vívidos colores de las flores tenían un tinte plateado. Recordó el poema de Walter de la Mare que leyó en alguna ocasión. Llevaba por título Plata y hablaba del claro de luna. Recordó las palabras en tanto bajaba los últimos escalones.

«Lenta, silenciosa, la luna pasea en la noche en su vaina de plata; por aquí, por allá, escudriña y ve fruta plateada sobre árboles plateados».

Por algún motivo esas hermosas palabras concordaban con su estado melancólico. Los poemas de la Mare siempre habían suscitado en ella un sentimiento de irrealidad y misterio que fue parte importante de su niñez. Al escaparse de un mundo poblado de gente, de mujeres mayores, la joven Keira buscó consuelo en los cuentos y en la poesía. Quizá esa inclinación por la fantasía la hizo interesarse por el teatro. Sus primeros años fueron, sin duda alguna, muy solitarios, y allí, en Punto Carr, había tenido tiempo de comprender que gran parte de su vida la había pasado soñando.

En el muelle hacía más frío, pero era agradable. La base de las rocas aspiraba el agua para después arrojar un blanco y espumoso rocío que de día brillaba con los colores del arco iris. La única iluminación que había la proporcionaba la luna, que plateaba las

olas y sombreaba las rocas. El sentimiento de aislamiento que la vigilia solitaria le causaba fue suficiente para que Keira volviera a la escalera. En su habitación estaría dentro de la casa, donde dormían otras personas; allí fuera, podría haber sido la única superviviente del algún terrible desastre. Su imaginación conjuró marejadas y huracanes y, para ella, el silbido del viento que impulsaba las nubes cubrir la luna, se convirtió en aullidos.

Al llegar al pie de la escalera y comenzar el ascenso, oyó el deslizamiento de llantas y el golpe de una puerta al cerrarse. Nicholas regresaba antes de lo que había imaginado. Se detuvo y olvidó el temor que la había invadido momentos antes. No podía subir y correr el riesgo de que la viera y pensara que le estaba espiando, ya que no tenía motivos para haber bajado a esas horas de la noche. Esperaría unos minutos para darle tiempo a que llegara a su habitación, incluso a la cama, antes de proseguir.

Se estremeció. La frescura se convirtió en frío y no era a causa de los nervios. Deseó no haber abandonado la seguridad de su habitación, y estar en la cama le parecía lo más adecuado. Por fin, cuando se sintió aterida, subió de prisa para entrar en calor. Sentía las piernas tiesas y tenía los dedos helados.

La casa estaba a oscuras y lanzó un suspiro de alivio. Había imaginado que Nicholas encendería las luces de varias habitaciones y que ella tendría que ocultarse entre los arbustos hasta que las apagara. Atravesó el patio y subió los escalones de la terraza. Giró el picaporte de la puerta de tela de alambre y se llevó la mayor sorpresa de su vida. Estaba cerrada por dentro y no podría entrar.

El pánico que la había invadido momentos antes volvió con toda su fuerza. ¿Qué hacer, cómo entrar sin despertarles a todos? Trató de dominarse y pensar con sensatez. Ninguna puerta estaría abierta, pero quizá encontraría alguna ventana por donde meterse. Era preciso averiguarlo.

Caminó a lo largo de la terraza e intentó abrir las contraventanas de la habitación donde desayunaban. Lo intentó, pero resultó inútil. Más adelante, estaban las del salón donde cenaban cuando las noches eran frescas. Corrían sobre un riel. También estaban aseguradas. Regresó y pasó de nuevo por la puerta de alambre, subió los escalones y llegó a otra contraventana. Tampoco cedió. Apoyó la nariz contra el cristal para vislumbrar lo que había al otro lado, era el estudio de Isaac. Estaba a punto de volverse cuando una mano la cogió del brazo. Aterrorizada, forcejeó.

— ¡Qué diablos estás haciendo! — exclamó una voz conocida.

Sus peores temores se desvanecieron. Con resignación y los hombros caídos, levantó la cabeza para ver el sombrío rostro de Nicholas.

— Yo... cerraste y me dejaste fuera — murmuró temblorosa.

— ¿Yo te dejé fuera? — no comprendía, pero sintió en los dedos la carne helada del brazo de Keira, cubierto con la seda de la bata — . ¡Estás congelada! — exclamó furioso — . ¡En nombre del cielo! ¿Qué haces fuera de casa a estas horas de la noche?

La pregunta fue retórica porque la llevó por la terraza y la metió por la puerta de la tela de alambre. Se detuvo para correr el cerrojo y caminó decidido por el oscuro vestíbulo para entrar en la sala. Cerró la puerta y la soltó para encender la luz. Se volvió con el rostro distorsionado por la ira.

— ¡Y bien! — exigió — . ¿Qué hacías?

Keira se envolvió en la bata porque no quería parecer provocativa. Deseó que él dejara de mirarla con desprecio, como si fuese algo odioso que había encontrado en la puerta de la casa. Aspiró profundamente antes de hablar.

— Bajé al muelle... no podía dormir y me dieron ganas de caminar. Al regresar, la puerta estaba cerrada. Debiste cerrarla al entrar.

— ¿Qué te hace pensar que fui yo? — preguntó.

— Pues… — titubeó, porque si le decía que le había oído llegar, pensaría que le había estado espiando — . Bueno, como eres la única persona que estaba despierta, supuse que fuiste tú — terminó con poca convicción.

— ¡Vaya! — torció la boca.

— De todos modos, ¿cómo supiste que era yo cuando me cogiste del brazo? — preguntó ella para distraer.

— No lo sabía, pero cuando se oye que alguien trata de abrir todas las puertas y ventanas, se sospecha que esa persona quiere meterse. No eres buena conspiradora, haces demasiado ruido.

— Gracias por dejarme entrar. Me voy a la cama...

— Estás helada, necesitas entrar en calor para no pescar una pulmonía — murmuró impaciente — . Tómate una copa.

— No es necesario, de veras — Keira lo negó con un movimiento de cabeza — . Entraré en calor al cubrirme con las mantas...

— Insisto — ordenó Nicholas con un tono que no admitía discusión.

Aunque Keira se estremeció, no protestó.

Nicholas le sirvió una buena copa de brandy y se la entregó. Observó cómo se la bebía. Con una mano, Keira se sujetaba la bata a la altura del cuello y con la otra sostenía la copa; era muy consciente de su vulnerabilidad. Deseó que Nicholas se

sirviera una copa o que hiciera cualquier cosa en vez de estar de pie frente a ella, obligándola a ver cada centímetro de su pecho, que aparecía bajo su camisa desabrochada. Bajó los ojos hacia las piernas que ceñía el pantalón y luego a las botas de ante. Tuvo un deseo casi incontrolable de acercarse a él, de averiguar cómo reaccionaría, pero su sentido común fue más fuerte.

— Bueno... — comenzó Keira.

— ¿Te sientes mejor? — la interrumpió.

— Sí, gracias — la copa todavía contenía un poco de licor — . Lamento haberte causado tantas molestias.

— Debiste avisarnos de que querías salir a pasear por la noche. ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera estado en casa para dejarte entrar o si hubieses sufrido algún accidente?

— ¿A qué te refieres?

— Esos escalones son peligrosos, sobre todo de noche. Has podido tropezar y torcerte un tobillo. ¿Cómo te las hubieras arreglado?

— No lo sé — Keira quiso entregarle la copa — . No quiero más, gracias.

— Termínalo — ordenó.

— No me gusta.

— Pues entonces tómalo como si fuera una medicina.

— No puedo tragar ni una gota más — aspiró profundamente.

Nicholas la observó con atención y, al parecer, con premeditación, le recorrió con la mirada todo el cuerpo cubierto de seda, antes de fijarse en sus labios entreabiertos.

— ¿Te espera algún joven con impaciencia en Londres? — preguntó.

Keira notó que Nicholas se arrepentía de haber hecho esa pregunta.

— No es de tu incumbencia — dio un paso atrás y su voz tembló.

Nicholas se acercó a ella con una gracia indolente.

— Me interesa muchísimo — comentó, y sus ojos brillaron de forma perturbadora.

Keira dio otro paso atrás y buscó un sitio donde colocar la copa.

— Es una conversación ridícula para la una de la mañana — protestó.

— Entonces, contesta — Nicholas se impacientó.

Keira dio otro paso atrás, pero tropezó contra un sillón que estaba al lado de la puerta.

— Deja de interrogarme y molestarme, quiero irme a la cama — le dijo en tanto sus dedos casi dejaron resbalar la copa.

— No creo que esté haciendo tales cosas — Nicholas se detuvo frente a ella, a escasos centímetros de distancia. Extendió una mano y acarició su pelo — . Quiero saberlo. Papá me dijo que has aceptado quedarte otras dos semanas y tengo curiosidad por conocer tus motivos.

— Comprendo — Keira intentó respirar a un ritmo normal — . Debes saber por qué me quedo; me he encariñado con Isaac y con Campbell y me gusta estar aquí.

Nicholas bajó la vista y se concentró en los dedos de Keira, que entrecerraban el cuello de la bata.

— No has mencionado mi nombre entre los que dices que quieres — comentó bruscamente y Keira se estremeció.

— No creí que eso te preocupara — logró simular indiferencia — . No te falta cariño.

— ¿Cómo lo sabes? Quizá no se trate de ese sentimiento — la miró a los ojos intensamente.

— No lo creo — desvió los ojos — . ¡Por favor, suéltame!

— No puedes ser buena cómplice, ¿verdad, Joslyn? — preguntó con una extraña expresión en el rostro.

— No sé de qué me hablas — dirigió los ojos hacia él.

— ¿De veras? — la rodeó el cuello con los dedos y ella se sobresaltó — . Tranquila, no te haré daño.

— ¡Suéltame!

— ¿Y si no lo hago, qué harás, gritarás pidiendo ayuda?

— ¡Por favor! — llegó al punto en que estaba dispuesta a rogarle — . Estoy cansada y quiero acostarme.

Los dedos de Nicholas acariciaron su nuca debajo del cabello y le abrieron el escote de la bata, Keira permaneció rígida, casi sin respirar, conmocionada hasta el punto de estar confusa y no poder hacer nada.

— ¡Qué piel tan tersa! — murmuró — . ¡Por Dios, deja de estar tan tiesa! Ya te dije que no te haré daño.

— Nicholas... — su voz se quebró.

Él le sondeó los ojos en tanto la acercaba hasta que sus muslos tocaron la fina seda de la bata. Luego deslizó las manos por los hombros hasta las caderas. Keira quiso resistir, sabía que debía hacerlo, pero, sin darse cuenta, su cuerpo amoldó al de él y para ella todo dejó de existir menos el calor, la fuerza y el aroma masculino que emitía Nicholas. Soltó la copa, que cayó al suelo y se hizo añicos. El poco licor que quedaba

le salpicó los pies y la hizo tomar conciencia de lo que estaba haciendo.

— La copa... — no pudo terminar porque Nicholas acercaba la cabeza hacia su rostro y sus labios estaban muy sensuales.

— ¡Al diablo con la copa! — murmuró — . ¡Maldición, no te pongas tiesa de nuevo!

Keira movió la cabeza de un lado a otro para escapar de lo inevitable, pero él, lanzando una maldición, le ciñó la cabeza y no la soltó hasta colocar los labios sobre los de ella. Keira quiso protestar, pero Nicholas era demasiado fuerte. Terminó por corresponder y Nicholas soltó su cabeza para abrazarla y besarla con pasión. A pesar de su inexperiencia, Keira se dio cuenta de que él la deseaba y, aunque la cordura le aconsejaba luchar, una necesidad casi animal la incitó a abrazarle la cintura y a olvidarse del atrevido escote de su atuendo.

De pronto, Nicholas la soltó para desprenderse de los brazos de ella, que le ceñían la cintura. La empujó. Keira era víctima de sus recién descubiertas emociones y, cuando Nicholas quiso alejarse, le siguió, aferrada a su cuerpo y ofreciéndole los labios. Como en sueños, escuchó que él respiró profundamente antes de volver a besarla.

— Nicholas... — murmuró.

— No — gimió al levantar la cabeza — . ¡Dios mío, no!

— Nicholas... — repitió y su perplejo rostro parecía enmarcado en una aureola dorada — Nicholas... no me alejes de ti.

Nicholas rechinó los dientes antes de cogerla por los hombros para zarandearla con tanta violencia que la cabeza de Keira se balanceó sobre su esbelto cuello. El brutal trato la conmocionó y la hizo volver a la realidad. Se ruborizó de vergüenza y se llevó la mano al cuello para cubrirse.

— ¿No te parece que es un poco tarde para eso? — inquirió Nicholas con dureza — . ¡Dios, aléjate de mi vista, Keira!

Al principio la chica no captó el significado, pero la última palabra retumbó en sus oídos.

— ¿Keira? — poco faltó para que se ahogara — . ¡Sabes mi nombre!

Nicholas se dirigió a la bandeja de los licores, se sirvió una copa de whisky y se la bebió antes de responder. Se sirvió otro poco y se volvió, apoyado en la mesa y con expresión severa.

— Sabía tu nombre desde que llegaste — aseguró — . Sal en este momento, antes de que suceda algo de lo que ambos nos podamos arrepentir.

Fue demasiado para Keira de un solo golpe. Demasiadas cosas habían sucedido en

poco tiempo para que pudiera tener en cuenta las consecuencias que podían avecinarse. Movió la cabeza de un lado a otro mientras intentaba asimilar lo que significaba para ella. Al mirar a Nicholas bajó la cabeza por no poder soportar el odio que vislumbró en él.

— Ay, Nicholas — comenzó con voz plañidera.

No aceptaba que el hombre que la había besado con tanta pasión momentos antes hubiese cambiado de forma tan repentina.

— No quiero hablar más contigo — interrumpió severo y se frotó la boca con el dorso de la mano — . ¡Vete y déjame en paz! — le dio la espalda y se sirvió otro whisky.

Keira iba a dar un paso hacia la puerta, pero se detuvo. El cerebro le zumbaba y tenía náuseas, pero no pudo creer que, de pronto, Nicholas hubiese podido olvidar lo que momentos antes había sentido por ella. Se sentía falsa y culpable. ¿Qué pensaría él de ella, excluyendo el engaño inicial de suplantar a Joslyn? ¿Qué clase de mujer pensaría que era, después del comportamiento apasionado que había tenido con él?

— Nicholas, ¡por favor! — murmuró — . ¡Permite que te explique!

— ¡Sal de aquí! — se le notaba enfadado por el tono.

Keira salió de la habitación sin fijarse por dónde caminaba y, al subir la escalera de hierro forjado, tuvo que contener los amargos sollozos que la sacudían hasta el alma.

Es un hecho sorprendente que aunque la noche anterior haya sido tormentosa, la mañana siguiente siempre brilla con alegre inconsecuencia. Pero, para Keira, la brillantez del día fue como un saludo burlón a su desesperación. Se incorporó en la amplia cama y parpadeó incrédula al ver que el reloj, sobre la mesa de noche, marcaba, ¡las once de la mañana! No era posible que fuese tan tarde. Matilda, la doncella, la despertó al traerle una bandeja con una taza de café y unos panecillos calientes.

— La señorita Emelia le envía esto — anunció un poco enfurruñada.

Keira estaba segura de que la chica jamás la perdonó por haber sido la causa de que Emelia la amonestara.

— Muchas gracias — Keira despejó la mesita de noche para que Matilda pusiera la bandeja — . Me levantaré inmediatamente.

— ¿Desea alguna otra cosa? — inquirió, encogiéndose de hombros.

— No, gracias — Keira suspiró.

Matilda volvió a encogerse de hombros y salió de la habitación. Acongojada, Keira bajó la cabeza y su cabellera cayó como una pesada cortina sobre el rostro. Apoyó la

cabeza entre sus brazos y suspiró profundamente. Se preguntó si Nicholas pensaría que el motivo de no haber bajado a desayunar, como de costumbre, sería para evitar encontrarse con él. Seguramente él no sabía que no había podido pegar ojo en toda la noche. Antes de acostarse, tuvo que tomar varias pastillas para intentar tranquilizarse por lo sucedido.

No probó los panecillos, pero el café le sentó muy bien. Tenía un horrible sabor de boca y, después de beber un poco del humeante líquido, fue al baño a cepillarse los dientes. No le gustó su imagen en el espejo. Tenía ojeras y los ojos enrojecidos de tanto llorar; estaba pálida y demacrada. Se bañó con agua fría, para estimular la piel. Se sintió mejor, aunque el vacío en el estómago no desaparecería con métodos físicos.

Se puso unos pantalones de cintura baja, de color rosa, y una camisa suelta azul marino. Se cepilló el cabello con fuerza. No se convertiría en un ratón, acurrucado en un rincón en espera del hacha del verdugo. Saldría y se enfrentaría a la situación con todo el valor que pudiese reunir. Le demostraría que no era cobarde, a pesar de haber cometido un terrible engaño. En el pasillo de la planta baja, se encontró a Campbell y sus nervios se tensaron por el parecido que tenía con su padre.

— ¡Por fin se te puede saludar! — se mofó con gentileza — . ¡Buena hora para levantarse, te esperaba!

— ¿Me esperabas a mí, por qué? — le miró con recelo.

— Ella me pregunta por qué — simulando exasperación levantó los ojos al cielo — . ¿No solemos nadar juntos todas las mañanas? Sé que he estado fuera unos días, pero eso no es motivo para que, de pronto, cambiemos nuestra rutina.

— ¡Ay, Dios! Lo había olvidado.

— ¿Lo olvidaste? ¿Cómo es posible que olvidaras nuestro importante compromiso?

— Campbell simuló estar dolido — . ¿Qué esperas, no quieres ir a nadar? — Keira titubeó y se humedeció el labio superior; temía que Isaac o Nicholas los escucharan.

— No tengo ganas de ir — dijo por fin, y Campbell se acercó para observarla mejor.

— ¿Estás bien? — preguntó preocupado — . Estás demacrada. ¿Es que has dormido mal?

— No muy bien — logró esbozar una sonrisa.

— Se nota. Vamos a sentarnos en la terraza. ¿Quieres que te cuente cómo nos fue en el viaje?

— ¿Dónde están Isaac... y tu padre? — inquirió.

— ¿Por qué lo preguntas, los necesitas para algo? ¿No te basta mi compañía?

— Por supuesto que sí, Campbell — Keira se mostró compungida — . La casa me ha parecido demasiado tranquila.

— Fueron a Port Maguerre. Isaac quiso llevarte, pero estabas dormida; papá comentó que, de todos modos, te aburrirías.

— ¿Dónde queda Port Maguerre? — preguntó más tranquila.

— En el lado sur de la isla, cerca de los campos petrolíferos.

— Comprendo — Keira se tambaleó.

Campbell la cogió de las muñecas para darle apoyo.

— Por lo visto no te sientes bien — comentó preocupado — . Hoy tomaremos las cosas con calma. Le pediré a Emelia que nos lleve un poco de café a la terraza.

Pero Keira no se dejaría dominar por sus emociones. Era evidente que Nicholas no había divulgado la verdad. ¿Cuánto tardaría en hacerlo? Era preciso pensar con cordura y lógica, cuanto antes enviara el telegrama a Joslyn para pedirle explicaciones, sería mejor.

Se fue calmando, sentada al lado de Campbell en la terraza, tomando con placer unas galletas de jengibre hechas en casa y el fuerte y aromático café. Con la taza en las manos, pensó que, por el momento, nada había cambiado. Nicholas confesó que desde el principio conocía su verdadera identidad. La postura de Keira en esa casa seguiría igual hasta que su «tío» decidiese confiarle su juego…

Dejó que su mente vagara entre una maraña de pensamientos y se preguntó cómo se habría enterado Nicholas de que no era Joslyn. La incógnita había sido una de las razones por las cuales no había podido dormir en toda la noche y por lo que de nuevo sintió un cosquilleo en el estómago. Sorbió el café y pensó en otras cosas mientras miraba a Campbell.

— ¿Podríamos ir hoy a Port Spain?

— ¿Port Spain? — Campbell la miró a los ojos — . Pero si no te sientes bien...

— Ya me siento mejor. Creo que ayer tomé demasiado el sol — logró sonreír.

— Aun así... — no parecía convencido — . ¿Qué tienes que hacer en la ciudad? Puedo enviar a Jefferson en tu lugar.

— No... — suspiró — . Prefiero hacerlo yo. Además, casi no conozco la ciudad. Pensé que podríamos visitarla.

— ¿Quieres ir de compras?

— Más bien quiero enviar un telegrama — explicó nerviosa.

— ¿Conozco al destinatario? — Campbell alzó las cejas.

— No, es para una amiga de Inglaterra. Ya sabes, una felicitación de cumpleaños

— Keira decidió decirle a Campbell esa media verdad porque necesitaría su ayuda para llegar a la oficina de telégrafos.

Campbell terminó su café y retiró la taza.

— ¿A qué hora quieres ir?

— A la que te convenga.

— ¿En este momento?

— ¡Sería magnífico!

— De acuerdo, pero si te sientes mal me lo dices, ¿vale? — le escudriñó el pálido rostro.

— De acuerdo — Keira se puso de pie — . Gracias, Campbell, ¡eres un encanto!

— ¿Eso crees? — Campbell la miró galante — . ¿Cómo es que nunca pasamos de cogernos las manos? Somos parientes y ni siquiera te he dado un beso.

— Más vale que vaya por mis gafas oscuras — rió y se dirigió hacia la puerta.

Pero con tristeza y dolor recordó cómo se había alejado de Nicholas la noche anterior.

Fueron a Port Spain en el coche de la familia en que Isaac la había llevado a visitar la propiedad. Campbell conducía a la perfección y cuando le explicó que su padre le había enseñado antes de los ocho años, Keira no lo puso en duda.

— ¿Te acuerdas de tu madre? — inquirió titubeante y sin poder olvidar a Nicholas.

— ¿Te das cuenta de que es la primera vez que me preguntas por mamá? — la miró de reojo.

— No me había fijado — hizo un movimiento con las manos dando a entender que no tenía importancia — . Supongo que no quise dar la impresión de ser una entrometida.

— No veo por qué, era tu tía.

— En efecto, pero... — con las uñas delineó el diseño del cuero de la cubierta del asiento del coche — ... no tuve ninguna relación con ella.

— Tienes razón — Campbell desvió el coche para evitar a un niño que jugaba en la orilla de la carretera — . La recuerdo muy bien. Tenía siete años cuando murió, pero ella no era todo mi mundo. Emelia fue más madre para mí que ella.

— ¿Has vivido siempre aquí?

— ¿En Punto Carr? Por supuesto. Verás, mi padre trabajaba para Isaac y como es una casa muy grande, el abuelo no deseaba vivir solo.

— Estaba Eve ¿no?

— Sí, pero ya has tenido ocasión de conocerla bien, y seguramente, habrás notado que no siempre vive en la realidad. De todos modos, después de que tu madre escapó de aquí, Isaac no quiso arriesgarse a que mi padre planeara lo mismo.

— Me imagino que tu padre sufrió mucho... cuando ella murió.

— Quizá, pero sólo en algunos aspectos — respondió pensativo.

— ¿Qué quieres decir? — se mostró intrigada.

Campbell hizo una mueca.

— La verdad es que mamá nunca fue como papá. No sé por qué se casó con ella — suspiró — . ¡Maldición, sí lo sé! Le dijo que estaba encinta y él hizo lo que creyó conveniente.

— ¡Dios mío! — Keira se movió en el asiento y sintió que el corazón le latía con desenfreno — . Sin embargo, tu padre debió enloquecer de alegría cuando naciste.

— Creo que sí, aunque nací un año después del matrimonio, cuando las relaciones entre ellos no eran muy buenas ni felices.

— Quieres decir... — Keira estaba horrorizada.

— Exacto. Es el truco más viejo de la historia y papá cayó. ¿Qué otra cosa podía hacer? La familia Carr hace mucho tiempo que está establecida aquí y tiene un concepto anticuado del honor. Para mi padre fue inconcebible negar su responsabilidad, aunque dudara que fuese cierto.

— ¡Qué terrible! — Keira estaba azorada.

— Como dicen, así es la vida.

— Después de que nacieras, las cosas debieron mejorar, ¿o no? — tenía que saber más.

— En realidad, no. Mi madre quería ser simplemente una mujer casada y su imaginación no iba más allá. Cuando tuvo que enfrentarse a la responsabilidad de un esposo y de una familia, cayó enferma.

— ¡Bromeas! ¿Quién te ha dicho eso?

— ¿Acaso crees que papá me ha lavado el cerebro con su versión para que dejara de amar a mi madre? No fue necesario que me dijesen nada, Joslyn. Estuve presente y lo vi.

— No es posible, eras demasiado joven.

— Sí, pero los niños empiezan a notar las cosas desde pequeños.

— ¿Estaba enferma tu madre?

— Creo que nunca se recuperó del parto. O por lo menos, le era conveniente simularlo. Y como tu madre murió cuando tú naciste, supongo que tanto mi padre como Isaac tenían miedo de que ocurriera lo mismo con ella. No creo que haya sido una verdadera esposa para mi padre después del alumbramiento. También es cierto que tuvo cáncer y luego... — se encogió de hombros — . Quizá pienses que soy insensible, pero no es así. Nunca fue una verdadera madre para mí. Si alguna vez me acercaba a ella con una rodilla raspada o con una pequeña herida sangrante en la cabeza, casi se desvanecía. Me acostumbré a acudir a Emelia para que me consolara. Ella fue mi verdadera madre. La gente cree que los lazos de sangre lo son todo, yo opino lo contrario. Es posible que los que tengan la misma sangre se odien. Emelia me crio y me mimó como debería haberlo hecho mi madre. ¿Estás de acuerdo conmigo?

— Por supuesto — Keira pensaba en lo que acababa de escuchar.

Eso explicaba el hecho de que casi nunca se mencionara el nombre de Charlotte y el cariño que se tenían padre e hijo.

La oficina de telégrafos estaba en la Plaza de la Independencia. Había varios parques y plazas que visitar, pero en ese momento, Keira sólo tenía una cosa en la mente.

Se tranquilizó cuando Campbell aceptó esperarla fuera mientras ella entraba y redactaba el mensaje para Joslyn. Al terminarlo le pareció demasiado largo, pero tenía que saber qué tipo de arreglo intentó hacer Joslyn con el abuelo. Le contó que su tío conocía su verdadera identidad. Después de pagar una cantidad que le pareció exorbitante, Keira regresó al lado de Campbell, que ya estaba impaciente y cansado de esperar.

— ¡Por Dios! — exclamó al verla — ¿Qué tipo de felicitación has enviado? ¿Te das cuenta de que has tardado casi media hora?

— Lo lamento, Campbell, pero ya sabes cómo son estas cosas. No estoy acostumbrada a enviar telegramas.

— ¿De veras? — la miró con fijeza — . ¿Mencionaste que te queda rías aquí otras dos semanas?

— Es posible que lo hiciera — frunció el ceño.

— Lo imaginé. Seguramente le has enviado el telegrama a un hombre.

Keira abrió la boca para negar la declaración, pero la cerró de nuevo. Si alguien llegaba a enterarse de que había enviado un telegrama, sobre todo Nicholas, éste no indagaría si Campbell le decía que se lo había mandado a un hombre. Se encogió de

hombros antes de contestar con parsimonia.

— No veo que tenga importancia a quién se lo haya enviado.

— Tienes razón — Campbell se avergonzó por haber hecho la pregunta — . Estaba cansado de esperarte, eso es todo. Vamos, comeremos y te llevaré a conocer nuestra pequeña capital.

Fue una tarde sosegada y Keira logró olvidar su angustia, decidida a no preocuparse por lo que, de todas maneras, no tenía solución. Compartió la euforia de Campbell al visitar, como una turista, una de las más agradables ciudades del mundo. Se pasearon por la calle Frederick, la más cosmopolita de las avenidas comerciales, y no pudo resistir la tentación de comprarse una blusa de seda blanca, ribeteada con un bordado en tonos rojos, azul y verde. Eso, al menos, le recordaría ese pequeño paréntesis de su vida. A partir de ese momento no pudo olvidar su precaria situación.

Después se subieron a uno de los pequeños coches de caballos; que prestaban servicio a lo largo de la calle Charlotte, donde el mercado exhibía sus productos, de forma desordenada y sobre el pavimento. Visitaron el muelle, donde los cruceros turísticos estaban anclados antes de proseguir la ruta a América del Sur y otras islas del archipiélago. Le resultó agradable sentarse a la sombra de un techo de lona y observar la bulliciosa vida de la ciudad.

Cuando por fin regresaron al sitio en que Campbell había dejado el coche, Keira se entristeció. El día casi había terminado y tendría que regresar a enfrentarse con lo que casi le parecía una pesadilla.

Llegaron a Punto Carr a eso de las seis y Keira dedujo que Nicholas e Isaac estarían en casa porque el coche que Nicholas normalmente usaba estaba en el patio, con el motor todavía caliente.

— Papá ha regresado ya — el comentario de Campbell no fue necesario — ¡Vayamos! Quizá todavía tengamos tiempo para tomar el té. Me sentará bien.

Con lentitud, Keira le siguió por la escalera. Temía el momento de ver a Nicholas y notar el reproche burlón de sus ojos. También temía el desprecio y el enfado que le mostraría. Deseó no haber salido a pasear la noche anterior y que lo sucedido en la sala jamás hubiese ocurrido...

Entraron en el vestíbulo, donde hacía fresco, comparándolo con el calor que hacía en el exterior. El aroma de las rosas que había en un enorme florero, sobre una mesa, llenaba el ambiente. Keira se detuvo para admirar las flores; cualquier cosa le parecía válida para posponer el temido momento y estaba inclinada sobre ellas cuando

Nicholas bajó los escalones que daban al estudio de su padre. No venía solo. Una chica le seguía y, durante un momento, Keira pensó que se trataba de Mikayla, así que se volvió.

— ¡Ya están aquí! — comentó Nicholas tranquilo y Keira se quedó inmóvil — . No sabes cuanto me alegro, Joslyn, porque tienes visita de Inglaterra. ¿No es extraordinario? ¡Se llama Keira Booker!

Keira creyó que se desmayaría. Las piernas le flaquearon y los ojos se le nublaron. La verdadera Joslyn dio un paso adelante y la cogió del brazo con impaciencia.

— Vamos, querida, no hay motivo para que te pongas así. Es una sorpresa y sabes cuánto me gusta sorprender a la gente.

CAPITULO 8

Keira observaba a Joslyn, sentada sobre un cojín naranja en la banqueta del cuarto de baño. Esta última gozaba en la bañera, enjabonándose, toda cubierta de espuma, y al parecer, ajena a la preocupación de su amiga. Parecía complacerse, rodeada de suaves y fragantes olores a sales y demás perfumes que había vertido en el agua del baño.

— Querida, olvidas que Nicholas no puede descubrirte ahora — aseguró calmada mientras soplaba una burbuja de jabón hacia Keira.

— ¿Por qué? — preguntó incrédula — . ¿Por qué?

— Porque lo habría hecho hace dos semanas. ¿No te das cuenta de que se convirtió en nuestro cómplice?

— ¡Hablas de ello como si no tuviera ninguna importancia! — gritó Keira.

— Y no la tiene, a pesar de ser una situación extraña. Tú eres yo y yo soy tú.

— ¡Es ridículo! — Keira se puso en pie — . Joslyn, tienes que sacarme de este lío. Confiésale a tu abuelo quién eres y yo me iré a casa...

— ¡No!

— ¿Por qué?

— Comprende que a estas alturas sería una tontería. Por la forma en que habla es evidente que te tiene verdadero cariño. Sería cruel decirle la verdad.

— ¿No querrás decir que sería una forma imprudente de actuar? — replicó enfadada.

— ¿Qué has dicho? — Joslyn entrecerró los párpados.

— Ya me has oído. En tu engaño hay algo más que el deseo de consolar a un hombre anciano. ¡Me enviaste aquí porque deseas algo, pero no me has dicho qué! — Joslyn se levantó para coger una toalla.

— ¡Keira, no te pongas nerviosa! Creí que eras una chica tranquila y sensata y ahora me sales con éstas. Me pregunto a qué se debe.

— ¡No digas tonterías, Joslyn! — Keira la miró con indignación — . He hecho lo que me pediste, vine a Trinidad y Tobago. ¿No crees que merezco una explicación?

— Quizá sí, pero quizá no — Joslyn se mostró ambigua — . Querida, ¿podrías

prestarme algo de ropa interior? Mi ropa todavía está en el hotel, pero sólo hasta que Jefferson vaya por mis maletas.

— ¡No pensarás quedarte aquí! — Keira cerró los puños.

— No veo ningún inconveniente, además la casa es más cómoda que el hotel.

— Pero Nicholas sabe, es decir, se dará cuenta de quién eres.

— ¿Y qué? Eso le dará gracia a la situación.

— ¿Qué ha pasado con Mason West? Creí que estarías con él en Oriente Medio.

— Querida, ¿me traes la ropa interior? — se quitó la toalla — . No puedo quedarme desnuda todo el tiempo.

Keira soltó una exclamación de impaciencia, pero fue a buscar lo que le pidió su amiga. Regresó y le entregó las prendas.

— Repito, Joslyn, ¿qué ha pasado con ese viaje que, según tú, te impedía venir? — preguntó en tanto la otra se abrochaba el sostén, antes de ponerse el ceñido vestido azul marino que había llevado puesto durante el viaje y de pedirle a Keira que le subiera la cremallera.

— El viaje no era realidad, me lo inventé; pero lo haré si me ayudas.

— ¿A qué te refieres? — Keira estaba pasmada.

— Ay, querida, ¿tengo que explicártelo en este preciso momento? Fumemos un cigarrillo y cuéntame cómo lo has pasado. Aparte de lo que te contó mi tío, te has divertido, ¿no? Campbell parece ser un encanto de muchacho — Keira se acercó a la bañera para dejar salir el agua y Joslyn fue al umbral de la puerta del baño — . Keira, no seas así, ¿no va a ser posible que hablemos con calma?

— ¿Crees que te perdonaré? ¡Has sido una desvergonzada, pero se acabó, ya no lo aguantaré más!

— Aceptaste venir — se encogió de hombros.

— Lo sé, y desde que llegué no he dejado de lamentarlo — Keira regresó a la alcoba — . No estoy preparada para las intrigas y si no me dices de qué se trata todo esto, bajaré y le diré la verdad a Isaac. ¿Comprendes? ¡Se lo diré todo!

— No te creo, cariño — la miró pensativa — . Pero si insistes...

— Por supuesto — Keira no estaba dispuesta a ceder.

— De acuerdo — estiró la mano para coger el bolso que había dejado caer sobre la cama para sacar una cajetilla de cigarrillos.

Encendió uno y, con gracia, se sentó en una silla de mimbre.

— ¿Por dónde quieres que empiece?

— Por el principio — le aconsejó.

— Tienes razón. Esto se inició a raíz de la muerte de mi padre. Como sabes, le escribí al abuelo para darle la noticia y él se mostró muy comprensivo. Nos escribimos varias cartas y él sugirió que viniese a visitarle a Trinidad y Tobago, pero yo quería ganar tiempo.

— ¿Por qué?

— No me gusta aceptarlo, pero estoy muy enamorada de Mason West — murmuró, mientras observaba el extremo encendido del cigarrillo.

— ¿Le amas? — repitió incrédula.

— Sí, jamás pensé que ningún hombre llegaría a importarme tanto, pero Mason lo es todo para mí.

— ¿Cuál es el problema? — Keira tenía curiosidad.

— El que yo esté enamorada de Mason no significa que él lo esté de mí. Al contrario, dudo que sepa que existo.

— Olvídalo, Joslyn, no eres de las que toleran que se las ignore durante mucho tiempo — Keira torció la boca disgustada.

— Gracias, Keira — Joslyn sonrió de forma conspiradora — . Lo tomaré como un cumplido. A pesar de lo que dices, Mason West no ha llegado a la situación que tiene sin haberse impuesto una meta y sin aprovechar las oportunidades que se le presentaron. Sabe dónde quiere llegar y lo logrará. El periodismo está bien, pero puede ser peligroso cuando se sale al extranjero. Sabe bien que el dinero está en la televisión y quiere convertirse en una personalidad cuyo nombre sea conocido inmediatamente. Por eso quiere producir una serie documental.

— ¿Quieres decir que ese trabajo en el Oriente Medio es posible?

— No sólo posible, sino seguro. Al menos, desde el punto de vista de Mason. ¿No te das cuenta de que si le proporciono el dinero me llevará?

— ¡Oh, Joslyn, no hablarás en serio! — la observó con incredulidad.

— ¿Por qué lo dices?

— Aunque sea verdad que West necesite un patrocinador y que tú llegues a serlo, no por eso se fijará en ti como mujer. ¡Por Dios, podría resultar todo lo contrario! Él adquiriría fama, te reembolsaría el dinero que le prestaste y si te he visto no me acuerdo.

— Ya me imaginaba que tu lógica saldría con algo semejante — los labios le temblaron

de impaciencia — . ¿Crees que sería tan tonta como para entregarle el dinero sin garantías? No soy imbécil.

— ¿De qué se trata todo este engaño? ¿Buscas la oportunidad de sacarle varios miles de libras a un hombre como tu abuelo?

— No estaré defraudando a nadie — aseguró exasperada — . Estoy en mi derecho. Soy la única descendiente por el lado materno. ¡La mitad de todo esto debería ser mío!

— Olvidas que tu madre renunció a todo al casarse con tu padre — subrayó —. Además, tengo entendido que el hijo lo hereda todo.

— ¿Te refieres a Nicholas? — los ojos le chispearon — . Dime exactamente cómo te confesó que sabía tu verdadera identidad.

— ¿Tiene importancia? Basta con que lo haya hecho — Keira se sintió muy incómoda.

— ¿Eso crees? — Joslyn la observó y notó que las mejillas de su amiga se ruborizaban — . Ah, comienzo a comprender. Es un plato apetitoso, ¿no? Mientras creía que eras su sobrina, no podía existir...

— ¡Te equivocas! — Keira estaba pasmada — . Ya te lo he dicho, lo supo desde el principio.

— ¿Cómo se enteró?

— Lo ignoro — Keira se volvió — Joslyn, por Dios, cesa de cargar el peso de la culpa sobre mis hombros.

— No te culpo — Joslyn apagó la colilla en el cenicero — . Si hubiera estado en tu lugar, quizá habría hecho lo mismo. Cuéntame, ¿cómo es él? Me refiero a Nicholas, por supuesto.

— ¡Qué desagradable eres a veces! — volvió el rostro por encima del hombro.

— No estoy de acuerdo. Ay, Keira, eres tan transparente como el agua. Salta a la vista que te has fijado en él. Me pregunto si es recíproco.

— ¡Por favor, Joslyn! No estamos hablando de mí, sino de ti y de tu situación en esta casa. Regresemos con los demás y les dices lo que quieras. Simula que has venido a darme un mensaje urgente del periódico... diles cualquier cosa para que pueda regresar a Inglaterra.

— No.

— No comprendo tu actitud, Joslyn, y creo que he tenido mucha paciencia hasta ahora. Me mentiste, simulaste que tu abuelo no sabía que trabajas para la prensa; me engañaste diciendo que era un viejo senil con peligro de morir en cualquier momento; me enviaste aquí sin decirme los verdaderos motivos de la visita. ¿Cómo pretendes

obligarme a quedarme?

— Si te vas ahora, todo se echará a perder — Joslyn se puso de pie — . ¿No te das cuenta? Mi abuelo jamás me perdonará si se entera de que te mandé en mi lugar.

— ¿Eres tan ingenua como para pensar que Nicholas le permitirá que te dé dinero, sabiendo que ni siquiera has tenido la decencia de venir personalmente?

— Si acepta mis argumentos, es posible que lo haga.

— ¿Cuáles?

— Bueno, existe la incógnita de por qué no te desenmascaró de inmediato. ¿No crees que puede tener un significado de índole más personal?

— ¿De qué diablos estás hablando?

— De Nicholas y de ti. ¿Crees que le gustas?

— ¡Por supuesto que no! — exclamó.

— Es una posibilidad.

— Insinúas que Nicholas no le ha dicho a su padre quién soy porque me considera atractiva. ¡Por Dios, Joslyn, no seas ridícula!

— ¿Qué tiene de ridículo? ¿Qué razones te ha dado para no haberte desenmascarado?

— No me ha dado explicaciones.

— ¿Lo ves?

— ¡Ay, Joslyn! Si supieras lo equivocada que estás. Nicholas no se siente atraído por mí, todo lo contrario, creo que me odia. Me lo dijo.

— No lo creo — Joslyn parecía intrigada — . De la misma forma que lo decía Alicia, la del País de las maravillas, «cada vez es más curioso». Debe tener un motivo para no descubrirte y debemos averiguarlo para utilizarlo a nuestro favor.

— Haz lo que quieras, pero no me mezcles a mí — movió la cabeza con vigor.

— ¿Quieres que mi abuelo se entere de la verdad de buenas a primeras? ¿Cómo lo tomaría?

— Tarde o temprano tendrá que saberlo — Keira se movía con impaciencia.

— No veo por qué no puede resultar nuestro plan inicial.

— Dirás el tuyo — la corrigió Keira con expresión sombría.

— De acuerdo, mi plan. Si dejaras de comportarte como una bailarina temperamental, te darías cuenta de que no ha cambiado nada. Todo puede proseguir, excepto que ahora estoy aquí para apoyarte.

— No — Keira se oprimió las mejillas con las palmas de las manos — . No participaré.

— Entonces, ¿qué harás? ¿Divulgarás el juego? Yo no pienso hacerlo y supongo que Nicholas tampoco.

— ¡Dios mío, qué lío! — Keira se paseaba por la habitación y de pronto se le ocurrió algo — . Si no ibas a irte con Mason West, ¿por qué me enviaste aquí, por qué no viniste tú y por qué estás ahora aquí?

— Tal como te dije, querida, la idea de representar el papel de la nieta pródiga no me gustaba. Todavía lo rechazo. Tú eres el tipo de nieta que mi abuelo desearía tener.

— ¡No tienes escrúpulos! — exclamó al detenerse frente a Joslyn para observarla —. ¿Te atreves a manipular a la gente en beneficio tuyo y quieres salir impune?

— ¡Por favor, no seas infantil! Después de todo, no he hecho nada terrible. Has alegrado al abuelo más de lo que yo lo hubiese hecho...

— ¿Crees que eso es suficiente? ¿Estás satisfecha porque le he proporcionado un poco de felicidad al abuelo? Joslyn, hay que tener otras cosas en cuenta.

— Debí imaginar que tu conciencia burguesa terminaría por hacer que te sintieras mal — comentó con malicia.

— Lo abandonaría todo ahora mismo — dijo anonadada — . ¡No me he sentido bien desde que estoy aquí!

— ¿Quieres decir que no te has divertido en Punto Carr y que no ha habido ocasión en que te olvidaras de Inglaterra?

— No he dicho eso — tuvo que ser honesta.

— Lo ves, entonces...

— ¡No! — Keira estaba desesperada — . Joslyn, por favor...

Pero Joslyn no tuvo tiempo para responder porque oyeron un fuerte ruido al otro lado de la puerta de la habitación de Keira. Las dos se volvieron y el corazón de Keira se desbocó. Abrió y miró confundida al ama de llaves, Emelia, que entró en la habitación.

— Lo lamento, señorita Joslyn — se dirigió compungida hacia Keira — . Pesqué a Matilda escuchando detrás de la puerta — Keira se apoyó en la puerta.

— ¿Matilda?

— Sí, hace unos diez minutos la envié a decirle a su amiga, la señorita Booker, que su habitación estaba lista. Al ver que la chica no regresaba, subí para averiguar qué pasaba. ¡La pesqué escuchando!

— Comprendo — Keira soltó el picaporte y se sentó temblorosa sobre la cama.

Miró a Joslyn y la otra tomó cartas en el asunto.

— Espero que se encargue de que la reprendan como se merece — exclamó, y Keira se sorprendió de su calma — . No se pueden permitir estas cosas. ¿Ha sucedido con anterioridad?

— Que yo sepa, no, señorita Booker — contestó de forma automática á la autoridad de la voz de Joslyn — . Pero no se preocupe, hablaré con el señor Isaac sobre este asunto, es una chica insolente y sería mejor que buscase otra colocación.

— Es una idea magnífica, Emelia — comentó Joslyn sonriendo — . Después de todo, usted tiene que velar por la comodidad de sus huéspedes y esto, sin lugar a dudas, repercute en usted.

— Me encargaré del asunto — aseguró Emelia alisándose el delantal.

— Perfecto — Joslyn cogió su bolso y miró a Keira con dureza — ¿Me hace el favor de mostrarme mi habitación? Estoy un poco cansada. ¿Será posible que me suban la cena? Estoy segura de qué... la señorita Joslyn me disculpará ante los demás.

Joslyn salió con el ama de llaves y Keira escuchó que Emelia le aseguraba que de ninguna manera sería molesto tenerla en casa. Sin poder controlar el estremecimiento que la sacudía, Keira se llevó las manos al rostro. Joslyn podía estar calmada porque no había vivido en esa casa ni conocía a la familia. Cuando se descubriera el engaño no tendría que soportar la angustia de haber inspirado el cariño de Isaac y Campbell.

La chica no bajó a cenar hasta que la criada fue a avisarle de que ya era la hora. Esa noche toda la familia estaba reunida e Isaac pareció perturbado cuando Keira le explicó que su amiga no bajaría porque estaba cansada.

— Espero que no esté enferma — comentó — . Al llegar parecía estar bien de salud.

— Es sólo cansancio. Un viaje tan largo y el cambio de clima resultan pesados.

— Nos dijo que llevaba aquí unos días y que de pronto decidió venir a visitarte — comentó Nicholas, justo en el momento en que se sentaban a la mesa.

— Entonces, imagino que debe haber viajado mucho por la isla — repuso Keira.

— No recuerdo que la señorita Booker mencionara la fecha de su llegada — intercaló Isaac.

— Entonces, me habré equivocado — Nicholas se encogió de hombros.

— Todos podemos equivocarnos en ocasiones — Keira le miró enfadada.

— Es normal, pero algunos se equivocan más que otros — aseguró Nicholas con severidad.

— No le prestes atención a Nicholas, querida — le aconsejo Isaac — . Está de pésimo

humor.

— No necesitas poner excusas por mí, Isaac.

— ¡Eso crees! — Isaac desvió la mirada del rostro de Nicholas y se volvió hacia Keira — . El día en Port Maguerre no fue tranquilo. Se descubrió una falla en el oleoducto de nuestro pozo de Augusta y Nicholas se pasó casi todo el tiempo arrastrándose entre la maquinaria. Además, se nos pinchó un neumático cuando regresábamos. Suerte que no has venido con nosotros, Joslyn, no te habría gustado el vocabulario que empleó.

— Campbell me llevó a Port Spain — esbozó una sonrisa.

— Me lo dijo — Isaac miró a su nieto — . Estás muy callado, ¿te pasa algo?

Campbell levantó la vista del cóctel de camarones que tenía frente a él.

— ¿Qué decías? Ah, no me pasa nada, estaba distraído.

Keira se preguntó si Campbell sabría algo. Con Joslyn en casa, era muy posible que Nicholas le hubiera revelado la verdad. Después de todo, Joslyn era la prima de Campbell y la sobrina de Nicholas. Campbell notó su preocupación y le sonrió.

— ¿Cómo te sientes ahora? — preguntó, y agregó para los demás — . Joslyn no se sentía bien esta mañana y no quería llevarla a conocer la capital, pero ella insistió.

— ¿Qué te pasó? — inquirió Isaac solícito — . Ayer también tenías dolor de cabeza cuando sugerí que acompañaras a Nicholas y a Mikayla.

— No fue nada — Keira comió un camarón, a pesar de que no tenía apetito —. Debo haber cogido una insolación.

— El sol de aquí es traicionero y puede ser peligroso — asintió Isaac — . Debes tener más cuidado. No nos gustaría que cayeras enferma y que te perdieras el carnaval de la semana que viene.

— ¿Ya se nos viene otro carnaval? — Eve movió la cabeza — . ¡Cómo pasan los años! Me parece que fue ayer cuando tu madre se preparaba para la fiesta.

— Eso quedó en el pasado — intercaló Isaac secamente, pero Eve no le prestó atención.

— Fue entonces cuando tu madre huyó... en pleno carnaval. Pasaron varias horas antes de que nos diésemos cuenta.

— ¡Basta, Eve! — la brusquedad en la voz de Isaac logró desvanecer los recuerdos de su hermana.

En silencio, ella le miró dolida y durante unos momentos, nadie habló.

Al terminar de cenar, Nicholas impidió que Keira se recluyera en su habitación.

— Me gustaría hablar contigo, Joslyn. Iremos a dar un paseo en coche.

— Muchas gracias, pero no deseo hacerlo — respondió con rebeldía.

— Lo harás.

— No puedes obligarme — murmuró para que sólo él pudiese escucharla.

— ¿Eso crees? — murmuró también, pero su tono llevaba una carga de violencia.

— ¿Qué pasa? — inquirió Isaac a sus espaldas — . ¿Qué le dices a Joslyn? ¿No ves que está un poco nerviosa? ¡Déjala en paz!

Nicholas metió las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro.

— Sólo le sugería que un poco de aire fresco quizá le despejaría el dolor de cabeza — respondió tranquilo.

— ¿Dolor de cabeza? — Isaac frunció el ceño — . ¡Qué mala suerte!

— Preferiría acostarme — declaró Keira y cruzó los brazos como si quisiera protegerse, con las palmas sobre los codos — . Gracias de todos modos.

— Anoche, la cama no te quitó la jaqueca — insistió Nicholas.

— ¿A qué te refieres? — por un momento Keira pensó que iba a descubrirla.

Pero, al parecer, Nicholas tenía en mente aplicarle otro tipo de tormento.

— A que ayer tuviste otra jaqueca y quizá el aire fresco de la noche sería un buen antídoto.

— Siempre y cuando no te pases el tiempo discutiendo con ella, Nicholas. Llévala a las montañas, allí el aire es mucho más fresco y puro.

A Keira no le quedó más remedio que aceptar. Cogió un chal de fina lana para cubrirse los hombros y acompañó a Nicholas al mismo coche que habían llevado a Port Maguerre.

Siguieron el consejo de Isaac y subieron a la montaña. En otras circunstancias, Keira habría disfrutado. La luz de la luna se reflejaba en el mar, a varios cientos de metros bajo ellos. La carretera que subía parecía una negra serpiente sombreada por los acantilados que flanqueaban su recorrido. A esas alturas el aire era bastante más fresco y Keira se estremeció, más por temor que por frío.

Nicholas guardaba silencio y estaba concentrado en las curvas pronunciadas. Iba sentado con indolencia frente al volante y sus largas piernas movían los pedales. En algunos momentos, las mangas de su chaqueta de ante azul marino rozaban los descubiertos brazos de Keira. Por fin llegaron a una pequeña meseta, con una zona angosta para el estacionamiento, provista de una barandilla de protección para que los

turistas pudiesen observar la vista. Desde luego, esa noche no había ningún turista ni se podía ver gran cosa a la vaga luz de la luna.

Nicholas apagó el motor, abrió la portezuela, salió y caminó con indolencia hacia la barandilla, donde apoyó los brazos. Keira vio la llama del encendedor cuando encendió un puro, pero no se movió. Estaba nerviosa y era incapaz de imaginar por qué la había llevado a aquel lugar. El silencio fue suficiente para ponerle los nervios de punta y deseó que Nicholas regresara para decirle lo que tenía en la cabeza. Resultaba inútil imaginarse que lo sucedido entre ellos, la noche anterior, fuese algo importante para él. Sucediese lo que sucediese, ella no permitiría que Nicholas notara lo mucho que podía lastimarla.

Por fin, Nicholas regresó al coche y se deslizó en el asiento con facilidad e indiferencia. Encendió las luces interiores del vehículo y examinó las pálidas facciones de su compañera.

— Y bien... ¿cuándo se irá?

— ¿Irse? — Keira parpadeó — . ¿Irse de Trinidad y Tobago?

— Exactamente; tienes buena calificación en comprensión. ¿Cuándo piensa marcharse?

— No... lo sé... — Keira entrelazó las manos sobre su regazo. — No puedo obligarla a hacerlo.

— ¡Ya lo veremos! — exclamó con violencia — . ¿Esperas que tolere que... esa criatura permanezca un día más en nuestra casa?

— ¿Sabes quién es? — murmuró.

— ¡Maldición, por supuesto que sí! ¡No cabe la menor duda de que es la hija de Ryan Hopkins!

— No comprendo.

— Ryan Hopkins fue un aventurero; un libertino sin principios morales que se casó con mi hermana para apoderarse de lo que imaginó sería una gran fortuna. Por desgracia no tuvo en cuenta a mi padre y cuando desheredaron a Megan, debió sufrir el peor golpe de su vida.

— ¡No te creo! — exclamó pasmada.

— Me da igual. Sin embargo, es la verdad.

— Ryan Hopkins amó a Megan — protestó después de un momento de silencio.

— ¡Amó su dinero, o lo que creyó que sería suyo! Dios mío, ¿crees que hablo sin tener pruebas? Cuando Megan se enteró, se sintió angustiada. Escribió para revelar con qué

tipo de hombre se había casado. Murió cuando Joslyn nació, pero creo que fue porque no tenía ganas de seguir con vida.

— ¡Oh, no! — Keira se sintió asqueada — . ¡No lo dirás en serio!

— Jamás he dicho nada más en serio.

— ¿Por qué no le abandonó para regresar a casa? — furioso, Nicholas apagó el puro en el cenicero.

— Porque papá no se lo permitió. ¿Por qué crees que existió esa absurda enemistad? ¿No te das cuenta de que el afecto que te tiene mi padre, por ser la persona que imagina, nace de su culpabilidad en cuanto a Megan? Ambos fueron culpables, aunque a Megan se le advirtió. Decidió ignorar la advertencia y ya sabes lo que sucedió. Quizá si no hubiese muerto en el parto habría habido una reconciliación, pero no fue ese su destino. Quizá mi padre tuvo una actitud severa, sin embargo, hay que reconocer que casi nunca se equivoca con las personas. Desde el principio catalogó a Hopkins como lo que era, pero Megan no quiso atender a razones.

— ¡Dios mío! — Keira se llevó los dedos a los labios.

— ¿Me crees ahora?

— Ojalá no fuese cierto todo lo que me has contado.

— ¿Piensas acaso, que te puedo considerar una desalmada por tu actitud al venir aquí?

— ¡No, no! — exclamó — . No me creerás, pero no quise venir.

— ¡No me digas!

— Es cierto — Keira se encogió de hombros — . Ojalá no lo hubiera hecho.

— ¿Por qué lo hiciste?

— ¿Me creerás si te lo digo?

— Lo dudo.

— En ese caso, no tiene sentido seguir hablando.

— A pesar de todo, creo que sé por qué Joslyn te envió en su lugar.

— ¿Por qué? — los ojos de Keira se abrieron desmesuradamente.

— Es evidente — Nicholas tamborileó con los dedos sobre el volante — . Sabía que eras justo el tipo de chica que le agradaría a mi padre. Dulce y femenina, en vez de dura e irritable como ella.

Keira bajó la cabeza; no aceptó el juicio que Nicholas hizo de la personalidad de su amiga, que siempre había sido amable con ella. La ayudó a obtener el trabajo en el

teatro de Burt. El que le hubiera pedido que le devolviera el favor no significaba que fuese mala.

— ¿Y qué va a pasar ahora? — levantó el rostro — . Supongo que tendremos que irnos.

— ¡Ella se irá! — corrigió Nicholas.

— No puedo quedarme...

— ¿Quién te lo impide?

— No tiene cuestión... — murmuró desvalida.

— ¿Qué crees que pasará con mi padre?

— Si Joslyn se va, yo también deberé hacerlo — se movía inquieta.

— ¿Eso espera que hagas al no haberle resultado su mezquino plan?

— ¿De qué plan hablas?

— No te hagas la inocente. Joslyn aceptó venir porque el estímulo que le ofrecieron le pareció interesante.

— ¿Es preciso seguir hablando de lo mismo? — se pasó la mano por el pelo — . Ya que lo sabes todo, dejémoslo así. Le diré a Joslyn que ya no tiene sentido...

— ¡No harás tal cosa! — ordenó — . Joslyn se irá y tú te quedarás.

— Sigo sin comprender.

— No quiero inquietar a mi padre. Has debido, sin duda, preguntarte por qué he permitido que te quedaras sabiendo que eras una impostora. Lo he hecho por varios motivos, pero sólo el más importante te interesa. Aunque Isaac parece sano y activo, hace apenas dos años tuvo un ataque cardíaco que le dejó inactivo durante meses. Se recuperó, pero tiene que tomar medicamentos y cualquier conmoción repentina... Prefiero evitar todo tipo de posibilidades de que le vuelva a ocurrir.

— No lo sabía — Keira le miró preocupada.

— No tenías por qué saberlo. Para que se tranquilice tu conciencia, te diré que Joslyn tampoco lo sabe.

— ¿Deseas que permanezca aquí según lo planeado, sin revelar que no soy Joslyn? — inquirió.

— Así es — bajó la cabeza — . ¿Es mucho pedir?

No lo era, pero Keira dudaba que Joslyn lo viera así y que aceptara irse sin hacer un escándalo.

— ¿No es posible simular que me han llamado de Londres para un trabajo? — inquirió

— . Así, Joslyn y yo podríamos irnos juntas.

Esperó la respuesta conteniendo el aliento. El sentido común la obligó a hacer la pregunta, porque sería la única forma de convencer a Joslyn sin que perturbaran al abuelo. El sentido común también le indicó que sería una locura quedarse más tiempo sabiendo lo que sentía por Nicholas... Sin embargo, no estaba preparada para la reacción de Nicholas. Los ojos de él se ensombrecieron, se volvió hacia ella y la cogió por los hombros con rudeza.

— ¡Arpía egoísta! — murmuró con tono salvaje — . ¡Ni siquiera tienes la decencia de terminar lo que empezaste!

— No comprendes...

— No me salgas con evasivas, ¿qué te pasa? ¿Temes quedarte? ¿Temes que me aproveche del ofrecimiento que me hiciste?

— ¿Ofrecimiento, qué ofrecimiento? — inquirió conteniendo el aliento.

— ¡Este! — alzó los brazos y la atrajo hacia sí para besarla, poniéndole la cabeza sobre el suave tapizado del asiento.

— ¡Nicholas! — protestó junto a sus labios y con las manos aprisionadas por el fornido pecho — . ¡Nicholas, no hagas esto!

— ¿Por qué? — dejó de besarla para entrelazar los dedos en su cabello y besarle la nuca — . No era esto lo que decías anoche...

Keira trató de alejarle, pero falló. Nicholas contaba con experiencia, en cambio, ella estaba a la merced de sus emociones. Las manos que la acariciaban la incitaron y se sintió débil y dispuesta. De alguna manera la camisa de él se desabrochó y el rostro de Keira quedó junto al pecho, en tanto él le besaba la tersa piel de los hombros. Los oídos le zumbaban e intuyó que Nicholas ya no ejercía control alguno. La deseaba y si ella le permitía continuar ya no habría forma de detenerse. Sin embargo, ansiaba ser la amante de Nicholas, permitirle que la amara, disfrutar la posesión del hombre que adoraba...

¡Pero Nicholas no la amaba! Las palabras discordantes sonaron en su mente y la hicieron recapacitar y sentirse disgustada consigo misma. ¿Qué hacía? ¿Qué estaba permitiendo? ¿No le demostró Nicholas que la despreciaba? ¿Quería que la despreciara más? Con un sollozo ahogado, le arañó el pecho y el repentino alejamiento de él, la dejó respirar. Le miró con ojos febriles.

— ¡Llévame a casa! — murmuró temblando.

La expresión de Nicholas era enigmática, pero a Keira le pareció vislumbrar desprecio

en sus ojos. Él se apoyó en la portezuela del lado del volante y se abrochó la camisa con toda calma. No dijo nada, sólo la miró. Keira se movió porque se sintió como si fuese un ejemplar que él estudiaba en el microscopio. Nicholas se volvió hacia el volante.

— ¡Le dirás a Joslyn que si no sale de Trinidad y Tobago mañana por la tarde, haré que la detengan por hacerse pasar por otra persona!

CAPÍTULO 9

— ¡Lo dijo en serio, Joslyn, que no te quepa la menor duda! — Keira hablaba con desesperación mientras cerraba y abría los puños.

Joslyn permanecía en la cama, fumando un cigarrillo, al parecer; sin importarle lo que estaba escuchando. Era por la mañana y Keira se encontraba en la habitación de Joslyn.

— Querida, comienzas a fastidiarme — por fin se incorporó para echar la ceniza en el cenicero — . Lo que no ves es que Nicholas tiene el agua al cuello. ¿No comprendes? No puede echarme... ni descubrirme. ¡No sin crear la situación que tanto desea evitar!

— ¿Quieres decir?... No te atreverías...

— ¿A qué? ¿A decirle a mi abuelo que no eres su nieta? Si es preciso lo haré.

— ¡Ay, Joslyn! — Keira se cubrió la boca con manos temblorosas.

— ¿No te das cuenta de que Nicholas no puede permitir que eso suceda? Al menos, todavía no.

— ¿Qué vas a hacer? — inquirió cansada.

— Hablaré personalmente con mi respetable tío — respondió calmada, en tanto deslizaba un pie sobre el suelo — . Le explicaré su postura y la mía. Estoy segura de que llegaremos a un acuerdo.

— ¡Joslyn, eso es chantaje!

— ¡No conviertas la situación en un drama, Keira! Nicholas comprenderá mi posición. Déjamelo a mí.

— Pero no quiero ser parte de todo esto.

— Tú misma me dijiste que él quiere que te quedes. Dentro de dos semanas todo habrá terminado.

— ¿Eso crees? — Keira deseaba sentirse tan confiada como Joslyn.

El resto de la mañana transcurrió con una inexplicable normalidad. Campbell deseaba nadar y aunque Keira aceptó bajar con él, no se metió en el agua. Estaba tan nerviosa que no podía disfrutar con ese ejercicio tan agradable. Campbell nadó un rato, antes de regresar a la roca.

— ¿Qué te pasa? Pareces preocupada.

— No sé por qué lo dices — respondió lo más calmada que pudo.

— Se trata de tu amiga, ¿no? — insistió Campbell — . Te ha molestado en algo.

— No hay ningún motivo para que pienses eso.

— No sé, debe ser una intuición. Creo que su presencia aquí ha sido algo inesperado. Y eso de quedarse... bueno, sé que Isaac es muy hospitalario, pero ella pareció muy segura de que la aceptaría.

— Son imaginaciones tuyas — Keira bajó la cabeza.

— No, noté que tiene tu encendedor.

— ¿Mi encendedor? — Keira levantó la cabeza.

— Sí, usa uno que tiene tus iniciales.

— Ah, ya. Dejé de fumar y se lo regalé.

— No sé — Campbell se mostraba escéptico.

Sin querer, Keira recordó su preocupación de la noche anterior. Se preguntó si Nicholas le había dicho algo. Campbell parecía sospechar, aunque por motivos diferentes. ¡Qué lío!

Al regresar a la casa no vieron ni a Joslyn ni a Nicholas, y Keira se vistió de prisa para la comida, estaba ansiosa por saber qué había pasado. Al llamar a la puerta de la habitación de Joslyn no recibió contestación. Abrió y descubrió que la alcoba estaba vacía. ¿Dónde estaban las dos maletas de Joslyn? ¿Por qué no estaban sobre el tocador los cepillos que había visto por la mañana? Entró y confirmó sus sospechas. El equipaje de Joslyn ya no estaba. Tardó varios minutos en comprender que Joslyn había partido tan inesperadamente como había llegado. ¿Adónde había ido y por qué no le había dicho nada?

Se dejó caer sobre la cama para pensar con coherencia. Joslyn sabía que ella no deseaba quedarse más tiempo y seguramente no se habría marchado sin dejarle una nota. Buscó, pero no encontró nada. Regresó a su propia habitación, pero tampoco halló nada. Bajó a comer, sintiéndose cansada y confusa. ¿Qué había pasado? Sólo una persona podría explicarle la situación, esa persona era Nicholas...

No tardó en darse cuenta de que Nicholas no iba a comer allí. En la terraza sólo estaban Isaac, Eve y Campbell. Logró esbozar una sonrisa antes de sentarse. Por nada permitiría que Isaac sospechara que algo sucedía. Poco a poco recobró algo la calma.

— ¡Qué lástima que la señorita Booker haya tenido que dejarnos tan pronto! Al menos espero que se haya divertido, aunque ha estado poco tiempo — comentó Isaac.

— ¿Sabes que se ha ido? — intercambió miradas con Campbell.

— Por supuesto. Nicholas me lo dijo antes de llevarla al aeropuerto. Tuvo suerte y consiguió un vuelo que la iba bien.

— ¿Dijo por qué tenía que adelantar su salida? — inquirió temerosa.

— Sí, era algo relacionado con su trabajo. Nos alegra saber que tú te quedas, Joslyn.

Keira fijó la vista en su plato. De modo que Joslyn se había ido, pero, ¿habría obtenido lo que buscaba? Keira movió un poco la cabeza. Tuvo que ser así, porque de otra manera no se habría marchado sin causar problemas. ¿Qué pensaría Nicholas de las dos?

Keira permaneció en su alcoba toda la tarde. Varias veces creyó oír el coche de Nicholas bajando la pendiente, pero al acercarse al balcón para verificarlo, comprobó que se había equivocado. Tenía los nervios de punta, las sienes le latían y no podía pensar en lo que le diría a Nicholas a su regreso.

Estaba tumbada en la cama y temía el encuentro que la esperaba. Nicholas podía lastimarla muy fácilmente, pues ella era muy vulnerable cuando se trataba de él. Debió quedarse dormida, porque la despertaron unos fuertes golpes en la puerta.

— ¡Señorita Joslyn, señorita Joslyn! ¿Está ahí?

Keira parpadeó y se levantó de la cama para abrir la puerta. Emelia la esperaba, angustiada y pálida.

— ¿Qué pasa, Emelia? — inquirió sorprendida.

— ¿Puede venir inmediatamente, señorita Joslyn? Se trata del señor Isaac. Está en el estudio, se desmayó — horrorizada, Keira miró al ama de llaves.

— ¿Qué le ha pasado? — corrió a la cama y se puso las sandalias — . ¿Dónde está Nicholas? ¿Está Isaac solo?

— Me lo dijo Jefferson, señorita — le informó mientras corrían por el pasillo y bajaban la escalera — . Fue a la ciudad para traerme unas cosas que le pedí y, al regresar, entró a ver al señor Isaac. Estaba bien, puesto que le preguntó a Jefferson cómo le había ido. Unos quince minutos después, cuando Jefferson fue a preguntarle si deseaba un poco de té, le encontró desplomado sobre el escritorio — los ojos de Emelia se llenaron de lágrimas — . Se recuperará, ¿verdad, señorita Joslyn?

Keira movió la cabeza con desamparo. No sabía qué pensar. Bajaron la escalera principal, cruzaron el vestíbulo y subieron los pocos escalones que conducían al estudio de Isaac. Tal como lo describió Emelia, el abuelo estaba desplomado sobre el escritorio y Jefferson, preocupado, se frotaba las manos a su lado.

Keira titubeó un instante antes de acercarse al escritorio para colocar los dedos en la sien de Isaac. Sintió su pulso, aunque apenas era perceptible.

— ¡Un médico! — exclamó al tomar las riendas — . Emelia, ¿puedes llamar a un médico?

— Sí — Emelia se apoyaba en un pie y luego en el otro — . ¿Se recuperará, señorita Joslyn?

Keira estuvo a punto de decir que no tenía la menor idea de lo que le pasaba a Isaac, ni si se recuperaría. Jefferson y Emelia, sin embargo, parecían niños en espera de que los calmara, deseaban escuchar palabras optimistas, aunque no fuesen ciertas.

— Por supuesto, volverá a la normalidad — aseguró — . Creo que sólo se ha desmayado. Llamen al médico. ¿Ha regresado ya el señor Nicholas?

— No, señorita Joslyn — respondió Jefferson y Keira se amonestó en silencio por haber hecho esa pregunta.

Si Nicholas estuviese en casa, se habría hecho cargo de la situación. Emelia salió para llamar al médico y Keira le dijo a Jefferson:

— Por favor, ayúdeme a acostarle en el sofá.

Jefferson asintió y lograron trasladar el pesado cuerpo al sofá. Keira se sentó junto a Isaac y apoyó la cabeza en su pecho. Le pareció que los latidos del corazón eran más fuertes, pero no estaba segura. Jefferson tenía los dedos entrelazados.

— ¿Qué puedo hacer, señorita Joslyn?

— Nada, Jefferson — hizo una pausa — . ¿Qué sucedió? Emelia me dijo que usted le había encontrado bien cuando regresó de la ciudad.

— Así fue. La señorita Mikayla estaba con él.

— ¿Mikayla Duncan? — Keira levantó la cabeza.

— Sí, señorita.

— ¿Qué hacía aquí?

— No lo sé, señorita — movió la cabeza.

— Es lógico — Keira se puso a pensar en qué habría ido a hacer Mikayla no estando Nicholas en casa.

Pero no encontraba ninguna respuesta a su pregunta. La preocupación no la dejaba pensar con claridad. ¿Tendría algo que ver la visita de Mikayla con el estado de Isaac?

La inevitable preocupación de que quizá Mikayla supiera que Keira no era quien había dicho ser, comenzó a roerla el alma. ¿Se habría presentado para desenmascararla?

¿Habría sufrido otro ataque Isaac al enterarse del engaño? Existían tantas posibilidades que no llegó a ninguna conclusión.

Seguía sentada junto a Isaac cuando unas pisadas anunciaron la llegada de Nicholas. Entró, miró a Keira y luego a su padre. Keira se puso de pie con torpeza al pensar que Nicholas examinaría á su padre. Vio que metía la mano dentro del bolsillo de la camisa y que sacaba una caja con pastillas.

— ¡Trae un vaso con agua! — ordenó y ella obedeció.

Se dirigió a la bandeja que siempre tenía una jarra de agua fría, al lado de las bebidas. Nicholas incorporó el cuerpo de su padre y le metió dos pastillas entre los labios; logró que se las tragara. Le vertió unas gotas de agua en la boca y Keira vio que el enfermo entreabría los párpados. Nicholas le acostó de nuevo, se levantó y colocó el vaso sobre la bandeja.

— ¿Qué ha pasado, qué le has dicho?

— ¿Yo? — exclamó Keira — . No le he dicho nada — Nicholas observó su indignado rostro y se volvió hacia su padre.

— Me han dicho que has mandado llamar al médico.

— Me pareció lo más indicado. ¿Se recuperará Isaac?

— Eso espero; por fortuna, regresé a tiempo.

— Me dijiste que tomaba medicamentos, pero no sabía cuáles ni dónde estaban.

— Eve sabe lo que hay que hacer en estos casos. ¿Le preguntasteis?

— No, Emelia me llamó inmediatamente.

— ¡Lógico! — su voz no tuvo inflexión.

— Me voy, pero te suplico que me informes de lo que diga el médico...

— Más tarde quiero hablar contigo — parecía distraído.

— Está bien. Discúlpame.

En el vestíbulo, Keira notó que tenía las manos húmedas de sudor y que el pulso le latía con fuerza. ¿Qué pasaría? Titubeaba, cuando apareció Emelia.

— El médico está en camino — anunció un poco más tranquila — . ¿Cómo está el señor?

— Yo... el señor Nicholas está con él — Keira volvió la cabeza por encima del hombro

— Emelia, la señorita Duncan, estuvo aquí, Jefferson me lo dijo. ¿Sabes qué deseaba?

— No me lo dijo, señorita Joslyn. Anunció que tenía algo que decirle al señor Isaac. Imaginé que se trataba de un mensaje de su madre respecto a Matilda.

— ¿Matilda? — repitió el nombre sin comprender — . ¿Te refieres a la chica qué?... — no pudo continuar.

Recordó que Matilda había escuchado su discusión con Joslyn.

— En efecto, señorita — Emelia no notó la congoja de Keira — . Causó muchos problemas aquí. Parece que ofreció sus servicios a la señora Duncan y la han aceptado.

— ¿De veras? — Keira se sintió débil.

De pronto, todas las piezas comenzaban a encajar y no le gustó el cuadro. ¿Qué pensaría Nicholas al enterarse de ese nuevo suceso? ¿Creería que ella no le había dicho nada a Isaac? Si su padre sabía la verdad, tenía que ser porque Mikayla se la hubiera revelado. Emelia la miró con preocupación.

— ¿Se siente mal, señorita Joslyn? No debe preocuparse demasiado por el señor Isaac. ¿No dijo el señor Nicholas que se repondría?

Seguramente Nicholas lo había asegurado de la misma manera que ella lo había hecho antes. No podía saberlo a ciencia cierta: Movió la cabeza y logró calmar a Emelia antes de dirigirse con lentitud a la sala. ¿Qué hacer si Isaac muriera a causa de haber sufrido otro ataque cardíaco?

Desesperada, se dijo que eso no podía suceder. No podía ser cómplice de tal desgracia. Tenía que recuperarse. De pronto, sintió que algo humedecía su mano y, acongojada, se dio cuenta de que las lágrimas le fluían por las mejillas. La congoja del vacío que sentía era insoportable. ¿Qué podía hacer? Si Isaac sabía la verdad, no podría quedarse. Quizá no querría volver a verla. En cuanto a Nicholas... movió la cabeza y se enjugó las lágrimas. Llorar era una cobardía y señal de debilidad. Fue a Trinidad y Tobago por propia voluntad, nadie la obligó; por lo tanto, era indispensable enfrentarse a las consecuencias. Sin embargo, en ese momento...

Se dirigió al vestíbulo y buscó en la libreta telefónica personal de la familia, el número de los Duncan. Marcó con cuidado y no dejó que su mente divagara. Cuando le respondieron pidió que se pusiera la señorita Duncan.

— No está en casa, señorita — contestó una criada — . ¿Quiere hablar con la señora Duncan?

— No, gracias — Keira se tranquilizó con el aplazamiento, pero escuchó voces al otro lado de la línea.

— ¿Eres tú, Joslyn? — inquirió la voz grave de Luke.

Por lo visto, él no estaba enterado de su verdadera identidad, hecho que la tranquilizó.

— Sí, deseaba hablar con Mikayla, pero no es importante.

— ¿No quieres hablar conmigo? — bromeó antes de ponerse serio — . Pareces preocupada, ¿pasa algo malo?

— Bueno, sí, Isaac se desmayó hace unos minutos y esperamos al médico.

— ¡Dios mío! ¿Puedo ayudar en algo? — preguntó realmente preocupado.

— No lo creo, gracias. Tengo que cortar, el médico acaba de llegar.

Emelia condujo al médico al estudio de Isaac y Keira esperó un rato antes de salir a la terraza. Se preguntó dónde estaría Campbell. Seguramente habría salido en la lancha. La había invitado, pero ella no aceptó. Deseó que estuviera a su lado porque su presencia la calmaba.

Al oír voces en el vestíbulo se acercó a la puerta y vio que el médico se iba. Por la brevedad de la consulta, dedujo que no se trataba de algo serio, pero no se atrevió a especular; tenía que estar segura.

Nicholas acompañó al médico a su coche y Keira subió la escalera para abrir la puerta del estudio. Isaac seguía acostado, tenía los ojos cerrados, pero respiraba con normalidad. Bajaba la escalera cuando se topó con Nicholas.

— En este momento duerme — comentó Nicholas — . Descansará algunas horas. No hay por qué preocuparse.

— ¡Gracias a Dios! — Keira entrelazó las manos, francamente tranquilizada.

Nicholas la miró intrigado.

— Ve a tomar un poco de té, lo necesitas. Hablaré contigo más tarde.

Keira asintió y siguió hasta su habitación. Isaac no moriría y eso era lo más importante.

Se vestía para la cena, atormentada y confusa, cuando una de las criadas llegó a anunciarle que la llamaban por teléfono. Temerosa, cogió el teléfono en el vestíbulo.

— Soy Joslyn Hopkins, ¿quién es?

— Alguien que sabe que no eres Joslyn Hopkins — comentó una voz femenina que Keira reconoció, era la de Mikayla — . Me han dicho que esta tarde me llamaste — Keira se sentó en el último escalón. Las palabras de Mikayla la pasmaron y no pudo responderle — . ¿Y bien? Debiste saber que tarde o temprano te pescarían.

— ¿Se lo dijiste a Isaac? — le fue difícil pronunciar las palabras.

— Aún no, pero lo haré a menos que te vayas inmediatamente.

— ¿Deseas que me vaya? — sentía que las fuerzas la abandonaban.

— Sí, y, a ser posible, mañana mismo — parecía impaciente — . Debí comprender al

notar cómo mirabas a Nicholas — hizo una pausa — . De todos modos, ya no importa. Te aseguro que no dudaré en divulgar que eres una impostora. No sé a qué has venido a Trinidad y Tobago, ni cómo te hiciste con la dirección de Isaac, a menos que la verdadera hija de Megan esté detrás de esto. Más vale que hagas tus maletas, porque de lo contrario la familia Carr tendrá que tomar cartas en el asunto — la comunicación se interrumpió y Keira comprendió que la otra había sido la causante.

Mikayla se lo comunicaría a Isaac porque Mikayla, igual que los demás, no tenía nada que perder.

El teléfono sonó mientras cenaban y los nervios de Keira se tensaron cuando Nicholas fue a contestar. Al regresar se mostró pensativo mientras se bebía el vino que quedaba en su copa. No se sentó.

— Tengo que salir, Eve — se dirigió á su tía — . Algunos de nuestros empleados han creado problemas en la ciudad. Tengo que ir a ver de qué se trata. Os veré más tarde — miró a Keira, que comprendió que debía esperarle para hablar con él.

¿Cuál sería el motivo? Ya no tenía importancia que le pidiese que se quedara el tiempo prometido. Mikayla le diría a Isaac la verdad y Keira tendría que decidir qué solución sería la que menos daño le haría al abuelo, quedarse o irse.

Al terminar de cenar, Campbell se ausentó y la chica abandonó la casa para bajar los escalones de piedra que daban al muelle. Esa noche soplaba una brisa bastante fuerte que le alborotó el pelo al mismo tiempo que le ponía la carne de gallina. Al menos era un viento fresco y limpio que despejaba la intriga y la preocupación.

La marea mecía el velero y la lancha de motor, y las amarras rechinaban. Keira se acercó despacio y los observó distraída. De pronto notó que la cuerda del velero estaba suelta; seguramente Campbell no la había afianzado, o quizá, el viento la había soltado. El velero quedaría a la deriva.

Durante unos instantes, Keira olvidó sus penas y se inclinó para agarrar la cuerda. El viento y una ola imprevista por poco la hacen perder el equilibrio. Logró inclinarse para tratar de amarrar la embarcación. En ese instante descubrió que la argolla estaba rota a causa del óxido y que esa era la causa de que la cuerda se hubiera soltado.

Indefensa y sin soltar la cuerda, buscó otro sitio donde poder amarrar la embarcación, pero no vio nada. Sólo era posible atarla a la misma argolla de la lancha con la esperanza de que resistiera. Pero tenía las manos heladas y la cuerda se le escapó ante la fuerza del viento. El velero parecía un corcho a la deriva y la cuerda desapareció en el agua, a unos centímetros del muelle.

— ¡Maldición! — exclamó al mirar la embarcación con frustración.

De no haber bajado no se hubiera enterado de lo que pasaba, pero una vez allí no podía abandonarla. No podía gritar pidiendo ayuda por temor a despertar a Isaac. ¿Qué hacer, abandonarla y esperar que la marea no se la llevara o intentar rescatarla?

Observó su falda tableada y su blusa de manga larga. Si se echaba al agua se estropearían. Por otro lado, su ropa interior no era más atrevida que el bikini y le sería más cómodo maniobrar. Impulsivamente, se quitó la falda y la blusa y se echó al agua. Sintió el agua helada, pero en realidad estaba tibia, sobre todo si se la comparaba con la del mar de Inglaterra. Unas brazadas le bastaron para llegar al velero y coger la cuerda. Se volvió e intentó llevarla a la orilla. Por desgracia, el viento soplaba en dirección contraria, es decir, henchía las velas e impulsaba la embarcación mar adentro. Comenzó a sentir dolor en los brazos. La situación era frustrante, sobre todo porque empezaba a aterirse. Tendría que desistir.

De pronto un terrible calambre en la pierna izquierda la hizo soltar la cuerda y hundirse. Sacó la cabeza, asustada y sin esperanzas de poder regresar a la orilla. Se aferró al borde del velero, trepó y cayó desplomada en el fondo de la embarcación. Al menos ya no estaba en el agua y el calambre de la pierna comenzaba a desaparecer. Pero tenía mucho frío, los dientes le castañeteaban y la playa se alejaba cada vez más. Se arrodilló alarmada, pero no podía hacer nada. No se atrevía a manejar las velas con ese fuerte viento porque cabía la posibilidad de que se alejara más.

Comprendió que la única oportunidad que tenía de salvarse era echarse al mar y hacer un tremendo esfuerzo para llegar a la playa. Si se quedaba allí, podía presentarse cualquier contratiempo. La embarcación podía zozobrar y...

Se dio un masaje en la pierna, se puso de pie y no esperó a cambiar de opinión. Se echó al agua y nadó hacia las rocas. El mar le cubrió la cabeza varias veces y tuvo que escupir agua salada, pero no cejó en su empeño. Jamás le habían parecido tan alejadas las rocas y, con angustia, creyó que no lograría salvarse. La única posibilidad que veía era llegar al Punto, a unos metros a su derecha. No era un sitio fácil y no veía dónde podría agarrarse.

Por fin llegó, se arrastró justo en el momento en que sus fuerzas; cedieron. La áspera superficie de la roca le rasgó los dedos, pero logró salir del agua y apoyar los pies en las grietas erosionadas por el constante movimiento del agua. Cerca de la cresta había una roca que sobresalía y era lo bastante ancha como para poder guarecerse allí. Logró subir y, cansada, apoyó la cabeza en el borde rugoso. Al menos, por el momento estaba segura. Esa parte del Punto nunca quedaba totalmente sumergida y tan pronto

recobrara las fuerzas, intentaría nadar hacia la playa. Tenía frío y estaba agotada, pero con su preocupación olvidó los demás problemas.

CAPÍTULO 10

Keira se despertó al oír unas voces que parecían llegarle de detrás de las olas. Las olas... Parpadeó e intentó moverse. Le dolía todo el cuerpo, porque a pesar de que había dormido, no había descansado nada. Había hecho grandes esfuerzos por mantenerse despierta, pero el frío la obligó a cerrar los ojos. Sabía que debía irse nadando hasta la playa, pero el agua le pareció tan agitada que decidió esperar un poco.

Ahora oía voces y eso significaba que había gente. Seguramente alguien la vería, pero ¿cómo? La oscuridad era espesa, no había luna y la escasa claridad no sería suficiente para alumbrar la pequeña figura que descansaba sobre la superficie de la roca. Hizo una mueca de dolor que la desfiguró el rostro al intentar levantarse, sin embargo, logró moverse y mirar con desesperación hacia la playa. Seguía escuchando las voces, pero cada vez se alejaban más. Si no actuaba de inmediato, desaparecerían.

— ¡Socorro! — gritó con pocas fuerzas, pero volvió a intentarlo — . ¡Por favor, ayúdenme! — el viento debió transmitir su voz, pero las voces seguían alejándose. Casi histérica volvió a gritar — . ¡Socorro! ¡Por Dios, estoy aquí! ¡Ayúdenme! — durante un momento todo quedó en silencio y sus peores temores parecieron confirmarse. De pronto, alguien comenzó a hablar de nuevo y las voces se acercaron — . ¡Ayúdenme, estoy en el Punto!

— ¡Keira! — era la voz de Nicholas — . Keira, ¿puedes escucharme?

— Sí, ¡gracias a Dios que me han oído! — su voz se quebró y comenzó a sollozar y a estremecerse.

— Tranquila, voy por ti — gritó Nicholas antes de dar órdenes a quienes le acompañaban.

Escuchó el motor de una lancha que se acercaba cubriendo la distancia que la separaba de la playa. Nicholas no dejó de gritarle, de animarla, pero ella estaba confusa y no se daba cuenta de la realidad. La conmoción, el temor y la intemperie la habían hecho perder el control. Cuando la lancha se acercó al promontorio rocoso, Nicholas gritó de nuevo:

— ¿Crees que podrás coger una cuerda si te la arrojo?

— Lo intentaré — murmuró con sus últimas fuerzas.

Nicholas le arrojó la cuerda que serpenteó a su lado. Hubiera sido fácil atraparla, pero tenía los dedos demasiado entumecidos y se le escapó. Nicholas no lo intentó otra vez. Acercó la lancha y se agachó para saltar el metro y medio que los separaba.

— ¡Oh, Keira! — murmuró angustiado — . Pensé que te habías suicidado — Keira levantó la vista al intentar ponerse de pie y Nicholas la abrazó, a pesar de que estaba calada hasta los huesos. Apoyó el rostro en su cuello — . ¡Dios! — gimió — . ¡Estás aterida! Vamos, pronto estaremos en casa.

Keira había sido feliz entre los brazos de Nicholas. Sin ninguna duda, le quería, aunque no sabía si él reaccionaba motivado por un sentimiento de culpabilidad, o por otra emoción más fuerte.

No recordaba mucho del viaje de regreso. Nicholas estaba con Jefferson y ambos la envolvieron en unas mantas. Nicholas cogió el timón. Al llegar al muelle, la cogió en brazos y subió con ella los escalones.

— Peso demasiado — murmuró Keira junto al cuello de Nicholas — . Puedo caminar.

— Lo dudo — respondió e ignoró sus protestas.

Angustiada, Emelia los esperaba en la puerta de la casa.

— ¡Ay, señor Nicholas, la encontró! ¿Está bien?

— Pronto lo estará — respondió lánguido — . Corre y llena la bañera con agua caliente.

— Sí, señor Nicholas.

Emelia corrió escaleras arriba, mientras Nicholas le iba pisando los talones, al parecer sin sentir el peso de Keira. Al llegar a la habitación de la chica la puso de pie y ella recordó que estaba en ropa interior. Cruzó los brazos frente al cuerpo, pero Nicholas la miró con impaciencia.

— ¡Métete en el baño! Permanece dentro del agua el tiempo que desees. No hay prisa.

Al meterse en el agua perfumada que Emelia le había preparado, Keira le preguntó la hora.

— ¿Quiere saber qué hora es? — inquirió sorprendida — . ¿No sabe que son casi las dos?

— ¿Las dos de la mañana? — Keira no podía creerlo — . ¿Por qué no están todos en la cama?

— Vamos, señorita, esa es una pregunta tonta. El señor Nicholas se volvió loco al no

encontrarla. Envió al joven Campbell a casa de los Duncan para cerciorarse de que no estaba allí.

— ¿Notaron mi ausencia? — se metió en el agua y comenzó a entrar en calor — . ¿Cuándo?

— Supongo que fue a eso de las once, cuando el señor Nicholas regresó de la ciudad. La buscó y, al no encontrarla, pensó que se había ido.

— ¿Irme? — repitió Keira.

— Sí, señorita... Keira, ¿verdad?

— ¿Cómo lo sabe?

— Todos lo sabemos, señorita.

— ¿Todos? — Keira se puso pálida — . Isaac... es decir, ¿también el señor Isaac?

— Todos — intercaló una voz desde el umbral.

Cuando Keira volvió la cabeza vio a Nicholas apoyado en el marco de la puerta. Inmediatamente, se sumergió para que la espuma la cubriera. Se ruborizó.

— Señor Nicholas, ¡no debe estar aquí! — le amonestó Emelia mientras recogía la ropa de Keira para echarla al cesto de la ropa sucia — . Ya tendrá tiempo para hablar con ella.

— Puedes estar segura de eso, Emelia. ¡Date prisa, por favor, estoy impaciente! — se alejó y Keira se enjabonó los brazos.

La cabeza le daba vueltas, pero no se atrevía a pensar en el porqué de la tranquila reacción de Nicholas. No sabía cómo describir su actitud, aunque estaba segura de que no estaba enfadado.

Después de que Emelia la secó con una de las inmensas toallas de felpa, se puso un camisón de seda y una bata de tela de toalla. Emelia sonrió con cierta malicia al ver que se cubría, pero salió contenta sabiendo que Keira ya no la necesitaba.

La chica se cepillaba el pelo, frente al tocador, cuando la puerta se abrió para dar paso a Nicholas. Entró como si fuese su alcoba, cerró la puerta y el corazón de Keira perdió el ritmo. Las manos de Nicholas se posaron sobre los esbeltos hombros. Inclinó la cabeza para besarle la nuca. Al contacto, Keira alzó el hombro y Nicholas se levantó. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Keira notó que las manos le temblaban. El corazón de Keira dio un vuelco al ver que Nicholas se dirigía al balcón. ¿Volvería a ser aquel hombre burlón? Pero no fue así, porque al volverse de nuevo, Nicholas parecía preocupado por ella.

— ¿Te sientes bien? — preguntó.

— Estoy bien — se levantó del taburete y le miró — . Lamento haber causado tantas molestias.

— ¿Molestias? — levantó los ojos al techo — .¡Dios, si supieras qué lejos estás de la realidad!

— Lo lamento.

— No debes lamentarlo, yo merecía mucho más. Cuando descubrí que no estabas... — movió la cabeza — . Olvídalo, por el momento. ¿Cómo diablos llegaste allí?

— Trataba de recobrar el velero.

— ¿El velero? — no parecía comprender — . ¿Saliste en la embarcación?

— No, noté que estaba a la deriva y descubrí que la argolla estaba rota por el óxido. Intenté recuperarlo.

— Comprendo — se pasó la mano por el pelo y los ojos le brillaron — . De modo que por eso te quitaste la ropa. Al hallarla, pensé... pensé... — se volvió y Keira le tuvo compasión. Antes de que ella pudiese decir algo, él prosiguió — . Esta noche, cuando mi padre se despertó, me enteré de que sabía que no eres Joslyn.

— Por eso...

— ¿Se desmayó? No, olvidó tomar su medicina — Keira sintió que le quitaban un enorme peso de encima.

— ¿Quién se lo dijo? Mikayla mencionó... — al ver que Nicholas entrecerraba los párpados, dejó de hablar.

— Continúa, ¿qué dijo Mikayla?

— No tiene importancia — Keira se mordió el labio.

— ¿Crees que Mikayla se lo dijo? ¿Te amenazó con hacerlo?

— Es posible, no lo recuerdo — Keira se sentía incómoda.

— Bueno, a pesar de lo que es ella, no fue Mikayla quien se lo dijo.

— ¿Cómo se enteró?

— Abrió un telegrama dirigido a ti. Creyó que se trataría de algo urgente. Jefferson se lo entregó al regresar de la ciudad y como no estabas... — se encogió de hombros — ¡Creo que tú misma enviaste el telegrama!

¡El telegrama! Hasta ese momento Keira se había olvidado de ello. Joslyn se presentó el mismo día en que lo envió y, por lo tanto, se olvidó del asunto. Desvalida, miró a Nicholas.

— Tú lo enviaste, ¿no? Lo veo en tu rostro. ¡Gracias a Dios que así fue!

— No comprendo — murmuró intrigada.

— ¿No te das cuenta de que el telegrama te libra de toda culpa? Por lo que en él decías, es evidente que aceptaste venir porque creíste que Isaac estaba medio moribundo y que no tuviese nada que ver con los planes de Joslyn.

— No entiendo cómo llegó aquí.

— No es nada anormal. No encontraron a Joslyn en Londres y como esta debió decirles a sus vecinos que salía de la ciudad, al ver que era un telegrama urgente, lo devolvieron aquí.

— ¿Cómo sabes que no lo envié con premeditación? — insistió.

— ¿Lo hiciste? — la miró impaciente.

— No.

— Te creo y me fío de mis instintos. No eres ese tipo de persona. Creo que lo supe desde el principio, pero tuve que esperar a que me lo restregaran por la cara antes de aceptar la realidad. Lo lamento.

— Olvídalo — se encogió de hombros.

No sabía cómo interpretar lo que decía Nicholas. Momentos antes le había visto angustiado e imaginó que debía estar exagerando su actitud. Quizá se había sentido culpable por haberla molestado con su trato despectivo. Y por consiguiente, cualquier atracción física hacia ella le llenaba de reproches de conciencia.

— Quizá te sorprenda saber que Isaac ya sospechaba que no eras la hija de Megan.

— ¿Cómo? — inquirió curiosa.

— Sabes como son las cosas. A veces es posible, por medio de cartas, formarse una opinión de la personalidad del que escribe y mi padre tiene mucha experiencia por su trato con la gente. Se dio cuenta de que no le exigirías lo que temía. Detrás de todo estaban los motivos por los cuales Joslyn aceptó la invitación. Verás... — Nicholas dio un paso hacia ella — ... Isaac comenzó a tenerte cariño, por ser como eres, y temía buscar respuestas que destruyeran la relación que se había creado entre los dos.

— De haberlo sabido... — el corazón de Keira latía sin ritmo.

— Ojalá todos lo hubiésemos sabido — comentó Nicholas a secas — . Las cosas habrían sido mucho más sencillas. Pero si Joslyn no hubiese urdido este engaño no nos habríamos conocido, ¿verdad?

— Tienes razón — Keira bajó los ojos a las manos — . Debo decirte que hubo otro motivo que me impulsó a aceptar.

— ¿Otro motivo? — Nicholas frunció el ceño.

— Sí — se sentía torpe — . Este año habrá un curso de verano de teatro en Italia y Joslyn sabía que no tenía los medios para asistir. Se ofreció a ayudarme... — se sentía desgraciada — . Supongo que eso me conviene en una mala persona — Nicholas no dijo nada y ella prosiguió — . Tu padre me dijo que llevaste a Joslyn al aeropuerto esta mañana, quiero decir, ayer por la mañana.

— Así fue — la expresión de su rostro se ablandó — . Debe estar ya de regreso en Londres.

— ¿Cómo lograste... que aceptara irse?

— Logré convencerla.

— ¿No me irás a decir que le diste lo que quería?

— Por supuesto que no — la arrogancia volvió a aparecer en su voz — . Si no lo deseo no le doy dinero a nadie.

— Pero ella dijo...

— Dijo muchas cosas — la interrumpió — . Incluso me dio amplios detalles de los motivos de tu aceptación con tal de poder ir a Italia. Omitió mencionar el curso de verano. Inventó una sarta de mentiras y dijo que el hombre que te interesa trabaja allí...

— ¡No es posible! — tenía los ojos desorbitados.

— Lo hizo.

— Es mi amiga...

— Con amigas de ese tipo no necesitas enemigos — repuso secamente.

— Es cierto — meditó un momento — . Creo que eso es todo. Quiero decir, ahora que Isaac sabe la verdad podrá recuperarse de la desilusión. Joslyn se las arreglará, siempre lo logra. Yo regresaré al teatro de Burt. Si alguna vez pasas por Inglaterra, espero que me llames... — no pudo seguir hablando y tuvo que volverse para respirar hondo y calmarse.

Ya habría tiempo de llorar cuando Nicholas saliera; de hecho, todo el tiempo del mundo. Advirtió que él se movía y de pronto su aliento masculino le acarició el cuello.

— ¿Significa mucho para ti el curso de verano en Italia?

— Es una posibilidad alentadora, nada más.

— Si deseas ir, te lo pagaré — habló quedo, pero con claridad.

— ¿Por qué habrías de hacerlo? — lo miró anonadada.

— Te jugaron una mala pasada y quiero hacer lo posible para compensarte — murmuró con los párpados entrecerrados.

— No — movió la cabeza — . Gracias, de todos modos. No creo que sea una buena idea.

— ¿Por qué no? ¡No te exigiría nada!

— De eso estoy segura, pero prefiero, no deberte nada...

— ¿Por qué? — Nicholas la cogió por los hombros y la zarandeó ligeramente — . ¡Dios! Sé que he sido un puerco, que te he lastimado, pero fue porque te consideré una impostora desvergonzada y porque me incitabas cada vez que me acercaba a ti.

— ¿Te refieres a sentimientos lujuriosos? — inquirió temblorosa.

— Está bien, tienes derecho a decirlo y a odiarme. Pero, ¿no te das cuenta de que estoy arrepentido?

— Supongo que Isaac no espera que me quede lo que falta del mes — murmuró con la cabeza gacha — . Creo que será mejor para todos que me vaya mañana... hoy mismo.

— ¡No! ¡Maldición, no sería lo mejor! — un tic le movió la comisura de los labios y sus manos lastimaron los hombros de Keira.

— Estoy cansada y me gustaría acostarme. ¿Quieres salir, por favor?

— Oh, Keira, Keira — gimió contra su cuello — . No te muestres fría conmigo. No quiero dejarte, ¡te amo! — las manos de Keira contra el pecho de él temblaron.

— Nicholas... — no pudo seguir porque Nicholas la besó.

Pasados unos minutos, Keira se apartó para mirarle a los ojos mientras le acariciaba la sien.

— ¿Nicholas? — murmuró —. ¿Qué has dicho?

— Ya me has oído — la ciñó con fuerza y le acarició la mejilla con los labios —. Creo que sabes que lo he dicho en serio.

— Entonces, ¿por qué quieres alejarme de ti? — parpadeó.

— No quiero hacerlo, creo que debo hacerlo — suspiró.

— Seguramente sabes que yo...

— ¿Crees que estás enamorada de mí? — inquirió con ternura — . Me lo imaginé. Sin embargo, eres muy joven y no tienes experiencia, en cambio, yo... — se encogió de hombros — . Estuve casado y sabes bien qué tipo de vida he llevado.

— Sí, Campbell me lo contó.

— ¿De veras? — inquirió apesadumbrado — . Bueno, él sabe cómo es su padre. Pero tú tienes toda la vida por delante. Si asistes a ese curso podría irte muy bien, incluso quizá llegues a ser famosa. Nadie puede saberlo. Creo que es lo menos que puedo

hacer por ti — se inclinó para besarla de nuevo. Keira le rodeó el cuello.

— ¡Nicholas, Nicholas, no sabes lo feliz que me has hecho! En cuanto a lo del teatro... es sólo para mujeres solteras.

— Así que supones que quiero casarme contigo — murmuró y Keira se ruborizó — . Quiero que sepas que no me conformaría con menos. Vives en mi corazón, querida, y cuando no existe cura, es imprescindible seguir tomando la medicina.

— Por cierto, esta medicina es deliciosa. ¿Te desagradará? — los ojos le brillaron.

— Intentaré que no sea así — le deslizó la bata por un hombro — . ¿Por qué te has molestado en ponerte esto? — Keira estaba embelesada, pero de pronto pensó en Campbell.

— ¿Crees que a Campbell le molestará? — murmuró junto al cuello de Nicholas.

— No, le caes muy bien y te tiene cariño. Y además, mi padre estará encantado.

— ¿De veras? — Keira lo dudó — . Él pensaba que no volverías a casarte.

— Hasta esta noche — comentó sonriendo — . Se dio cuenta de lo que significas para mí cuando me volví loco buscándote — movió la cabeza — . ¡Dios mío, al recordarte allí, en aquella roca, a la merced de las fuerzas de la naturaleza!...

— Olvídalo — le aconsejó enternecida y por fortuna Nicholas le hizo caso...

Fin